FRAY LUÍS DE GRANADA

FRAY LUÍS DE GRANADA

ENSAYO BIOGRÁFICO Y CRÍTICO

POR

D. JOSÉ IGNACIO VALENTÍ

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

CON UN PRÓLOGO DEL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

OBISPO DE OVIEDO

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL - GRANADA -

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIÁSTICAS

PALMA DE MALLORCA

Imprenta y Librería de Viuda é Hijos de P. J. Gelabert

1889

BIBLIOTECA - COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS - GRANADA

CENSURA Y APROBACIÓN

MUY ILTRE. SR.:

El criterio ortodoxo del autor del manuscrito, cuya censura me encarga V. S., ya de antes manifestado en los opúsculos *El P. Juan de Mariana* y *Fray Juan Pérez de Marchena,* y en otros trabajos que han visto la luz en el *Museo Balear,* podría dispensarme de comunicar á V. S., que después de atenta y detenida lectura de la obra titulada Fray Luís de Granada, estudio biográfico y crítico, no he encontrado en ella concepto alguno ofensivo á la fe y moral católicas.

Así era de esperar del escritor que, sin otro estímulo que su desinteresada afición á las letras españolas y acendrado celo por la gloria de Dios y honra de la patria, pone de relieve los merecimientos de los grandes maestros de la literatura ascética, entre los cuales destaca la simpática figura del dominico Fray Luís de Granada.

De desear fuera que tan generosa labor no resultara estéril. Con el sabio y el literato, se propone el Ldo. D. José Ignacio Valentí dar á conocer á Fray Luís de Granada como dechado de varones apostólicos; y, á mi juicio, con feliz suceso, pues ha reunido en corto número de páginas y en muy castigado estilo las vicisitudes de la vida del preclaro hijo de Santo Domingo, tan eficaces de suyo para edificar nuestro ánimo con la humildad, como antes le había maravillado él con su ciencia.

Hoy la falta de fe y el poco cultivo de los clásicos reclaman el prolijo trabajo de escritores, que, como el Sr. Valentí, aviven la afición á dichos estudios, fuente cristalina y pura, tal vez abandonada para ir á beber en otras cenagosas y nocivas. Acaso en esta parte, por mala fe ó error, se haya incurrido en los mismos defectos que censuró enérgicamente el Pontífice reinante León XIII, al querer, en su memorable Encíclica *Æterni Patris*, fertilizar el campo de la Filosofía con el riego de la Escolástica y alumbrar sus vastos dominios con el Sol de Aquino. *Merced á los novadores del siglo XVI,* dice, *hízose moda discurrir en materias filosóficas sin miramiento alguno á la fe, no negándose la licencia que pedía y otorgaba á su vez para excogitar cada cual á su*

placer la doctrina que le sugiriese su propio ingenio... Este amor de la novedad pareció en algunas partes haber inficionado el ánimo hasta de los filósofos católicos, que es muy común en los hombres ser inducidos á obrar por espíritu de imitación; los cuales, desdeñando el patrimonio de la antigua sabiduría, más que acrecentarla y perfeccionarla con razones nuevas, quisieron dar á luz teorías y sentencias peregrinas con menguado consejo, á la verdad, y no sin detrimento de las ciencias.

Por análogas razones, pues, entiendo ser loables los esfuerzos del Sr. Valentí, y que la lectura de su obra será altamente provechosa á cuantos por deber ó vocación estén en el caso de utilizar los conocimientos místico-teológicos y literarios del venerable y sabio dominico, honra del suelo español.

Fundado en las precedentes consideraciones, estimo justo, salvo el más ilustrado parecer y superior autoridad de V. S., que otorgue la aprobación del citado manuscrito.

Dios guarde á V. S. muchos años.=Palma 30 Agosto de 1889.

Ldo. Miguel Amengual, Pbro.,
Fiscal Eclesiástico.

Palma 30 Agosto 1889.

Vista la favorable censura del Rdo. Sr. Ldo. D. Miguel Amengual y Busquets, Pbro., concedemos nuestra licencia y permiso para que pueda imprimirse y publicarse la obrita titulada Fray Luís de Granada, escrita por el Licenciado en Filosofía y Letras D. José Ignacio Valentí, debiendo entregarse dos ejemplares en la Secretaría de Cámara y Gobierno, firmados y rubricados en su primera página por el Censor. Así lo decretó y firmó el Muy Ilustre Sr. Gobernador eclesiástico, Sede Plena, de que certifico.

Dr. José Fernández Alonso.

Por M. de S. S. M. I. el Gobernador eclesiástico, S. P.,
Dr. Enrique Reig, Secretario.

AL EMMO. SR.

DR. D. FRAY ZEFERINO GONZÁLEZ

de la Orden de Predicadores

CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA

Mi venerado Padre:

Benévolo, más que justo, se dignó Vuestra Eminencia poner esta obrita al abrigo de su esclarecido nombre, que propios y extraños con tanta razón admiran.

Alentó mi esperanza, si no el propio valer y prestigio, que nulos son, el entender oiría con gusto Vuestra Eminencia hablar, aunque tan mal y cortamente como yo lo he hecho, de uno de los más sobresalientes ingenios del siglo de oro, del eminente ascético español, Fr. Luís de Granada, *que á sus merecimientos literarios junta la circunstancia de pertenecer al benemérito Instituto, cuyo hábito viste tan gloriosamente Vuestra Eminencia.*

¿Cómo agradecer tan señalada merced, y más notificándome Vuestra Eminencia haberla negado á otros, que, escudados sin duda con mayores títulos, la solicitaban? La pluma me es infiel, al querer trasladar con viveza los sentimientos de mi pecho agradecido.

¿Será menester decir ahora, que mi trabajo recibe nuevo ser y valor, puesto bajo la protección de quien mereció por sus letras y virtudes ocupar las sedes de San Isidoro y San Ildefonso, y por sus obras ser aclamado restaurador de la filosofía cristiana, en unión de los grandes teólogos y filósofos Sanseverino, Prisco, Taparelli, Liberatore, Kleutgen, Jungman, Pesch y Zigliara; por sus obras, digo, que constituyen una de las más ricas dotes del patrimonio científico de España en el siglo XIX?

Perdone Vuestra Eminencia mis yerros, y disculpe mis faltas, y reciba con amor esta obrita; que, al escribirla, no ha guiado mi pluma otro móvil, sino enaltecer la memoria de un varón, gloria de la Iglesia y de la religión dominicana, ornamento de las letras y timbre de la patria.

Besa con la mayor reverencia su anillo pastoral el que se confiesa rendido servidor y entusiasta admirador de Vuestra Eminencia

José I. Valentí.

PRÓLOGO

Quien, como el Sr. Valentí, ha sabido adquirirse un nombre en la república de las letras patrias, ensalzando las glorias de doctores ilustres, y dando á conocer las grandezas de la mujer regenerada; quien en su amor y entusiasmo por cuantos han cultivado la ciencia verdadera, ha escrito páginas consagradas á los Benedictinos de San Mauro, y acreditado en ellas que puede volar con alas de ingenio propio; ha hecho su noviciado, y no le encontramos en la pila al dedicarle algunas líneas, que precedan á guisa de prólogo su reciente estudio sobre Fr. Luís de Granada. Pero la modestia del escritor balear, que corre parejas con la galanura de su frase y la seguridad de su crítica literaria, nos ha arrancado una promesa, que, después de paladear la corta biografía y el exquisito esbozo por él hecho de las bellezas literarias del inimitable orador granadino, retiraríamos gustosos, si pudiéramos hacerlo sin enojarle.

Breve el estudio del Sr. Valentí en la parte que consagra á la vida del Venerable Maestro, es lo bastante para conocer que fué hombre lleno del espíritu de Dios, inflamado en celo por la salud de las almas, y olvidado de sí mismo, en cuanto atañe á las codicias de la vida presente, hasta ver reproducido en su persona el retrato del hombre justo, tan admirablemente descrito por el mismo P. Granada en sus inmortales obras.

Más extenso, como era de esperar, en la exposición crítica de las obras ascéticas y místicas, que han hecho del P. Granada un escritor *fama super ætera notus*, los selectos trozos, llenos de bellezas primorosas, que el Sr. Valentí toma de aquellas obras y ofrece á sus lectores, como muestrario de mina riquísima y poco beneficiada hoy, confirman el juicio crítico que Alcides Bonneau, tan versado en la literatura española, hizo de nuestro incomparable orador: «Luís de Grânada, dijo, si puede contarse entre los grandes teólogos, como predicador es el mayor que ha tenido España.»

Nuestros jóvenes levitas, que salen del Seminario ganosos de reparar las brechas que una ciencia sin Dios abre diariamente en los muros del Santuario, se convencerán fácilmente, si leen con detención el estudio del Sr. Valentí, de la justicia con que S. Francisco de Sales llamaba á Granada el Bossuet de nuestra España, y del gran sentido práctico del Obispo de Ginebra, al aconsejar á su clero, que tuviese sus obras en concepto de segundo breviario. En ellas encontrarán cuantos argumentos han menester para defender la verdad católica, y el secreto de esa elocuencia, á todas luces celestial, que se apodera del corazón humano y le hace amable la virtud y aborrecible el pecado. En esta escuela se formaron los grandes predicadores que tuvo Francia en el siglo XVII, y si desde entonces continúa la nación vecina empuñando el cetro de la oratoria del púlpito, hemos de atribuirlo en gran parte, á que no se apartaron de las prescripciones de los grandes oradores del Concilio de Trento, tan fielmente interpretadas y enseñadas por el V. Granada.

En fecha no lejana hacíamos á nuestro amado clero la siguiente observación: «Diariamente nos lamentamos de que desiertan los fieles de nuestros templos; vemos con dolor que la palabra humana, dotada de ascendiente bastante para reunir muchedumbres en academias y casinos, y hasta en escuelas de primeras letras, no sea eficaz para atraer al pie de los altares sino á algunos centenares de almas de buena voluntad, las que menos necesitan acaso de las enseñanzas re-

ligiosas; y puede muy bien suceder, que la culpa sea más nuestra, que de los fieles á quienes inculpamos; que los que acuden ansiosos del pan del alma, no lo encuentren tan sustancioso como esperaban; que el árbol de nuestra elocuencia demasiado humana, tenga más hojas y más flores que sazonados frutos.» (1)

Y á esta necesidad que todos sentimos de encauzar la predicación popular más derechamente al fin sublime suyo, puede contribuir poderosa y eficazmente el Estudio presente, dando á conocer al príncipe de la sagrada elocuencia en España, que ofrece en su persona, en sus escritos, en sus preceptos, y hasta en la encarnación completa del perfecto predicador, presentada por él con tanto acierto en la *Vida del Maestro Juan de Ávila*, cuanto puede apetecer el sacerdote que se dedica al difícil cargo de la oratoria del púlpito. (2)

Su método es el más adaptado á las necesidades de nuestros días, según acredita la experiencia, confirmada por autoridades nada sospechosas de parcialidad. Oigamos como se explica A. de Puibusque: «La elocuencia sagrada, dice, tiene un maestro en Luís de Granada. Antes de este nuevo Crisóstomo ningún predicador había abierto el campo de la discusión; ninguno había osado, ó se había dignado razonar; mas la cátedra evangélica de este orador, pertrechada y militante, no pide la fe, sino que la impone, y derrama en la enseñanza religiosa aquella amenidad de una razón benévola que Fray Luís de León supo difundir en la enseñanza filosófica; y prefiriendo el estilo untuoso de la persuasión al altanero de la autoridad, sabe presentar los profundos é impenetrables misterios de los decretos de Dios más como objeto de amor y de adoración para el pecador, que como asunto de espanto y de anatema.» Razonar y persuadir, convencer y mover,

(1) Instrucción de 27 de Febrero de 1889.

(2) «En este predicador evangélico verán claramente, como en un espejo limpio, las propiedades y condiciones del que este oficio ha de ejecutar.» Gran., *Prol. á la Vida del M. Ávila.*

COMISIÓN DE MONUM. PROV.ª DE GRAN.

instruir y deleitar y abrir las vías del corazón para que acepte benévolo las verdades que le ennoblecen y santifican, pero que pugnan con nuestra sensualidad y nuestro orgullo; tal es el secreto de las obras de Fr. Luís de Granada, que hacen mayores milagros en cuantos las leen y meditan, según el testimonio de Gregorio XIII, que si dieran vista á los ciegos, ó resucitaran los muertos.

Y como el libro del Sr. Valentí llama la atención de un público algo distraído hacia ese joyel de nuestra literatura nacional, saludamos ese libro con amor y le deseamos muchos lectores.

Somió (Gijón), 12 de Agosto de 1889.

F. R. Martínez Vigil, O. P.
Obispo de Oviedo.

FR. LUÍS DE GRANADA

(1504-1588)

Siempre, aunque por diversos modos, se ha procurado honrar la memoria de los varones esclarecidos, soles del mundo intelectual. Anda nuestra época muy solícita en este ejercicio, y sería por ello muy de alabar, si algunos no lo mirasen como una suerte de nuevo culto, cuando no de culto único, siendo éstos cabalmente los que juzgan simple efecto de un feliz accidente cerebral las extraordinarias potencias del alma humana. Con mayor motivo tributaremos honores á los que las poseyeron, si las consideramos como reflejo de una luz superior, y si en la admiración de su intelectual grandeza se eleva nuestra mente al primer manantial de todas las grandezas.

Entre los hombres que mejor dotados nacieron, cuéntase el hablista sumo, príncipe de la elocuencia sagrada española, Fr. Luís de Granada. Príncipe se le ha llamado, y con razón, pues nadie llenó como él todos los ámbitos de nuestra

prosa ascética, ni se enseñoreó tan victoriosamente de todas sus especies y variedades. Á festejar y solemnizar la memoria de Fr. Luís en el tercer centenario de su muerte se han dirigido los esfuerzos de los nobles patricios que rigen hoy los destinos de la ciudad que meciera la cuna de tan esclarecido ingenio; conducta que si honra al finado, realza la dignidad y lustre de la corporación que tales actos promueve y autoriza. Mengua sería que la culta capital del reino granadino no hubiera celebrado con especiales demostraciones de amor y simpatía esa fecha memorable del 31 de Diciembre de 1888, que le recuerda el tránsito glorioso del ilustre conciudadano, y hubiera evocado su memoria, herencia de la patria, con ojos distraídos y secos, sellado el labio y mudo el corazón. Es alto designio providencial que el tiempo, infatigable ministro de la muerte, nada pueda contra las glorias que promulga el sonoro clarín de su invicta rival la fama. Al correr de los años, crece y se extiende la del inmortal granadino, y sus obras alcanzan extraordinario número de lectores, ávidos unos de saborear las inenarrables bellezas del habla castellana, y otros de alimentarse con la leche de celestial doctrina, que fluye caudalosa y refrigerante de sus labios, y alcanzar sólida robustez y perfección en la vida espiritual. ¿Desafinaré en el concierto de alabanzas que ha resonado en toda la Península, en honra del gallardo escritor? Aun á riesgo de que así suceda, fiado en el ardentísimo amor que profeso á la lengua y literatura patrias, me propongo bosquejar, con el mayor acierto posible, la fisonomía moral y literaria de Fr. Luís, y hacer desfilar ante él el lucido cortejo de sabios y virtuosos varones, honra de su respectivo siglo, que le tributaron el homenaje de su veneración y estima y loaron su memoria y sus escritos.

I

Allá, en los albores del siglo XVI, frescos todavía los laureles, que ceñían la frente de los Reyes católicos por la conquista de Granada, último baluarte del poder agareno en la Península, nació el insigne prócer de la elocuencia sagrada española, Fr. Luís de Granada.

Su padre, de apellido Sarria, oriundo del pueblo del mismo nombre en Galicia, fijó su domicilio con otros conterráneos en la ciudad, atraido por los grandes privilegios que á los de su advenediza condición se ofrecían; mas, descomedida y uraña, á lo que parece, se le mostró la fortuna, pues á su muerte, acaecida, por cierto, temprano, no dejó á su viuda é hijo, párvulo todavía de cinco años, otra hacienda que la de la caridad. De esta orfandad y desamparo nos certifica el mismo Fr. Luís, cuando en los años postreros de su vida, excusando el argayo que le encarecía su compañero de celda, para defenderse del frío, rigurosísimo en aquel invierno en Lisboa, le dijo: «Padre, no trate más de eso; yo me crié desnudo, y mi madre, con una mantellina más vieja que nuestra capa, me cubría, y ella pobre y yo desarrapado, íbamos á la portería de Santo Domingo de Granada con nuestra ollica, y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendruguillos con que nos sustentábamos.» (1) Tan aflictiva

(1) Vid. *Historia eclesiástica, principios y progresos de la ciudad y religión católica de Granada, corona de su poderoso reino y excelencias de su corona,* por el licenciado Francisco Bermúdez de Pedraza, canónigo y tesorero de su santa iglesia metropolitana (Granada, por Andrés de Santiago, 1638. En fólio). 4.ª parte, fol. 225, 2.ª col.

situación vino á templarse en algo, cuando, dolidos los padres dominicos de aquellas criaturas harapientas, dieron empleo á la madre en el lavado de la ropa y en el amasijo del pan del convento, como lo atestigua su propio hijo en aquella carta que, cerca de sus postrimerías, escribió desde Lisboa al prior de Santo Domingo, remitiéndole una cantidad, producto de sus obras, en la cual le encargaba, «que en los libros de recibo mandase hacer asiento de que Fr. Luís de Granada, hijo de la lavandera y amasadera del convento, por ser hijo del hábito del mismo, enviaba aquella limosna.»

Corrían los días, y la pobre madre seguía habitualmente flaca y desmedrada; y urgió en cierta ocasión hacerla guardar cama, á consecuencia de la fiebre que la devoraba. En la solitaria y destartalada vivienda no había ni pan, ni abrigo, ni lumbre, ni aun una insignificante moneda con que proporcionar caldo á la doliente. Esmerábase el hijo en servirla cuanto podía, y regalaba sus oidos con frases de acendrado amor y ternura; pero, apesar del esfuerzo por ocultarla, indecible era su pena al verse metido en tan honda estrechez y pobreza; así que, fiado en alas de su buen deseo, sale presuroso de casa para mendigar una limosna por amor de Dios. Acertó á verle un mozalvete, de sobra antojadizo y revoltoso, altivo y descortés, el cual quiso apartarle de tan buena acción, haciendo mofa y burla de la pobreza de su madre. Con encendidas ansias suplicóle el joven mendigo que callara; y, como el otro, visiblemente contrariado, se atreviera á descargarle rudo golpe en el semblante, no pudiendo Luisito contenerse, vinieron ambos á las manos y se maltrataron á

«Los religiosos del, dice este historiador (lugar citado), por tradición de sus mayores, cuentan graciosos cuentos de la pobreza de la madre y de la humildad del hijo.»

porfía. Hallábase en tal coyuntura asomado á una ventana de la Alhambra su alcaide el conde de Tendilla, el que tremoló por primera vez en sus muros el pendón castellano el mismo día de la rendición; y, temeroso de que se lastimasen aquellos rapazuelos, mandó á un criado que los departiera y llevara á su presencia. Apenas vió Lope, que tal se llamaba el procaz mancebo, al fámulo que se acercaba, desprendióse con violencia y dió á correr con toda la ligereza y velocidad que podía; Luisito, empero, con la tranquilidad del justo reflejada en su rostro, llegóse á la condal mansión, y tan cuerda y juiciosamente disculpó su proceder, que el Magnate quedó prendado de su ingenio y compostura, y, por un sentimiento de caridad tan común en los corazones cristianos de los más rudos guerreros de nuestra patria, previa noticia de su estado y condición, se encargó del mantenimiento y enseñanza del huérfano, le nombró paje suyo, y le dió por compañero de estudios y juegos á sus propios hijos. Con ellos bajaba, en efecto, todos los días de la Alhambra á la ciudad para cursar gramática latina en casa de un preceptor de esta lengua. Los rápidos y extraordinarios adelantos que hizo en el estudio, regocijaron al egregio prócer y llenaron de santo orgullo el corazón de su embebecida madre.

«Este casual y al parecer indiferente suceso, dice con avasalladora elocuencia el insigne tribuno y académico Don Alejandro Pidal y Mon, que trasladó al hijo de una anciana y pobre lavandera desde la choza en que se alimentaba, merced á la santa limosna de la sopa de un convento, á las regias estancias de la Alhambra, marcó en el porvenir de las letras españolas el término de su perfección y el apogeo de su grandeza, y suministró á la fama un nombre más que añadir al catálogo interminable de ilustres y memorables

genios suscitados en aquella hora crítica por Dios, para presidir á la transformación de la sociedad antigua que espiraba, y al advenimiento de la nueva que surgía en los dominicos de la Historia.» (1)

Desde muy temprano mostró el joven grandes disposiciones oratorias, que con perseverante solicitud cultivaba. Oído que había un sermón, lo repetía de coro á su auditorio infantil con tanto brío y despejo, como donosura y gracia. Sentía vivo anhelo de abrazar el estado eclesiástico, para lo cual se acomodó de acólito en la Capilla Real, situada á la sazón en la iglesia del convento de San Francisco de la Alhambra, redituándole este oficio apenas lo suficiente para costear los gastos escolares y el indispensable alimento para sí y su anciana madre, imposibilitada ya de trabajar; pero, ardiendo en deseos de mayor perfección, como la mayor parte de los varones de privilegiado ingenio, que han sentido oscilar en su mente la llama del genio y han aparecido en la escena del mundo como apóstoles de una idea salvadora, pregoneros de felices nuevas y nuncios de consoladoras realidades, ora sea en el orden religioso y moral, ora en el intelectual, social y político, tales como San Agustín y San Jerónimo, San Benito y Gregorio VII, Santo Tomás y Escoto, Santo Domingo y San Francisco, San Bernardo y Jiménez de Cisneros, se decidió el virtuoso adolescente, que

(1) *Discurso* leido ante la Real Academia española, al tomar posesión de su plaza de Académico de número el día 29 de Abril de 1883; trabajo grandilocuente y magnífico como todos los del preclarísimo orador asturiano, en el cual estudió á Fray Luis de Granada, «como encarnación de los grandes principios estéticos de la elocuencia en su más elevada manifestación y como personificación de las grandes fuerzas históricas nacionales en su más completo desarrollo; como el orador sagrado de la España del siglo XVI.»

frisaba todavía en los diez y nueve años, á separarse del mundo y abrazar la vida monástica. Escogió la Orden de Predicadores, la más análoga para ejercitar su talento oratorio, tomando en 1524 el hábito de novicio en el convento dominicano de Santa Cruz, recien fundado por los Reyes conquistadores en uno de los más bellos edificios que habían construido los árabes en Granada, y el de profeso en 15 de Junio del siguiente año. En tan solemne ocasión fué, cuando trocó su apellido por el nombre de su ciudad natal, bajo el cual ha ganado en el mundo literario tan excelsa nombradía. Este acto de acendrado patriotismo de Fr. Luís refleja sobre la ilustre metropoli nuevo realce y brillo, y hace simpático y glorioso su nombre en la historia de los pueblos cultos.

Ni las obligaciones de su nuevo estado, ni su ferviente consagración al estudio y á los ejercicios piadosos, ahogaron, ni siquiera debilitaron, los arraigados sentimientos de piedad y veneración para con su madre, ni fueron óbice á los deberes, que tan sagrados lazos incluyen y preceptúan. El claustro purifica y endereza los humanos afectos, no los destruye y aniquila. Iba todos los días la pobre anciana á la portería del convento, y el buen hijo, previa licencia del prior, partía con ella la propia y tasada ración que recibía de la comunidad, practicando con este acto dos grandes virtudes, la piedad y la abstinencia, pues, al par que remediaba la necesidad de su madre, maceraba el cuerpo con prolongado ayuno, que en la mocedad, cuando el apetito clama insaciable, es indicio de señalada virtud, acreedora al mayor elogio. Cuando alguno ponderaba su saber en las divinas y humanas letras, que le hacía acreedor de ocupar elevados puestos, solía responder con llaneza suma: «¡Pobre de mí, que soy hijo de una lavandera de la Alhambra!» No sufrió nunca mengua ni en-

friamiento su afecto filial, ni aun en medio de la celebridad que después le granjearon su maestría y elocuencia en el púlpito. Predicando una vez rodeado de numeroso gentío, vió entrar en el templo á la ya muy anciana y siempre humilde lavandera, á quien nadie hacía caso, é interrumpió el sermón, y, mirándola con inmensa ternura, suplicó al apretado concurso que le abriese paso, añadiendo en una especie de respetuoso éxtasis: «*¡Es mi madre!*» Y la afortunada mujer, al verse objeto de tan insólita reverencia, traducía su emoción en lágrimas de puro gozo.

Con gran vigor de espíritu y diligente solicitud cumplió Fr. Luís el oficio de corista, que, por prescripción de la regla, desempeñaban los dominicos al salir del noviciado. Era muy fervoroso en el rezo de las horas canónicas, infatigable en el estudio, y ejemplar perfectísimo de las virtudes monásticas. En todas las tareas sobresalió, y mereció el aplauso y cariño de los superiores, que deseaban ocasión propicia de galardonar su noble afán y porfía.

Terminado el estudio de artes con felicísimos resultados, le agració el capítulo con una de las becas, cuya provisión correspondía al convento, vacantes á la sazón en el Colegio Mayor de San Gregorio de Valladolid. Eran los Colegios mayores unas corporaciones distinguidas y privilegiadas, en que sólo hallaban entrada los jóvenes de claro ingenio y meritoria conducta, los cuales debían ser más tarde los órganos y dispensadores de la enseñanza universitaria. Aventajábase entre tan famosos centros docentes el de San Gregorio de Valladolid, propio de la Orden de Santo Domingo, fundación de uno de sus más ilustres hijos, D. Fray Alonso de Burgos, (1)

(1) «Fr. Mortero, que así apellidaban á D. Alonso de Burgos, ora

obispo respectivamente de Cuenca, Córdoba y Palencia, y dotado por él con pingües rentas y con magnífico edificio para alojamiento de los colegiales. (1)

Ingresado en este Colegio el 11 de Junio de 1523, emprendió Fr. Luís, con grande aliento y tesón, el estudio de la Teología escolástica y Patrología, sin descuidar el cultivo de la literatura en todas sus ramas, cuyos frutos supo esparcir

---

por ser natural del valle de Mortera, ora por su rudo aspecto, no había gastado toda su actividad y energía con las delicadas comisiones, que, facilitando á Isabel la posesión de la corona, á él le valieron la mitra; sino que una vez prelado, las enderezó á construir brillantes y magníficas obras. Sin hablar de las que costeó en Burgos y Palencia, las de San Pablo de Valladolid por sí solas parecieran bastantes á absorber su atención y agotar sus tesoros, y, no obstante, faltábale todavía realizar su creación predilecta, el título especial de su gloria y nombradia. Agradecido á la enseñanza que había recibido en aquel convento, quiso erigir al lado del mismo para los religiosos de su orden, un colegio de estudios bajo la advocación de San Gregorio, llamando á lo más selecto y florido de las artes para adornar dignamente la mansión de las ciencias. Ocho años tan sólo, desde 1488 á 1496, duró la fábrica de esta joya, labrada toda minuciosamente como un relicario por fuera y por dentro; mas el inspirado artífice que la trazó, Macías Carpintero, vecino de Medina del Campo, no logró verla terminada: á los dos años de dirigirla, una desastrada muerte, un suicidio misterioso puso fin á sus días.» D. José María Quadrado.—Recuerdos y Bellezas de España, *Valladolid, Palencia* y *Zamora* (1861), cap. III, pág. 70.

(1) Concluyóse la obra en 1496; y, habiendo ofrecido el fundador el patronato á Doña Isabel la Católica, despachó ésta una real cédula, en Sevilla, á 18 de Diciembre de 1496, encargando al Corregidor y Regidores de Valladolid tomasen posesión en su nombre.

Contaba este colegio, según la concesión del Papa Clemente VIII, de veinte colegiales frailes dominicos y doce capellanes. Éstos fueron suprimidos en 13 de Mayo de 1502 por disposición de la Reina y del Arzobispo de Sevilla Fr. Diego de Deza, y la aprobó Alejandro VI.

El edificio es uno de los más bellos y grandiosos, no sólo de Valladolid, sino de España, y todavía conserva algunos de sus bellísimos y ricos artesonados, apesar de la incuria del tiempo y de los destrozos que inconscientemente sin duda han hecho sus moradores. «Tras de

tan copiosamente en sus obras; (1) pero, resuelto á dedicarse con preferencia al ejercicio de la predicación, penetró en el recóndito santuario de la Teología mística, en la cual llegó á ser consumado maestro para sí y para los otros, aventajando á sus condiscípulos, no sólo en las divinas y humanas letras, sino en la virtud, labrada con ejercicios de oración y penitencia. Estos auxilios enriquecían y fortalecían su alma para ser luz del mundo y sal de la tierra en el sublime ministerio de la predicación evangélica.

Á esta época de la vida de Fr. Luís se refiere una anécdota, que ninguno de sus biógrafos ha omitido, y que acredita al mismo tiempo sus adelantos en el camino de la virtud, y la elección que en él había hecho la Providencia divina para que sirviese de instrumento á la salvación de las almas.

---

la codicia que arrebata, decía ya en 1861 el eminente historiador citado (pág. 74), vino el vandalismo que destruye, y manos españolas demolieron no ha quince años el largo muro que corría desde la fachada de S. Gregorio hasta la casa del Sol, enriquecido en su parte superior con exquisitos adornos del renacimiento: nichos, hermosos bustos, bichas y candelabros. Entre tantos edificios religiosos vacantes en Valladolid, no supo encontrarse otro para oficinas del Gobierno, sino el precioso Colegio, al cual era imposible tocar, sin dar al suelo con cien bellezas y sin ahuyentar de aquellos claustros las ilustres memorias del elocuente Granada, del virtuoso cuanto infortunado Carranza, del sabio y vehemente Cano, que hicieron allí sus estudios. Al dividir en habitaciones el vasto salón de la biblioteca, deshízose su brillante techumbre artesonada, rica en dorados y primorosa en labores: pérdida tanto más deplorable, cuanto más tranquila fué la época en que se consumó, triste como las últimas víctimas de un contagio que se daba ya por extinguido.»

(1) Hasta dió gallardo empleo á su numen poético, que no había de faltar por ventura en genio tan prodigioso, en aquellos hermosos versos, dedicados á Diego de Astudillo, con motivo de su tratado *De Generatione,* que comienzan:

Qualis purpureo surgens oriente rubescit
Alma dies flammis sidera cuncta fugit.

El caso fué, que estando cerca de las once de la noche el devoto colegial disciplinándose asperísimamente, acertaron á pasar dos casquivanos mozos, resueltos á lograr cierta ocasión, con grave ofensa de Dios. La soledad de la calle acentuaba el silencio de la noche, así que les pasmó sobremanera oir golpes de azotes y prolongados suspiros en una de las celdas de la conventual morada. Detuviéronse al momento, y, viendo lo que era, cotejaron la santidad de aquella acción con la vileza de la que iban á cometer, y sintieron heridos sus corazones del más vivo arrepentimiento. Al amanecer del siguiente día acudieron presurosos á informarse por el morador de la postrera celda del dormitorio: era la de Fr. Luís, el águila del colegio, el de mayores letras y virtudes; quedaron con él á solas, echáronse á sus piés, quisiéronselos besar; retrocedió él, confesándose indigno de tales obsequios, y, noticioso del suceso que los justificaba, quedó corrido del descubrimiento de su penitencia, proponiendo ser más cauto en adelante en evitar toda ocasión de alabanza humana.

Concluida su estancia en Valladolid, de la cual salió rico en toda erudición y medro espiritual, fué elegido según costumbre, para leer Filosofía y Teología en otros varios conventos de Andalucía, distinguiéndose señaladamente en tan altos magisterios, de suerte que muy en breve recibió el grado de maestro en sagrada Teología, el cual le fué conferido por Fr. Vicente Justiniano, después cardenal y á la sazón Maestro General de la Orden, y confirmado en 1564 por el capítulo general de Bolonia. Pero, estorbo le era la cátedra para ocupar el púlpito, esfera predilecta de sus trabajos, aunque las trazas del ingenio soberano con que Dios le dotó, hicieron á aquélla en extremo fértil en producir el bien ajeno. De ahí se explica su anhelo de verse libre de las tareas de la

enseñanza, sí nobles y elevadas, de muy inferior calidad á las del apóstol y evangelista de los pueblos, embajadores en la tierra del Dios-Hombre.

No desempeñó Fr. Luís tan augusto ministerio sin haberse dispuesto con larguísima meditación y estudio. Pasto continuo de su alma eran las Sagradas Letras y los Santos Padres, y de un modo especial las Profecías de Jeremías y las obras de S. Juan Crisóstomo, por ser mas análogas á su carácter, y armonizar mejor con las dotes peculiares de su estilo. Andaba principalmente solícito en beber la doctrina sagrada en sus propias fuentes, donde se conserva el agua más pura y abundante que la de los arroyos, que, corriendo sin cesar, la mantienen turbia y escasa. La primera escena de sus triunfos oratorios fué su patria, donde tanto crédito y autoridad tenía su palabra evangélica, que una gran muchedumbre de toda condición y sexo rodeaba siempre el púlpito. Ablandábanse los corazones rebeldes á los toques amorosos de la gracia; amanecía la luz en las mentes ofuscadas; la licencia y desenfreno, obligado séquito de la guerra y la conquista, cedían el puesto á la honestidad y templanza, y el espíritu de Cristo, que lo es de suavidad y dulzura, paz y amor, se difundía paulatinamente en aquella sociedad, donde antes tenían su trono los feroces y turbulentos hijos del falso Profeta.

Sabedor el general de la Orden que el convento de *Scala Cœli* se hallaba en abandono, nombró á Fr. Luís prior de aquella casa; nombramiento que equivalía al encargo de fundarla de nuevo, porque sólo quedaban ruinas donde los rebaños se guarecían. En gran veneración tenían los habitantes de la comarca esta antigua casa religiosa, fundada en los yermos de Córdoba por San Álvaro, confesor del rey Don Juan II, y mandada reedificar por el Papa Clemente VII, en

un breve que lleva la fecha de 1534. Decayó, sin embargo, su primitivo lustre y crédito, apesar de los esfuerzos de los religiosos, en quienes vivía el espíritu de su ilustre fundador, de manera que casi sobrehumana empresa era pensar en su restauración. Fr. Luís, empero, á cuyo valor, letras y discreción se fió ésta, no desmayó un punto y consiguió en breve darla cima; y la derruida y solitaria mansión quedó reedificada y poblada de nuevo por celosos y observantes hijos de Santo Domingo de Guzmán. Entre aquellos riscos y peñas, que tanto convidan al recogimiento, escribió su admirable *Libro de la Oración y Meditación*. «Á un arroyo se iba que está en medio de la calzada del convento, y, en aquellas quebradas sentado, dictaba á dos escribientes; que por eso hasta hoy se llama el arroyo de Fr. Luís de Granada.» (1)

El árduo empeño en que se había metido no fué parte para descuidar su predilecta tarea de la salvación de las almas. Abandonaba á menudo el agreste sitio para predicar á los cordobeses la divina palabra, y no sólo á ellos, sino á los pueblos comarcanos, recogiendo en todas partes copioso fruto. Dióle esto ocasión de contraer íntimas relaciones de amistad con los nobles marqueses de Priego y condes de Feria, grandes estimadores de hombres santos, (2) con los

(1) Fr. Luís Sotillo de Mesa.—*Vida de Fray Álvaro de Córdoba*, cap. VIII.

(2) El conde de Feria, D. Pedro Fernández de Córdoba, estaba casado con D.ª Ana Ponce de León, monja después en el convento de Santa Clara de Montilla, fundación y patronazgo de la casa de Priego, famosa por su religión y nobleza. Purísima doncella fué D.ª Ana en sus primeros años, diligente y concertada madre de familias después; más tarde honestísima viuda, y últimamente muy observante y cabal religiosa. Refirió la vida de esta ilustre mujer, junto con la de otra esclarecida dama, D.ª Sancha Carrillo, el insigne jesuita cordobés P. Martín de Roa, que conquistó la palma clásica, mereciendo figurar al lado

hijos de D.ª Catalina Fernández de Córdoba, marquesa de Priego, Fr. Lorenzo de Figueroa, obispo de Sigüenza, muy liberal y manirroto para con los pobres, y el P. Antonio de Córdoba, jesuita, á quienes dedicó el *Libro de la Oración y Meditación*, y sobre todo con el apóstol de Andalucía, P. Juan de Ávila. (1) Simpatizaron al momento los dos, como tan conformes en vida, letras y santidad, y el amor que de ahí surgió, duró al igual de la permanencia de ambos sobre la tierra. Humildísimo Fr. Luís, reconoció la superio-

---

de los más sobresalientes ingenios del siglo de oro. Al P. Miguel Mir paisano nuestro, gloria altísima de la Compañía de Jesús y preclaro ornamento de las letras españolas, se debe la última edición de estas dos *Vidas*, trabajada con mucho esmero y corrección (Madrid, imp. de José de Rojas, 1883). (*)

(1) Nació en Almodóvar del Campo, pueblo de la provincia de Toledo, en 1502. Empezó á los catorce años el estudio de la Jurisprudencia en Salamanca, que pronto abandonó por el de la Teología, en su afán de abrazar el estado eclesiástico. Desvanecido por el ejemplar sacerdote D. Hernando Contreras su primer propósito de pasar á las Indias, comenzó en Sevilla á los treinta años de su edad, poco más ó menos, aquella edificante y celosísima predicación de la divina palabra, que continuó infatigable en tierras de Granada, Córdoba y Sevilla hasta los postreros años de su existencia, llegando á ser apellidado con justicia *Apóstol de Andalucía*. En la casa de los Marqueses de Priego falleció en 1569, á los sesenta y siete años de su edad. Nos legó las obras siguientes:

1.ª El Tratado sobre el verso del salmo XLIV, *Audi filia et vide*, que contiene 113 capítulos, dirigido á D.ª Sancha Carrillo. Á este trabajo, grave y concienzudo cual su autor, preceden (Vid. la edición de las obras del P. Ávila publicadas en Madrid, Imprenta Real, 1792-1806. 9 vols., 4.º) los *Documentos*, calificados por los editores de *doctrina admirable y de suma importancia* que dió el Maestro á un mancebo para que sirviese de veras á Dios; la *Exposición de las Bienaventuranzas* y la *Carta á un Predicador* acerca de la alteza de su ministerio.—2.ª *Cinco tratados para apercibirnos á la venida del Espíritu*

(*) Véase el examen que hice de dicha obrita en la *Sección Bibliográfica* del MUSEO BALEAR (N.º 7.—15 Abril 1885. Epoca II.—Tomo II) en la cual analicé brevemente las brillantes dotes de estilo del autor, después de haber ensalzado los timbres literarios de la Compañía.

ridad del P. Ávila; oyó con docilidad sus avisos, (1) y se declaró su más apasionado discípulo. «Más debo, díjole un día, á vuestra merced y á sus consejos, que á muchos años de estudios y así lo confieso por mi verdadero maestro.» Y, á fuer de agradecido, escribió la vida y elogio de aquel apostólico varón.

Santo.—3.ª *Veinte y siete tratados sobre el Santísimo Sacramento.*—4.ª La traducción de los himnos *Pange lingua* y *Sacris solemniis.*—5.ª Once tratados acerca de las *Festividades de la Santísima Virgen María y del glorioso San José.*—6.ª *Epistolario espiritual,* que contiene 184 cartas, escritas á personas de diversos estados y condiciones, de uno y otro sexo. En ellas, dice Capmany, «campea con más eficacia la valentía, solidez y nervio en el decir...» y «ajenas de todo afeite y vano artificio, muéstrase la especial facilidad y presteza con que producía el autor sus pensamientos: dos cualidades tanto más asombrosas, cuantas más eran y más diferentes las materias sobre que escribía.» Andan intercalados en este *Epistolario* varios tratados brevísimos: *Avisos á D. Diego de Guzmán* y *al Doctor Loarte para entrar en la Compañía de Jesús;-Cinco grados de humildad;-Otros doce grados de humildad;-Diez avisos para caminar por la vía recta;-y Quince avisos para quien desea ser religioso;* y 7.ª *Dos pláticas* hechas *á los sacerdotes,* impresas en Córdoba, 1595, en 8.º, las cuales no están incluidas en la edición citada.

Permanecen todavía inéditas la *Reformación del estado eclesiástico* y unas *Anotaciones al concilio de Trento.*

Sus mayores dotes son la solidez de los pensamientos y la majestad y sencillez del estilo. No hay quien le niegue la gloria de haber creado el lenguaje místico castellano, enriqueciéndolo de numerosas y enérgicas voces, á cuya melodía y magnificencia no estaban acostumbrados los oídos. Lástima que su modestia fuese tan extremada. Ninguno de sus sermones, que debieron ser numerosísimos, se imprimió, ni se escribió probablemente. Solamente la admiración de sus contemporáneos y las numerosas conversiones, nos á entender la soberana alteza y eficacia de su predicación. El P. Ávila, á falta de otros títulos, sería digno de la veneración y gratitud de la posteridad y acreedor á los mayores encomios, por haber echado los cimientos de una grande escuela, cuyo primer discípulo fué Fr. Luís de Granada.

(1) De labios del P. Ávila oyó esta notable sentencia, que jamás se le cayó de la memoria; «sermón, dijo (contestando al conde de Feria, que deseaba saber su opinión sobre el que acababa de oir á Fray Luís) en que no se predique á Cristo Crucificado y á S. Pablo, y no se traiga su doctrina, no me satisface mucho.»

Hubo de dejar Fr. Luís la soledad de *Scala cœli*, donde vivió ocho años, para asistir al capítulo provincial de la Orden, de grave importancia entonces, no sólo por los asuntos que en él debían ventilarse, sino también por hallarse presente el duque de Medinasidonia, á quien los dominicos estimaban y veneraban como á su generoso favorecedor y en calidad de pariente del Santo Fundador. Los sermones que en tales solemnidades se predicaban, corrían á cargo de sabios y elocuentes oradores. Uno de ellos fué encomendado á Fr. Luís, y con tanta alteza de doctrina y galanura de estilo desempeñó su cometido, que el duque, maravillado en extremo, dijo al Provincial que de los demás predicadores pedía los sermones; de Fr. Luís exigía el sermón y la persona. No se podía desatender la instancia por ser de quien venía; y, el que poco ha moraba en el desierto de *Scala cœli*, hubo de alojarse en el suntuoso alcázar de Sanlúcar, en compañía del poderoso Magnate. Corto espacio de tiempo, empero, residió aquí, donde veía malograrse, sin escrúpulo ni pesar, la semilla de la palabra divina entre aquellos volubles y licenciosos cortesanos, atentos más á los primores y aliños de la frase, que á la excelencia y santidad de la doctrina, encaminada á corregir y moderar las demasías de su vida. Fué nombrado á la sazón Fr. Luís para fundar un convento de dominicos en Badajoz, que hacía larguísimo tiempo era solicitado, con lo cual dejó de vivir entre la gente palaciega, inhábil para percibir las cosas del espíritu. Llevó á cabo la fundación con prósperos resultados, y el tiempo que le dejaba sobrante tan difícil empresa, lo empleaba escribiendo el áureo libro *Guía de pecadores*, que labró en gran parte el pedestal á su inmortal renombre.

Gozándolo ya en aquella coyuntura, el cardenal D. En-

rique, Infante de Portugal, hijo del rey D. Manuel y nieto por su madre de los Reyes católicos, que regía entonces el arzobispado de Évora, le llamó junto á sí para servirse de su persona en el gobierno y pasto espiritual de su rebaño. Portentosos medros logró éste en la vida moral y religiosa, gracias á los sudores y fatigas del nuevo cooperador, de suerte que el arzobispo trató de perpetuar tal huésped en su archidiócesis, á cuyo fin pidió la correspondiente venia al Provincial. Obtenida que fué, aposentóle en la casa de religiosos descalzos de la orden de San Francisco, llamada de Valverde, distante una legua de Évora, en cuyo convento, prévio permiso del General de los dominicos, fué más tarde prohijado, dejando desde aquella hora de pertenecer á la provincia de Andalucía para esclarecer con sus luces y enaltecer con sus ejemplos á la afortunada de Portugal.

Á los pocos años de residir en ésta, en el de 1557, habiendo vacado el provincialato, á que estaban sujetos todos los conventos, reunidos en el célebre convento de Batalla los electores, entre los cuales se contaban varones eminentes en virtud y letras, fué elegido Fr. Luís de Granada, no obstante su calidad de extrangero, Provincial, cuya dignidad rehusó con porfiado empeño, estando ya tan naturalizado al rincón de su celda y trato de sus amigos, los libros, que todo lo que era apartarle de una y otros, lo sentía mucho. Pero sus vacilaciones y excusas afianzaron más la estima y crédito de sus merecimientos para regentar el cargo, viéndose precisado á doblar la cerviz, y más, cuando se lo rogaba su ilustre amigo el cardenal arzobispo de Évora.

Con la prudencia y tino del más experimentado hombre de gobierno, atemperando siempre su conducta á las leyes de lo justo y razonable, ejerció el espinoso cargo con ge-

neral aplauso y contentamiento, sin olvidar por eso sus literarias tareas. Cuando andaba de visita, sus libros traía, y lo que parecía trabajo propio de la celda, durante el camino lo hacía, fijando cierta especie de atril en el arzón de la silla, de suerte que iba caminando y leyendo. Ocioso es ya encarecer lo que haría en las posadas y conventos, quien tal hacía entre los accidentes y molestias del viaje. Entre los adelantos que recibió la provincia bajo su gobierno, se cuentan la transformación del vicariato de Santa María de la Luz de Pedrogaón, en convento vasto y bien construido, á donde afluía luego gran número de religiosos, que daban de sí grandes esperanzas de virtud y letras; la fundación del convento de San Antonio, en Montemayor el Nuevo, patria del devotísimo y caritativo S. Juan de Dios, rica y floreciente población de Alentejo; y la agregación del antiquísimo monasterio de Ansede, en el obispado de Oporto, al convento de Santo Domingo de Lisboa, negocio grave y de mucha importancia para la Orden, y del cual no habría podido salir airoso sin la decidida protección de la reina de Portugal D.ª Catalina, esposa de D. Juan III, é hija de D. Felipe I de España, y por tanto, hermana del Emperador Carlos V.

Era esta señora de altas prendas, que lucieron todavía con mayor brillo á la muerte del rey su marido, cuando hubo de empuñar las riendas del gobierno, por ser de menor edad su nieto D. Sebastián. Mucho era el aprecio que profesaba á Fr. Luís; le eligió por confesor y consultaba con él los más graves negocios del Estado. Acertó á quedar vacante la silla arzobispal de Braga por fallecimiento de su poseedor Fr. Baltasar de Lempo, de la orden del Carmen. La virtuosa soberana deseaba proceder con mucha cautela y discreción para el nombramiento de sucesor, é iba con su escrutadora

mirada leyendo en el interior de los que parecían más á propósito para regentar tan elevado puesto; y á nadie halló con mejores disposiciones, que á su preclaro director y consejero.

No se había manisfestado de un modo auténtico y positivo la resolución de la augusta Dama, cuando era acogida por el pueblo con señaladas muestras de regocijo, que contrastaban con la desazón y tristeza de los amigos de Fr. Luís, los cuales, conociendo la bondad y nobleza de sus sentimientos, recelaban con fundamento, que hubiera de apurar el cáliz de la amargura en una ciudad, donde tenía asiento la impureza, con el espantable séquito de males á ella inherentes. En este sentido le escribió su entrañable amigo Fr. Bartolomé de los Mártires, prior á la sazón del convento de Santo Domingo de Benfica, distante media legua de Lisboa, aconsejándole que con ahinco pidiese á Dios verse libre de cargo tan espinoso, que debía redituarle pingüe cosecha de amarguras.

Cual soberbia mole de piedra azotada por las olas, firme y valerosa se mostraba la reina de Portugal, sin aflojar un punto de su propósito, entre las pretensiones de la gente cortesana, que abogaba por otros candidatos. Mandó llamar á Fr. Luís, que se hallaba entonces en Santarén, convaleciente todavía de una dolorosa caída. Después de haberle recordado que en otra ocasión le había ofrecido en vano la mitra de Viseo, le intimó su voluntad en términos precisos y categóricos, declarándole que, por lo mismo que la depravación de costumbres estaba generalizada en la archidiócesis de Braga, al igual de la cínica y repugnante incredulidad, se hacía de todo punto urgente, para atajar tan graves males, un hombre virtuoso y docto, de suficiente tesón y energía; y que, tras larga meditación y consulta, había resuelto ele-

girle á él, en quien concurrían tan altas prendas, de suerte que abrigaba serios temores por la salud de aquellas almas, si rehusaba admitir el cargo. Enmudeció largo rato Fr. Luís, atento á la multitud de pensamientos que se le ofrecían; y luego, con suaves y corteses razones, procuró disuadir á la reina de su intento, alegando la flaqueza y entorpecimiento de sus hombros para sobrellevar tanto peso, y la voluntad de Dios, que le movía á escribir y no á gobernar, juntándose á esto la calidad de forastero que le haría repulsivo y antipático á los naturales; por lo cual se negaba á recibir una distinción, tan opuesta á su carácter, como á los hábitos de su vida modesta, retirada y laboriosa. Una negativa, con tan varonil firmeza sostenida, hizo desistir de su pretensión á la reina, que conocía harto la rectitud y veracidad de su confesor. Con honda pesadumbre hubo de variar de sistema y puso en manos de Fr. Luís la elección del nuevo arzobispo, honra, si cabe, mayor que la primera, porque ofrecerle la reina el arzobispado, previo conocimiento de sus méritos, fácilmente se comprende; mas, ponerse en el caso de agraciar á quien no conocía, cuyo nombre tal vez no habría sonado nunca á sus oídos, fué el colmo de la confianza y el aprecio. Á una y otro correspondió gustosísimo Fr. Luís, proponiendo, tras breve plazo de espera para deliberar, al Mtro. Fr. Bartolomé de los Mártires, varón de grandes letras y virtudes y muy celoso de la honra de Dios y bien de las almas. Negóse también el nuevo electo á admitir tal dignidad, y sólo por mediación de Fr. Luís (al cual apeló la Reina), que hizo gala en este caso de su discreta y persuasiva elocuencia, y no bastando todavía, hubo de valerse de la autoridad que gozaba en la Orden, condescendió en empuñar el báculo pastoral y obedecer las órdenes de la Reina. Al dominico granatense

se debe, pues, la gloria de haber alcanzado la nación portuguesa, para regir una de sus más insignes metrópolis arzobispales, á un varón por todos conceptos señalado, lumbrera del concilio de Trento, restaurador eximio de la disciplina eclesiástica y tipo acabado de obispos.

Acabado el término señalado por las constituciones de la Orden para el ejercicio del provincialato, se retiró Fr. Luís al convento de Lisboa (1572), donde vivió dedicado incesantemente á instruir y edificar á los fieles, ya con la predicación, ya con la composición de varios libros, que allí concluyó felizmente, como son: el *Memorial de la vida cristiana*, y el *Símbolo de la fe*, que los acabó, el primero á los setenta años, y el segundo á los setenta y ocho de su edad. Además de estos y otros escritos espirituales en lengua castellana, trabajó en su retiro de Lisboa todas las obras suyas que corren en latín; tales son los seis tomos de Sermones, cuatro que comprenden el Adviento, la Cuaresma, las dos Pascuas, las festividades del Corpus, y dos, panegíricos de Santos, publicados todos desde 1575 hasta 1578, y la *Retórica eclesiástica*, donde luce la erudición y buen gusto del autor, no tanto en los ejemplos, cuanto en las reglas y avisos muy útiles á los predicadores evangélicos.

Gozó Fr. Luís en el escondrijo de su pobre celda, los diez y seis años que vivió en Lisboa, de la gloria que pocos hombres alcanzaron en su tiempo en el mundo, huyendo de las honras humanas. Era consultado por los prelados más insignes, colmado de honores por la corte, visitado por esclarecidos príncipes é invictos capitanes, como Andrés Doria en el mar, y el gran duque de Alba en la tierra, coronando todo este séquito de distinciones la veneración con que el pueblo pronunciaba su nombre.

Siendo Fr. Luís aficionadísimo amante de la soledad, á la cual llamaba *antemural del silencio*, (1) *guarda de la inocencia*, (2) y la *principal maestra de los verdaderos predicadores*, después de las *ciencias para esto necesarias*, (3) hallaba á veces la celda sitio demasiado próximo á las viviendas de los seglares, no exenta por ende de peligros y tropiezos para el alma, y corría á refugiarse en agrestes moradas, (4) donde la naturaleza con sus grandes y majestuosos panoramas le convidaba á subir á más elevadas esferas y penetrar en las misteriosas regiones del orden sobrenatural. Cual otro Jerónimo, gustaba Fr. Luís de entregarse al ejercicio de la oración, principal trato de su vida, su sustento y manjar; y, con tal práctica, no hallaba soledad ni desierto, sino el más regalado paraíso. Allí sabía á lo que sabe Dios; don reservado á las almas contemplativas y apartadas del bullicio de las gentes, y bebía á torrentes el néctar de las divinas consolaciones, y trocábase su mente en un vasto océano de luz y amor. ¿No se reflejan estas excelsitudes de la mente y del corazón de Fr. Luís en sus inmortales escritos?

---

(1) *Compendio de la doctrina espiritual*, lib. VI, cap. XXXVII.

(2) *Memorial de la vida christiana*, trat. IV. § XII.

(3) Ibid., tratado VI del Vita Christi. *Del ayuno y tentación.*

(4) Solía residir en el mencionado convento de Nuestra Señora de la Luz de Pedrogaón. La pintura gráfica de esta comarca nos la ofrece el autorizado biógrafo Ldo. Luís Muñoz en estos términos: «El sitio de la villa es corona de una alta y descompuesta sierra: queda el monasterio á una ladera, por donde se baja al rio Zezere, acompañada toda de peñascos y árboles silvestres. Está en parte tan encumbrada y alta, que de cualquiera parte hay unos precipicios ó derrumbaderos, que, mirando abajo, hacen temblar el corazón más animoso, causando miedo grande á la vista. Crece el pavor con la corriente de dos rios que en los profundos de esta gran sierra se juntan: uno es Zezere, caudaloso de aguas, impetuoso en la corriente; el otro es Pera, menor en todo, y el vecino poderoso le quita el nombre y las aguas,

El claro y merecido renombre de Fr. Luís experimentó á la sazón leve oscurecimiento, que no fué parte á empañarlo, sino á darle mayor claridad y brillo. Por los años de 1586 gozaba fama grande de santidad en Lisboa Sor María de la Visitación, priora del convento de la Anunziada. Tenía largos éxtasis, decía haber recibido especiales favores de la Divinidad y mostraba en la cabeza muchas heridas como otras tantas señales de las espinas de la corona de Cristo, y en sus piés, manos y costado cinco llagas ó marcas rojas que todos los viernes se abrían y manaban sangre. Veíanse en torno de la dicha monja extraños resplandores y claridades. Á veces, como arrebatada por sobrenatural poder, se levantaba del suelo durante la oración y quedaba suspensa en el aire. Y otras cien maravillas á este tenor. Resultó ser esta monja, por información judicial una impostora y embustera; pero casi todos la dieron crédito, y, como tantos varones doctos y de

---

y hace propias al juntarse, dejando hecho un ángulo de piedra viva debajo del monasterio, de manera que queda como cercado de ambos rios. Traen ambos grande ímpetu, y se vienen furiosamente quebrando entre peñascos y lozas; causan un medroso ruído que se hace oir muy de lejos. El que de moderada distancia considera la postura del convento, los riscos y matorrales que lo cercan, la profundidad y oscuridad con que los dos rios bañan las raíces de los montes y compelidos se aprietan por pasar entre los peñascos como pueden, de que resulta una consonancia triste; lo grueso y pesado del más caudaloso con el agudo y menos grave del Pera; el que mira las sierras desde lejos, de que están cercados, unas que suben hasta esconderse entre las nubes, otras más bajas que, con malezas ásperas, son habitación de jabalíes, lobos y otros animales bravos que llegan hasta las cercas de la villa á hacer sus presas, representa todo junto aquel espantoso horror y la soledad horrible que los santos antiguos nos dejaron pintados en sus escritos de los desiertos de Siria y Tebaida; horror que recoge el entendimiento, provoca á la devoción, y convida al espíritu á despreciar la tierra, buscar y penetrar las estrellas, de que se halla mano, y no descansar sino con el Señor de ellas.»

gran santidad, pero á quienes Dios no dotó en aquel caso del discernimiento de espíritus, don gratuito que, á quien place, concede, cayó en el engaño Fr. Luís de Granada, varón tan cándido como elocuente, incapaz de sospechar tanto fingimiento y burla. El P. Francisco de Olivera, compañero y amigo del grande escritor, se expresa en estos términos, hablando de las cualidades morales de Fr. Luís: «Con aquel entendimiento tan grande y juicio tan claro tuvo la simplicidad de un niño de dos años; solamente conocía el bien é ignoraba el mal, de tal manera que cualesquiera muestras de virtud le llevaban tras sí, y ningun vicio podía imaginar en aquellos que le trataban, aunque fingida y engañosamente; á todos disculpaba, y cuando no podía la obra, alababa la intención, y así de toda persona virtuosa era tan amigo, que parecía encantado.» (1) «Esta monja, como dice por otra parte el P. Francisco Diago, cronista de la orden dominicana en la provincia de Aragón, desde sus principios fué muy virtuosa; y el concepto de virtud verdadera no fué dificultoso adelantarle, yendo aumentando demostraciones fingidas con apariencias de verdaderas, que ni desdecían de la edad, ni del modo de proceder, ni de todas las acciones de la vida.» (2) ¿Causará extrañeza, pues, que Fr. Luís de Granada, poseyendo tal rectitud y nobleza de corazón, la diera crédito? ¿Incurriría quizá en la menor falta, no teniendo su mente esclarecida respecto de este caso con luz sobrenatural para

(1) *Relación de la vida y de las cosas del V. P. Fray Luís de Granada;* apuntes que, segun creo, andan todavía inéditos, y de los cuales sacaron muchos provechos Fr. Francisco Diago y el Ldo. Luís Muñoz.

(2) *Historia de la vida... libros y muerte del P. Fr. Luís de Granada,* etc.—Barcelona, 1605, en 8.°

conocer su interior, revelado á otras personas como la condesa de Feria, religiosa del convento de Montilla y el extático S. Juan de la Cruz, restaurador de la Orden carmelitana? En nada disminuye la reputación de Fr. Luís el haber sido víctima de engaño, antes bien pone de manifiesto la ingenuidad y llaneza de su carácter y el extremado candor y sencillez de su alma. (1)

La tribulación de Fr. Luís de Granada fué sin medida; dolióse empero él más de la ruina espiritual del prójimo que de la mengua padecida tal vez en su fama, aunque, preciso es confesar, no sufrió menoscabo alguno, pues los contemporáneos le amaban y reverenciaban como varón de sólida virtud y preclaro ingenio. Consideró ocasión propicia dejar oir su voz para atajar el escándalo consiguiente en el vulgo, y escribió el admirable *Sermón*, famoso en todo el orbe, *contra los escándalos en las caidas públicas*, sobre el texto de S. Pablo: «*Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?*», que parece haber sido la postrera de sus obras, aunque, como dice sensatamente Menéndez Pelayo, «no es producción de entendimiento ni de estilo cansados.» (2)

«Dos principales males se siguen, (dice el Tulio español), cuando alguna persona de reputación de virtud cae en al-

(1) No todos los que entraron en este negocio pecaban de igual candidez, y dícenos expresamente Fr. Agustín Salucio, que había en el fondo de aquella milagreria un fin político y anticastellano, pretendiendo los adversarios de la sucesión de Felipe II dar crédito de profetisa á aquella mujer y valerse de ella para sus planes.

Merece ser consultado el notabilísimo escrito, tenido siempre en gran crédito, del mencionado Salucio, el cual anda inserto en la vida del P. Granada por Muñoz; trabajo que ofrece puntual y menuda noticia del suceso y vindica bizarramente la memoria de Fr. Luís.

(2) *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo II, lib. V, cap. I.

gún error ó pecado público. El uno es descrédito de la virtud de los que son verdaderamente buenos, pareciendo á los ignorantes que no se debe fiar de ningun bueno, pues éste, que lo parecía, vino á dar tan gran caída. El otro es el desmayo ó cobardía de los flacos, que por esta ocasión vuelven atrás ó desisten de sus buenos ejercicios. Y en estos casos, así como son diversos los juicios de los hombres, así también lo son sus afectos y sentimientos, porque unos lloran, otros rien, otros desmayan: lloran los buenos, rien los malos y los flacos desmayan y aflojan en la virtud, y el común de las gentes se escandaliza.»

«Pocas veces, añade Menéndez Pelayo, se ha escrito con más eloçuencia sobre el pecado de escándalo, especialmente en las caídas de personas religiosas. Los efectos del sermón aunque no llegó á pronunciarse, fueron admirables para alentar á los flacos y tibios.» (1) «Para el propósito (que intentaba Fr. Luís) dice el Ldo. Muñoz, no se pudiera hacer sermón ni más docto, ni más devoto, ni de mayor elocuencia y eficacia.» (2)

Cuando empezó á componer este sermón, sintió Fr. Luís los primeros síntomas del mal que le llevó al sepulcro. No se intimidó por eso; prosiguió su tarea y dióla feliz cima y «como cisne divino, al morir cantó más suavemente» (3) Estaba tan acostumbrado á morir con el pensamiento, que el ejercicio de él había quitado la dificultad á la ejecución; como á la ponzoña el uso de comerla su fuerza. Y, como las cosas naturales, cuanto más se avecinan á su término, tanto caminan con más prisa, inclinadas del peso y llevadas de la

(1) *Ibid.*, tom., lib., y cap. citados.
(2) *Vida de V. P. M. Fr. Luís de Granada*, lib. II, cap. XIII.
(3) Muñoz. *Ibid.*, lib. y cap. citados.

fuerza de su naturaleza; así este desprendido y pio religioso cuanto más á Dios se llegaba, tanto mayores eran las ansias con que deseaba alcanzarle donde le gozase perfectamente, sin que ajena violencia, ni voluntad propia, pudiesen jamás apartarle de sus brazos. Recibido devota y humildemente el santísimo Viático, provisión soberana para la larga jornada de la eternidad, y el oleo sagrado, con que la Iglesia unge á sus hijos para el postrer combate de la vida, hizo una fervorosísima plática á los novicios acerca de las obligaciones de su estado, y del cómo debían cumplirlas y ordenar su vida presente para asegurar el logro de la futura, con tanto acierto de palabras, por una parte, y tanta eficacia de razones, que verdaderamente parecía que el Espíritu Santo movía sus labios; y por otra, con tal suavidad y ternura, que á su sonido se regalaran las peñas, cuanto más corazones de carne.

Con estas ansias del bien de sus hermanos y de la gloria divina, entre las oraciones y suspiros del piadoso concurso que rodeaba su lecho, aquella alma bienaventurada, con milagrosa paz y sosiego, dejó la envoltura de su penitente cuerpo, y, traspasando los confines de este mísero planeta, voló á las moradas eternas á sepultarse en el gozo de su Señor. Eran las nueve de la noche del día postrero del año 1588; alcanzaba Fr. Luís la crecida edad de ochenta y cuatro años, de los cuales había pasado sesenta y seis en la religión. En las honras fúnebres, celebradas dos días después, predicó el P. Mtro. Fr. Antonio de Sousa, obispo de Viseo y grande amigo de Fr. Luís.

Sintió y lloró tal muerte el orbe cristiano, y, en especial, la nación española y la orden dominicana, que celebró exequias en muchos conventos. Las de Valencia fueron solemnísimas, en las cuales pronunció la oración fúnebre el pia-

dosísimo arzobispo D. Juan de Ribera, que la Iglesia cuenta en el catálogo de sus Beatos.

Una circunstancia, digna de nota, ocurrió en el entierro. Al verificarse éste, tan numeroso concurso acudió á recoger alguna reliquia del cadáver, que tuvieron que defenderlo puñal en mano, los dos nobles portugueses marqués de Villa-real y Rui Gómez de Silva.

Y, para que aquel venerado sepulcro fuera objeto para la posteridad de mayor respeto y estima, el digno proveedor de las armadas reales, Francisco Duarte, íntimo amigo del difunto escritor, mandó esculpir sobre aquél el siguiente epitafio:

FRATER LUDOVICUS GRANATENSIS EX PRÆDICATORUM FAMILIA,
CUIUS DOCTRINÆ MAIORA EXTANT MIRACULA,
GREGORII XIII. PONT. MAX. ORACULO,
QUAM SI CÆCIS VISUM, MORTUIS VITAM A DEO IMPETRASSET.
PONTIFICIA DIGNITATE SÆPIUS RECUSATA CLARIOR,
MIRA IN DEUM PIETATE, ET IN PAUPERES MISERICORDIA,
INSIGNIUMQUE LIBRORUM,
AC CONCIONUM VARIETATE TOTO ORBE ILLUSTRATO.
ÆTATIS ANNO LXXXIV.
ULYSIPONÆ MORITUR MAGNO REIPUBLICÆ CHRISTIANÆ DESIDERIO.
PRID. KAL. IAN. AN. M. D. LXXXIX.

En romance dice así:

FR. LUÍS DE GRANADA, DE LA ORDEN DE LOS PREDICADORES,
POR CUYA DOCTRINA SE VEN MAYORES MILAGROS,
(ASÍ LO DIJO EL ORÁCULO DE GREGORIO XIII, PONTÍFICE MÁXIMO)
QUE SI HUBIERA ALCANZADO DE DIOS VISTA Á CIEGOS,
VIDA Á MUERTOS.
MUCHO MAS ESCLARECIDO
POR HABER RENUNCIADO MUCHAS VECES OBISPADOS;
ILUSTRE POR SU ADMIRABLE PIEDAD CON DIOS,
Y MISERICORDIA CON LOS POBRES,
HABIENDO ILUSTRADO TODO EL ORBE
CON SUS INSIGNES LIBROS Y SERMONES.
Á LOS OCHENTA Y CUATRO AÑOS DE SU EDAD MURIÓ EN LISBOA,
CON GRAN SENTIMIENTO DE LA REPÚBLICA CRISTIANA,
EL DIA ANTES DEL PRIMERO DE ENERO DE M. D. LXXXIX.

II

Riquísimo tesoro literario nos legó Fr. Luís de Granada con sus inmortales escritos. Por ellos le aclama la posteridad lumbrera de la filosofía cristiana, príncipe de la elocuencia sagrada española, consumado maestro de la vida espiritual, y astro de primera magnitud entre aquella pléyada de hablistas castellanos, que agotaron las fuerzas de su ingenio en labrar, pulir y abrillantar la admirable joya de la lengua patria y constituírla en espléndido ropaje y atavío del humano pensamiento, en la esfera de la religión, de la literatura y del arte. Y no sólo fué en alto grado benemérito de la lengua española, sino que gozó el privilegio de espiritualizarla, santificarla y hacerla el instrumento más propio y adecuado para hablar con Dios. Si hoy pueden decir los filólogos que nuestra habla «*no se forjó para decir herejías,*» y mereció ser llamada lengua de ángeles, fué principalmente porque, como dice Fr. Bernardino de Villegas, «*Fr. Luís de Granada santificó la lengua castellana con sus divinos escritos.*»

Las obras de Fr. Luís pueden repartirse en tres clases, correspondientes á las tres lenguas castellana, portuguesa y latina, en que las sacó á luz.

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL GRANADA

OBRAS CASTELLANAS

I—Guía de Pecadores. Contiene esta obra, que se reputa cual la maestra y soberana del eminente hablista, una larga y copiosa exhortación á la virtud y guarda de los manda-

mientos divinos. En la primera parte se manifiestan los títulos que obligan al hombre á practicar la virtud; se declaran los bienes espirituales y temporales á ella vinculados en la presente vida, y se responde á las excusas que suelen comunmente alegarse para no seguir tan hermosa senda. En la segunda se trata de los vicios que afean y oscurecen las almas, y de las virtudes que las adornan y embellecen con el ornamento espiritual de la justicia.

Es difícil tejer un elogio comprensivo de esta obra. La recomienda la alteza y sublimidad de la doctrina, la copiosa erudición bíblica y patrológica, la suma destreza y habilidad en penetrar los senos más recónditos del corazón humano, el severo y majestuoso encadenamiento de los raciocinios, la lucidez y acierto en el discurrir, la firmeza y aplomo en el juzgar, la suavidad y ternura en el convencer, la unción y eficacia en el persuadir, el nervio y vigor de la expresión, la sonoridad y brillantez de la frase y la incomparable energía y viveza del estilo.

Á este trabajo concedía la preferencia el mismo autor, pues solía decir entre sí: *¿es posible que yo hiciera este libro en Badajoz? Buen cielo y buen clima debe de ser el de esta ciudad.*

Es la obra más popular de nuestra literatura ascética: es el *vade-mecum* del aristócrata y del menestral, del literato y del rústico, de la dama y de la jornalera, del profano y del devoto. Á fuerza de haberse hecho tan trivial y común su lectura, observa atinadamente Capmany, tal vez no es conocido y sentido debidamente todo el valor de la elocuencia que está derramada en este libro. (1)

(1) La *Guía de Pecadores* es uno de los libros devotos que han

Pondera Fr. Luís el beneficio de la conservación y gobierno de todos los seres por parte de Dios, y dice con maravillosa síntesis: «Todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad y predicadores de su largueza.» (1)

Agota los recursos de la elocuencia, al considerar el abuso de los dones y beneficios del Señor. «Con las fuerzas se hacen (los hombres) más soberbios, con la hermosura más va-

---

tenido mayor circulación en el Orbe cristiano. Á fines del siglo XVI se publicaron en España las siguientes ediciones: dos en Salamanca, la de 1567, 8.° perg., en casa de Andrea de Portonariis, y la de 1572, 8.° perg., en casa de Domingo de Portonariis; y dos en Barcelona, la de 1588 y la de 1594, ambas en casa de Jaime Cendrat.—En este siglo se han publicado: una en Madrid, el año 1855, 8.° may. XLVIII-640 págs., imp. y desp. de la Compañía de impresores, y las restantes en Barcelona, la de 1848, 2 toms. 8.°, con el retrato del autor y una introducción por el sabio escritor D. Joaquín Roca y Cornet, imp. y lib. de J. Oliveres; la de 1851, 2 toms. 8.° con una lámina, imp. de Pablo Riera, y la de 1884, 2 toms. 8.°, Lib. Religiosa. Otras se habrán publicado tal vez, pero de ellas no tengo noticia.

Tradujeron esta obra al italiano el R. P. Timoteo del Bagno monje camaldulense (Venecia, en casa de Jorge Angellieri, 1576, 4.°) y el dominico Fr. Jerónimo Joannini de Capua (Ibid., por Giolitos, 1577 y 1595, 4.°); al francés, Pablo del Monte (Douai, por Juan Bogard, 1574, 8.°), Nicolás Colín (Reims, por Juan de Foigny, 1577, 16.°; París, por Miguel Sonnio, 1625, 8.°), D. Girard (París, en casa de Pedro le Petit, 1658, 8.°, versión elegantísima que hizo sudar los tórculos varias veces), y Fr. Cipriano de Santa Angélica, agustino descalzo (Lyón, 1674, 8.°); al alemán, un autor cuyo nombre no ha llegado á mis oídos (Maguncia, 1599, 2 vols. 8.°); al polaco el jesuita Estanislao de Varsovia; al griego, otro religioso de la Compañía, el P. Andrés Renti, natural de Chios (Roma, imp. de *Propaganda fide*, 1628, 12.°); y al latín, Miguel de Isselt (Colonia, por tres veces, 1587, 1590 y 1592, 12.°).

El célebre teólogo y brioso impugnador de la secta calvinista, cardenal de la Iglesia romana, Jaime Davy du Perrón (1556-1618), hizo en francés un compendio de esta obra.

(1) Lib. I, cap. III.

nos, con la salud más olvidados de Dios, con la hacienda más poderosos para tragarse los flacos y competir con los mayores, y para regalar su carne y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda, como otro Judas, el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero, como hicieron los Judíos...» «De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los frutos y bienes de la tierra para sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquecen, con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos, y del día para tender sus redes.» (1)

Desatado río de elocuencia es la lengua de Fr. Luís, al declarar las grandezas de la Redención y de la gracia. Dios por medio de ésta renueva el interior del hombre; «y así cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y cautiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánima, vuélvenos la paz y alegría de la buena conciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos ligeros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras.» (2)

Describe la hermosura de la tierra para inferir la del cielo, y resulta la descripción un tejido de galas y primores:

«También declara algo de esta gloria el sitio y alteza del lugar diputado para ella, que es el cielo empíreo, el cual,

(1) *Ibid.*, cap. III, § I.

(2) *Ibid.*, cap. V, § I.

así como es el mayor de todos los cielos, así es el más noble y más hermoso y de mayor dignidad. Llámase en la Escritura tierra de los que viven; por donde entenderás que ésta, en que aquí moramos, es tierra de los que mueren. Pues, si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuantas y cuan hermosas cosas hay en él. ¿Cuánta es la grandeza de los cielos? ¿cuánta la claridad y resplandor del sol, de la luna y de las estrellas? ¿cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales? ¿Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios, repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, y sobre todo, la anchura de los mares, poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas? ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado de una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata y de otros tan ricos y tan preciosos metales? ¿qué de los rubíes y esmeraldas y diamantes y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mismas estrellas en claridad y hermosura? ¿qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores, y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de naturaleza también la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nacieron las vajillas de oro resplandecientes, los dibujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento, que es el más

bajo de todos, segun dijimos, y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que, cuanto está más alto que todos los cielos y elementos, tanto es más noble, más rico y más hermoso? Especialmente si consideramos, que estas cosas del cielo que se descubren á nuestros ojos, como son las estrellas, el sol y la luna, sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas; pues ¿qué será lo que de esotra parte está descubierto á los ojos inmortales?» (1)

Uno de los mayores males que pueden venir á una alma, es levantar Dios la mano de ella. «Porque ¿qué podrá ser una ánima sin Dios, sino una viña sin viñador, una huerta sin hortelano, un navío sin piloto, un ejército sin capitán, y una república sin cabeza, ó por mejor decir, un cuerpo sin alma?» (2)

Habla el autor de las consolaciones divinas que gozan en la oración las almas virtuosas, y nos ofrece un conjunto de embelesantes y risueñas imágenes, que forman contraste con los habituales rasgos, valientes y enérgicos de su pincel. ¡Cuán bizarro y flexible se ostenta el ingenio granadino!

«En este santo ejercicio, dice, señaladamente alegra el Señor á sus escogidos... Allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo, y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia ser

(1) *Ibid.*, cap. IX, § II.

(2) *Ibid.*, cap. XII, § II.

verdad lo que dijisteis: mi gozo será cumplido en ellos... Entonces (el ánima) maravillándose de sí misma, cómo tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres y decir: ¡Oh locos! ¡oh desvariados! ¿en qué andais? ¿qué buscais? ¿cómo no os dais prisa por gozar de tan grande bien? Gustad, y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varón que espera en él. Á quien gusta ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, y la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama...

»El día le es enojoso, cuando amanece con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna noche tiene por larga, antes la más larga le parece la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su Criador, como á unos espejos de su gloria, como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas de él, como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones que el esposo envía á la esposa para enamorarla y entretenerla, hasta el día que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envía, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano mío, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruído de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las

criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice: Yo duermo y vela mi corazón... ¿Pues qué tales te parecen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores, éstas, ó las de los hijos de este siglo, que andan á estas horas asechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro, y atesorando ira para el día de su perdición?» (1)

Define con maravillosa precisión y exactitud el oficio de la conciencia y su diverso obrar en los buenos y los malos:

«Dios nos proveyó de un perpetuo despertador que nunca durmiese, y de un perpetuo predicador que nunca enmudeciese, y de un maestro y ayo que siempre nos encaminase al bien. Esto entendió maravillosamente Epicteto, filósofo estoico, el cual dice: que así como los padres suelen encomendar sus hijos, cuando son pequeños, á algun ayo que tenga cuidado de apartarlos de todo vicio y encaminarlos á toda virtud; así Dios como Padre nuestro, después de ya criados, nos entregó á esta natural virtud que llamamos conciencia, como á otro ayo, para que ella nos estuviese siempre enseñando y encaminando á todo bien y acusando y remordiendo en el mal.

»Pues así como esta conciencia es ayo y maestro de los buenos, así por el contrario es verdugo y azote de los malos, que interiormente los azota y acusa por los males que hacen, y echa acíbar en todos sus placeres; de tal manera, que apenas han dado el bocado en la cebolla de Egipto, cuando luego les salta la lágrima viva en el ojo.» (2)

---

(1) *Ibid.*, cap. XVI, § I.

(2) *Ibid.*, cap. XVII.

Con valiente frase, al par que tierna y amorosa, pondera la desventurada suerte de los que viven faltos de esperanza en la Divina Misericordia.

«Como la yedra, dice, busca el arrimo del arbol para subir á lo alto, porque por sí no puede, y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varón, porque como animal imperfecto entiende la necesidad que tiene de este arrimo; así la misma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

»Querría saber los que de esta manera viven, ¿con quién se consuelan en sus trabajos? ¿á quién se acogen en sus peligros? ¿con quién se curan en sus enfermedades? ¿á quién dan parte de sus penas? ¿con quién se aconsejan en sus negocios? ¿á quién piden socorro en sus necesidades? ¿con quién tratan? ¿con quién conversan? ¿con quién platican? ¿con quién se acuestan? ¿y con quién se levantan? ¿y finalmente cómo pasan por todos los trances de esta vida, los que no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo una ánima puede vivir sin Dios? Pues no es menos necesario Dios para la una vida, que el ánima para la otra.»

Convierte á la esperanza en áncora, luego en escudo, y después en báculo; alegorías, que con ser tan fáciles y naturales, tienen gran fuerza y energía, porque nos hablan más de cerca. Distingue en cada una tres símiles, y forma tres oraciones separadas sin apartarse de la idea ó proposición general, á donde van todas ordenadas. Solo Dios, afirma, es nuestra esperanza, en los peligros, en las adversidades y en las necesidades, y acomodando á los tres casos su consideración distinta, prosigue:

«Si la esperanza viva es el áncora de nuestra vida, ¿cómo osa nadie entrar en el golfo de este siglo tan tempestuoso sin el socorro de esta áncora? Si la esperanza es el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana después de aquella general dolencia; ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo de este báculo?» (1)

Los estragos que causa el vicio impuro, andan descritos con sublime concisión y energía, nunca superadas por escritor alguno. «¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y común pestilencia del género humano!» (2)

Beneficiosa es la tribulación: ella «es como una lima de hierro, que, cuanto es más áspera, tanto más limpia el ánima del orín de los vicios, y la que hace al hombre más humilde en sus pensamientos, más devoto en su oración, y más puro y limpio en la conciencia.» (3) Pero, si es áncora de salvación para los buenos, es piedra de tropiezo para los malos: «los unos, como plata fina, perseveran sanos y enteros en el fuego de la tribulación; los otros, como vil y bajo estaño, luego se derriten y deshacen con la fuerza del calor. Y así donde los unos lloran, los otros cantan; donde los unos se ahogan, los otros pasan á pie enjuto; donde los unos, como vil y flaco

(1) *Ibid.*, cap. XVIII, § I.
(2) *Ibid.*, cap. XIX § II.
(3) *Ibid.*, cap. XXII, § I.

vaso de barro, estallan en el fuego, los otros, como oro puro, se páran más hermosos.» (1)

Prosigue y amplifica Fr. Luís la tristísima y vehemente interrogación del profeta Baruch acerca de la fugacidad de la bienandanza humana, avivándola con ejemplos y recuerdos, no menos aflictivos y magníficos: «¿Qué es del sabio? ¿Qué es del letrado? ¿Dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde está el poderoso Alejandro y el glorioso Asuero? ¿Dónde están los famosos Césares de Roma? ¿Dónde los otros Príncipes y Reyes de la tierra? ¿Qué les aprovechó su vana gloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andaban al derredor? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento.» (2)

Engañosa es la felicidad humana. «¿Qué es toda la gloria del mundo, sino un canto de sirena que adormece, una ponzoña azucarada que mata, una víbora por defuera pintada, y por adentro llena de ponzoña? Si alhaga, es para engañar; si levanta, es para derribar; si alegra, es para entristecer. Todos sus bienes da con incomparables usuras... Más duele la perdida que alegra la ganancia; más aflige la enfermedad que alegra la salud; más quema la injuria que deleita la honra.» (3)

...«¿Qué es este mundo, continúa el insigne hablista, sino tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas,

(1) *Ibid.*, cap. XXII, § II.
(2) *Ibid.*, cap. XXIX, § I.
(3) *Ibid.*, cap. XXIX, § VI.

prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fruto, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fruto, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin suceso, su esperanza vana, su alegría fingida y su dolor verdadero.» (1)

¡Con qué soltura, despejo y onato, declara que todos los géneros de bienes que el corazón humano puede en esta vida alcanzar, se encierran en la virtud, como un bien universal en que, á su manera, se hallan todas las perfecciones!

«Vemos, dice, que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones; entre las cuales, tanto suele una ser más perfecta y más digna de ser amada, cuanto más de estas perfecciones participa. Pues, según esto, ¿cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque, si por honestidad va, ¿qué cosa más honesta que la virtud, que es la raíz y fuente de honestidad? Si por honra va, ¿á quién se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermosura va, ¿que cosa más hermosa que la imagen de la virtud?... Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? La longura de los días con los bienes de la eternidad están en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de

(1) *Ibid.*, cap. XXIX, § VII.

las consolaciones del Espíritu Santo, lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si se desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá...»

»Este es aquel bien, que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde, con grandísima razón envió Dios al justo aquella tan magnífica embajada, la más breve en palabras y la más larga en mercedes, que se pudiera enviar: *Decid al Justo que bien.*»

Amplifica y glosa luego este conciso y sentencioso dicho con su acostumbrada copia de elocuencia:

«Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que después de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien; en los placeres y en los pesares, en los trabajos y en los descansos, en las honras y en las deshonras, porque á los que aman á Dios, todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se caigan los cielos á pedazos, él no tiene por que temer, sino porque levantar cabeza, porque entonces se llega el día de su redención...» (1)

Al mortal deslumbrado por el brillo de las riquezas dirige la siguiente exhortación, vigorosa y concluyente: «El amor de las riquezas más atormenta con su deseo, que deleita con su uso, porque enlaza el alma con diversas tentaciones; enrédala con muchos cuidados; convídala con vanos deleites; provócala á pecar, é impide su quietud y reposo...»

«Donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las des-

(1) *Ibid.*, cap. XXX.

perdicien y hurten. ¿Qué tiene el más rico del mundo de sus riquezas más que lo necesario para la vida? Pues de esto te podrías descuidar, si pusieses tu esperanza en Dios y te encomendases á su providencia, porque nunca desampara á los que esperan en él; porque, quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre. ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaricos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre, mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad? La vida es breve, y la muerte se apresura á más andar; ¿qué necesidad tienes de tanta provisión para tan corto camino? ¿para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres, tanto más libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá menos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegarán más cargados; sino que acabado el camino, te quedará menos que sentir lo que dejas y menos de que dar cuenta á Dios, como quiera que los muy ricos, al fin de la jornada, no sin grande angustia dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.» (1)

Véase con que maestría define á la prudencia: «Esta virtud en la vida espiritual es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino, y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano, y guiarlo por donde ha de caminar. Sin esta virtud, la vida espiritual sería toda ciega, desproveída, desconcertada y llena de confusión.» (2)

---

(1) Lib. II, cap. V.

(2) *Ibid.*, cap. XV, § VIII.

II—Libro de la Oración y Meditación. Es un panal de celestial doctrina para el entendimiento y una mina de suavísimos y regalados afectos para el alma cristiana. En tres partes se divide: la 1.ª comprende catorce Meditaciones para los siete días y las siete noches de la semana: las siete primeras acerca del Santísimo Sacramento, la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, y las otras siete sobre el Pecado, las Miserias de la vida humana, los Novísimos y la alteza de los Beneficios divinos. Siguen luego el examen de las cinco partes que puede tener la Oración, á saber: Preparación, lectura, meditación, hacimiento de gracias y petición; siete avisos para proceder debidamente en ellas, señaladamente en la meditación, y seis consideraciones previas para meditar con fruto la pasión del Salvador.—La 2.ª trata de la Devoción, de los medios (trece), por do se alcanza y fomenta, y de los impedimentos que le oponen traba y cortapisa, unos generales (once), que indistintamente se ofrecen á todos en este camino, y otros particulares (varios), conforme al carácter y aficiones de cada uno; de las tentaciones más comunes (nueve), que suelen padecer las personas devotas y de los remedios para vencerlas; y contiene además diez y nueve avisos para descubrir las celadas y artes del enemigo.—La 3.ª encierra los tratados acerca de la Oración, Limosna y Ayuno. El primero abraza tres partes principales: Utilidad y eficacia de la oración; Necesidad que de ella tenemos; y Perseverancia en su ejercicio. El segundo trata de los bienes espirituales y temporales, que nos acarrea el ayuno, y males de que nos libra. El tercero declara las excelencias de la limosna, y la obligación y manera de hacerla. (1)

(1) Del *Libro de la Oración y Meditación*, se publicaron en nues-

«Las *Meditaciones*, dice Capmany, son casi todas ellas unos discursos oratorios, los más excelentes que de este género nos han quedado en nuestra lengua. Sus dulces y afectuosas cláusulas, avivadas con el resplandor de las más sublimes imágenes, causan una emoción entrañable de sentimientos, tan profundos de compasión, pesar y tristeza, que dudo haya hombre, que acordándose que es cristiano, pueda leerlos ni oírlos leer con animada expresión, sin derramar lágrimas. Lo atestiguo con mi propio corazón; pues la primera vez que yo mismo me los recitaba con el tono conveniente, no podía continuar la lectura, porque el dolor embargaba el oficio á la lengua, y los ojos perdían la luz con el peso del llanto en que iban á rebentar. Si el mismo Cicerón nos cuenta que jamás pudo leer sin verter lágrimas el discurso famoso de Fedón, en donde Platón refiere las postreras palabras y muerte de Sócrates; y si era tal aquel discurso, que Catón antes de darse la muerte, lo leyó dos veces para esforzar su confianza en la inmortalidad; ¿qué efectos no deberá obrar en las almas pías de los verdaderos creyentes, la lectura meditada de los pasajes que aquí se han trasladado? Si entre los

---

tra patria, á fines del siglo décimo sexto, las ediciones siguientes: dos en Salamanca, la de 1556, 4.°, en casa de Andrea de Portonariis, y la de 1567, 8.°; dos en Barcelona, la de 1588 y la de 1594, fol., impresas ambas por Jaime Cendrat, y una en Medina del Campo, el año 1588, 8.°—En la presente centuria se han publicado: una en Madrid, 1832, 8.°, imp. y lib. de J. Viana Razola; una en Valladolid, 1835, 8.°, imp. de la V. de Roldán; una en Málaga, 1855, 8.°, imp. y lib. de Martínez de Aguilar, y cuatro en Barcelona, la de 1846, 8.°, imp. y lib. de Antonio Sierra, las de 1877 y 1883, 16.°, impresas por Francisco Rosal, y la de 1880, 2 toms. 8.°, Lib. Religiosa.

Tradujo esta obra al latín Miguel de Isselt, (Colonia, 1586 y 1592); al francés Francisco de Belleforest (París, por Guillermo de la Noue, 1572, 16.° y 1576, 8.°); y al italiano Camilo de Camilis (Venecia, 1575 y 1601 por Juan Angellieri).

gentiles ningun eloquio ofrece una pintura tan tierna y afectuosa como la de aquel discurso, bien podré decir yo, que entre los cristianos no se leerán rasgos más sublimes y patéticos, como los que se hallan en las tres *Meditaciones* en que Fr. Luís representa el doloroso encuentro de la vista de Jesús y de María en la subida del Redentor al Calvario; en el trance de su agonía y muerte; y en el acerbo desconsuelo de la Madre en el descendimiento de su Hijo amado de la cruz. Fr. Luís supo pintar aquí, con el claro oscuro de contrastados afectos, y con el colorido de las figuras más vehementes de la elocuencia, este último espectáculo, el más lastimoso y melancólico, donde hace que lloren los hombres, los ángeles, los elementos, las piedras; en fin, deja como huérfana y desamparada la naturaleza, cubierta de una tristeza y luto universal.» (1)

Encarece el autor, con mucho nervio y vigor en la expresión, el sublime ejemplo de humildad que Jesucristo nos dió al lavar los pies de sus discípulos en la noche de la cena:

«¡Oh buen Jesús! ¿Qué es eso que haces? !Oh dulce Jesús! ¿porqué tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? ¡Oh cruel! ¿cómo no te ablanda el corazón esta tan grande humildad? ¿cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¡Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo cordero! ¡es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo! ¡Oh hermosas manos! ¿cómo podeis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos! ¿cómo no teneis

(1) *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española*, Madrid, 1786, en la oficina de D. Antonio de Sancha.—Vid. tomo III, pág. 69.

asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Oh Apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais, viendo esta tan grande humildad? Pedro, ¿que haces? ¿por ventura consentirás que el Señor de la majestad te lave los pies? Maravillado y atónito San Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: *¿Tú, Señor, lavas á mí los pies?* ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el Criador del mundo? ¿la hermosura del cielo? ¿el paraíso de los ángeles? ¿el remedio de los hombres? ¿el resplandor de la gloria del Padre? ¿la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues, ¿tú me quieres lavar á mí los pies? Tú, Señor, de tanta majestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?...» (1)

Lengua de oro es la de Granada al narrar las excelencias de la Sagrada Eucaristía: «¡Oh maravilloso Sacramento!... tu eres vida de nuestras almas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de JESUCRISTO, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su esposo; se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza, y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios.» (2)

---

(1) *Meditación para el Lunes por la mañana.*

(2) *Meditación* citada, § I.

Encarece Fr. Luís el doloroso paso en que Jesús, cargado con la cruz, camina para el lugar del suplicio y encuentra á su santísima madre, llena de aflición y quebranto. No puede caber ya mayor viveza en la expresión, ni mayor ternura y delicadeza en los afectos. ¡Qué congoja la de María, en tan pocas palabras expresada! ¡Cómo pugnan su amor y su pena! ¡Cómo desea y teme y duda y agoniza! ¡Cuán desgarradora es la mirada, que, como una saeta agudísima, atraviesa el corazón del Hijo y de la Madre! Sublime es el silencio de emtrambos, que convierte el autor en suave y afectuosísima interpelación del primero á la segunda, no ya para añadir valor y eficacia á tan elocuente mudez, sino para hacer resaltar más lo patético de la escena.

«Camina, pues, el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban... Entre tanto, ánima mía, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos camina para el palacio de la Virgen; y cuando á ella llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿para qué son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado.

»¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este

dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona.

»Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto... Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas; más al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del hijo dulcísimo, y le decía: ¿Para qué veniste aquí, paloma mía, querida mía, y madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones...» (1)

Pondera los dolores de Jesús y de María, allá en la cima del Gólgota; y, cierto, la palabra humana es ya impotente para expresar con más lastimero acento el llanto de sus corazones:

«Dos cruces hay para tí, ¡oh buen Jesús! en este día: una

(1) *Meditación para el Jueves por la mañana*, § II.

para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá ¡oh buen Jesús! declarar lo que sentías, cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada? ¿cuándo veías aquel piadoso corazón, traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? ¿cuándo tendías los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos salían; y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan gran dolor?...» (1) «Pues, ¡oh piadosísima Virgen! ¿porqué, Señora, quisisteis acrecentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿porqué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos; no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama; ¿y vos venís á ver al hijo morir por justicia, y entre ladrones en una cruz? Ya que determinais vencer el corazón de madre, y quereis honrar el misterio de la cruz; ¿para qué os poneis tan cerca de ella, que hayais de llevar en vuestro manto perpetua memoria de este dolor? Remedio no se lo podeis dar, sino antes con vuestra presencia acrecentar su tormento; porque sólo esto le faltaba para acrecentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados y os viese al pie de la cruz. Y porque, estando al

(1) *Meditación para el Viernes por la mañana,* § III.

fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no podía divisar de lejos; os pusisteis tan cerca, para que clara y distintamente os conociese, y viese esos brazos, en que fué recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor.»

Y para encarecer todavía lo aflictivo de esta escena, dirige esta sublime invocación á los ángeles y á los cielos, la más sentida apóstrofe, que tal vez se haya escapado del humano labio: «¡Mirad, ángeles, estas figuras, si por ventura las conoceis! ¡Mirad, cielos, esta crueldad, y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor! ¡Oscureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador! ¡Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda! ¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados! ¡Oh tierra, de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros oscurecisteis vuestra gloria con esta pena; si vosotros, que erais insensibles, la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la madre? (1)

No puede pintarse con mayor ternura y viveza la angustia y desconsuelo de la Virgen, al tener en los brazos el cadaver de su hijo. ¡Qué llanto aquel, tan desatado, tan inconsolable, tan inmenso, que provoca el llanto del cielo y de la tierra! ¡Qué abrazos, qué mezcla de la sangre del Hijo y de

(1) MEDITACIONES MUY DEVOTAS SOBRE ALGUNOS PASOS Y MISTERIOS PRINCIPALES DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR.—*Del dolor que Nuestra Señora padeció al pie de la cruz*. Esta meditación podría facilmente refundirse en la propuesta para el Viernes; así pues me ha parecido á propósito entresacar estos párrafos, que amplifican y realzan el otro, y contribuyen en gran manera á la belleza y armonía del conjunto.

las lágrimas de la Madre! Pero el ascético escritor no sabe permanecer callado ante tal escena; y, ya que el dolor más acerbo sella el labio y anonada todo el ser de María, interrógala con patético acento, y sus amorosas ansias le revelan lo que el corazón de ella decía al hijo y no podía transmitir á la lengua.

«¡Oh ángeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen! ¡Llorad, cielos, llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo fuertemente en sus pechos, para esto sólo le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ese, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegría? Pues, ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en quien vos os mirabais?...»

«Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas la criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el Santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: ¡Oh buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿á quién iré en mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? Anteanoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida; y ¡ahora te pago aquel tan grande beneficio teniendote en los míos muerto! ¿Éste es el rostro que yo ví transfigurado en el monte Ta-

bor? ¿ésta aquella figura más clara que el sol de medio día? Llobraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los piés del Salvador, decía: ¡Oh lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada, de los pecados, ¿quién me recibirá?¿ quién curará mis llagas? ¿quién responderá por mí? ¿quién me defenderá de los Fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos piés y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas! ¡quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.» (1)

Habla Fr. Luís de la resurrección del Señor, y para hacer más maravilloso y augusto su descendimiento al limbo, viste con grandiosas y estupendas imágenes las circunstancias de aquel día glorioso: «Los cielos, dice, que viendo padecer al Señor, se habían oscurecido por no ver á su Criador desnudo, ahora con singular claridad resplandecen, viendo como sale vencedor del sepulcro. Alégrese, pues, el cielo, y tú, tierra, toma parte en esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo...» «Desciende, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza;... luego aquella eternal noche resplandeció y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores, viendo al Salvador presente. Allí fueron conturbados los príncipes de Edóm, y temblaron los poderosos de Moab, y pasmáronse los moradores de la tierra de Canaán.» (2) ¡Cómo

(1) *Meditación para el Sábado por la mañana.* § I.

(2) *Meditación para el Domingo por la mañana.*

resalta la victoria del Redentor con tanto lujo y magnificencia en la expresión! ¡Qué feliz sonsonete aquel de las tres palabras *resplandeció, cesó, tembló,* para designar la súbita mudanza realizada en las tétricas mansiones por la venida del divino Libertador! ¡Cuánta sublimidad en la turbación, silencio y pasmo de sus moradores, figurados en aquellos pueblos que se irritaron y conmovieron, al acercarse los hebreos á la Palestina, los protegidos de Dios en el milagroso paso del mar Rojo! (1)

En las consideraciones sobre los Novísimos campea la enérgica sencillez propia de tales asuntos. Fr. Luís trata estas materias con una exactitud y propiedad, que pudieran llamarse desapiadadas, si no manejara siempre la pluma, movido de la caridad que consumía su pecho.

Ponderando el total despojo que consigo trae la muerte, la precaria situación del moribundo, y la suerte que espera al cuerpo abandonado ya del alma, dice: «Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo llevar consigo todo lo que ama; ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas,

(1) *Exod.*, XV, 15. Comprende este capítulo el cántico que Moisés compuso para glorificar al Señor, obrador de tales maravillas. Es este cántico la primera y más antigua poesía que hubo en el mundo; poesía profética, pues el hecho que en ella se canta, simboliza la futura redención del genero humano. No es posible oir ni leer tan divinas estrofas, sin admirar la grandeza y sublimidad de su estilo, la fuerza de sus expresiones, lo arrogante de sus figuras, y este complejo tan raro de cosas y de ideas que hieren el entendimiento y sorprenden la imaginación, como dice el célebre mentor de la juventud Carlos Rollín (1661-1741) en su *Traité de la manière d'étudier et d'enseigner les belles lettres par rapport á l'esprit et au cœur* (1726). Al lado de este cántico, desmayada parece la lira de Píndaro y Horacio. ¡Cuán acertado anduvo Granada al aludir á un versículo de aquél en su pomposa descripción de la bajada de Cristo al Limbo!

de la casa, y de la hacienda, y de los amigos, y del padre, y de la madre, y de los hijos, y de esta luz y aire común, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan del otro buey con quien araba; ¿qué bramido será el de tu corazón, cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañiste trajiste á cuestas el yugo de las cargas de esta vida?...»

«Mira aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, ¡cuán espantosos son, y cuán para temer! Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los piés, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro difunto y la lengua no acierta ya á hacer su oficio; y finalmente con la prisa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtud. Mas, sobre todo, el ánima es la que allí padece mayores trabajos; la cual está entonces batallando y agonizando, parte por la salida y parte por el temor de la cuenta, porque ella naturalmente rehusa la salida, ama la estada y teme la cuenta...» (1)

«Allí en el hoyo de siete ú ocho piés de largo dan al cuerpo casa para siempre; allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos; allí le salen á recibir los gusanos... Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados y le convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituída para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra... De manera

(1) *Meditación para el Miércoles por la noche.*

que el más lindo rostro del mundo, y más cuidado, y más guardado del sol y aire, andará allí debajo del pisón del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra.» (1)

Declara cuán terrible será el día del juicio y cuán estrecha la cuenta que á cada uno se pedirá: «Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros; porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos... Arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación divina...» «Todas las criaturas sentirán su fin, antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer primero que del todo caigan. Mas los hombres andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno... Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo.» (2)

Muestra á Dios interpelando de esta manera al pecador: «Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imagen y se-

(1) *Meditación* citada.

(2) *Meditación para el Jueves por la noche.*

mejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria... Por tí finalmente nací en mucha pobreza, viví con muchos trabajos y morí con gran dolor. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra, delante de quien padecí; testigos el sol y la luna, que en aquella hora se eclipsaron...» (1) «¿Qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandamientos rebeldes y á todos sus azotes y beneficios ingratos y duros?...» (2)

Describe con estilo radiante de luz y esplendor que dora y transforma todos los objetos, la excelencia de la bienaventuranza, la nobleza de los moradores de ella, sobre todo, de Dios, supremo fin del hombre, y la grandeza de los bienes que allí se gozan: «Si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su nobleza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraiso de todos los deleites?...» «Si cada uno de los Ángeles, aunque sea el menor de ellos, es más hermoso que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de Ángeles tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios que cada uno de ellos tiene en aquella soberana ciudad?

(1) Magnífico ejemplo de *obtestación*, la figura más sublime y vehemente del género patético.

(2) *Meditación* citada.

Allí discurren los Ángeles, ministran los Arcángeles, triunfan los Principados, alégranse las Potestades, enseñorean las Dominaciones, resplandecen las Virtudes, relampaguean los Tronos, lucen los Querubines, arden los Serafines y todos cantan alabanzas á Dios...»

«Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los Ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel BIEN universal en quien están todos los bienes? ¿y aquel mundo mayor, en quien están todos los mundos? ¿y aquel que siendo uno es todas las cosas? ¿y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas?...»

«Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza y honra sin contradición...» «Tu, ánima cristiana... saluda esa patria, y como peregrino que la ve aún desde lejos, envíale con los ojos el corazón, diciendo: Dios te salve, dulce patria, tierra de promisión, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendición, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, plaza de todos los justos y fin de todos nuestros deseos.» (1)

Encarece las excelencias de la oración de esta manera: «La oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un beso de paz entre el esposo y la esposa, un sábado espiritual en que Dios huelga con ella, y una casa de

(1) *Meditación para el Sábado por la noche.*

solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres. Ella es un reparo saludable de los defectos de cada día y un espejo limpio en que se conoce á Dios y se conoce el hombre con todos sus defectos y miserias. Ella es un ejercicio cotidiano de muchas virtudes, mortificación de los sensuales apetitos y fuente de todos los buenos propósitos y deseos. Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran y reposo de los que triunfan. Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, regalo de justos, ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia. Ella es una puerta real para entrar en el corazón de Dios, unas primicias de la gloria venidera, un maná que contiene en sí toda suavidad, y una escalera como aquella que vió Jacob, que llegaba de la tierra al cielo, por donde los Ángeles, que son los varones espirituales, suben y descienden, llevando sus peticiones á Dios, y trayendo por medio de ellas el despacho de sus negocios...»

«Así como la tierra sin agua está triste y desgraciada, mas en cayendo el agua sobre ella, luego se viste de nuevas flores y hermosura; así el ánima sin oración es como aquella tierra sin agua, criadora de yerbas lacias y de poco frescor, mas en regándose con este riego, luego reverdece toda la frescura de la vida espiritual con nuevo lustre y hermosura...» (1)

«Al corazón, siendo un miembro calidísimo, porque con la demasía de su propio calor no se quemase, proveyó la naturaleza de un perpetuo refrescador, que es el pulmón, el

(1) Libro de la Oración y Meditación, 3.ª parte. Vid. Tratado primero, part. 1.ª, *De la virtud y excelencia de la oración*, pref. y § IV.

cual perpetuamente le está haciendo aire y lo defiende de la vehemencia de su calor,...» de idéntica suerte, para mitigar los ardores de la concupiscencia, que acaban por enflaquecer y matar la vida espiritual, necesita el alma «algun refrescador que los temple con el aire del Espíritu santo y el rocío de la devoción.» Faltando este medio, «¿en que parará el ardor de esta calentura, sino en consumir y resolver todas las fuerzas del ánima?» (1)

III—Memorial de la vida cristiana. Es una admirable suma de los deberes del cristiano desde que se convierte al Señor hasta que logra escalar la ardua cima de la santidad. «Para esto hago cuenta, dice el autor, que lo tomo entre las manos, así tosco y rudo, como quien lo corta de un monte con sus ramas y con su corteza, y comienzo á labrar en él poco á poco, hasta llevarlo á su debida perfección.» (2) Tan sensata y juiciosa manera de proceder, le induce naturalmente á repartir el libro en los siete tratados siguientes: 1.º Una exhortación á bien vivir.—2.º De la Penitencia y Confesión.—3.º De cómo nos habemos de aparejar para la sagrada Comunión.—4.º De las dos principales reglas de bien vivir: aborrecimiento y fuga del pecado é imitación de Cristo.—5.º De la Oración vocal.—6.º De la materia de la Oración mental, ó sea del *Vita Christi;* meditaciones sobre la vida, pasión y muerte del Salvador, que juzga el venerable ascético las más excelentes para descubrirnos la grandeza de las divinas perfecciones y apropiadas á todo género de personas; y 7.º Del amor de Dios.

(1) *Ibid.*, tratado primero, part. 3.ª *De la continuación y perseverancia en la oración.*

(2) Véase el *Prólogo.*

Desarrolla Fr. Luís tales asuntos con profundidad y alteza en el pensar y con la habitual gala y pompa de la locución, si bien, bajo uno y otro concepto, llevan ventaja al *Memorial* las dos obras anteriores. (1)

Declara que las penas del réprobo compiten con la eternidad de Dios y la duración de su miseria con la duración de la divina gloria. «En cuanto Dios viviere, dice, ellos morirán, y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán ellos de ser lo que son. ¡Oh vida mortífera! ¡Oh muerte inmortal! No sé como te llame, si vida, si muerte. Si eres vida, ¿cómo matas? y si eres muerte, ¿cómo duras? Ni te llamaré lo uno ni lo otro, porque en lo uno y en lo otro hay algo de bien: en la vida hay descanso, y en la muerte término, que es grande alivio de los trabajos; tú ni tienes descanso, ni término. ¿Pues qué eres? Eres lo malo de la vida y lo malo de la muerte; porque de la muerte tienes el tormento sin el término, y de la vida la duración sin el descanso. Despojó Dios á la vida y á la muerte de lo bueno que tenían, y puso en tí lo que restaba para castigo de los malos.» (2)

Describe con pluma de oro los efectos que causa en el

---

(1) Del *Memorial de la vida cristiana* se han publicado en nuestra patria las ediciones siguientes: dos en Salamanca, la de 1566, y la de 1586, esta última por los herederos de Matías Gast; una en Alcalá de Henares, el año 1566, en casa de Sebastián Martínez, y dos en Barcelona, la de 1588, por Jaime Cendrat y la de 1614, ambas en folio. —En Lisboa se publicaron dos, y una en Amberes, 1572, en dos tomos por el afamado tipógrafo Cristóbal Plantino.

Tradujeron esta obra: al francés, Godofredo de Billy y Nicolás Colín, canónigo de Reims, aquél la primera parte (París, por G. Chaudière, 1575, 16.°), y éste la segunda (Reims, por Juan de Foigny, 1577, 16.°); al italiano, Jerónimo de Capua (Venecia, 1595, 4.°; era la sexta vez que se imprimía en esta lengua); al alemán, Felipe Dobernier; y al latín, Miguel de Isselt (Colonia, 1594, 8.°).

(2) Trat. I, cap. I, § I.

alma el pan eucarístico: «Este divino sacramento perdona los pecados pasados, esfuerza contra los venideros, enflaquece las pasiones, disminuye las tentaciones, despierta la devoción, alumbra la fe, enciende la caridad, confirma la esperanza, fortalece nuestra flaqueza, repara nuestra virtud, alegra la conciencia, hace al hombre participante de los merecimientos de Cristo, y dale prendas de la vida perdurable. Este es aquel pan que confirma el corazón del hombre, que sustenta los caminantes, levanta los caídos, esfuerza los flacos, arma los fuertes, alegra los tristes, consuela los atribulados, alumbra los ignorantes, enciende los tibios, despierta los perezosos, cura los enfermos y es común socorro de todos los necesitados.» (1) «¡Oh manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refección de las ánimas, salud de los espíritus, convite real de Dios y gusto de la felicidad eterna!» (2)

Pondera la necesidad de mortificar la carne; «porque así como en las tierras secas y flacas nacen las plantas también flacas y desmedradas, y de poca sustancia; mas por el contrario en las tierras fértiles y gruesas, mayormente si están muy bien regadas y estercoladas, nacen muy grandes, verdes y poderosas, así también son las pasiones y apetitos que nacen de los cuerpos flacos y gastados con la abstinencia y las que proceden de cuerpos gruesos y regalados, y hartos de comer y beber...» «La sal y remedio que tenemos contra ella (la carne) para que no hieda, y críe gusanos de apetitos desor-

(1) Trat. III, cap. IV, § III.

(2) Trat. III. *Meditación muy devota para ejercitarse en ella el día de la sagrada Comunión.* 1.ª parte.

denados, es la virtud de la abstinencia, que la cura y deseca, y hace servir al espíritu.» (1)

Habla de la excelencia y eficacia de los sacramentos, y dice bellamente que «son unas celestiales medicinas que Dios instituyó contra el pecado, remedios de nuestra flaqueza, incentivos de nuestro amor, despertadores de nuestra devoción, socorro de nuestra miseria y tesoro de la divina gracia.» (2)

Al silencio llama «madre de la inocencia, llave de la discreción, compañero de la castidad, guarda de la devoción, y ornamento de la nueva edad.» (3)

Al perfecto imitador de Cristo le exhorta á que su vida «sea un dechado de santidad, un predicador callado, una lumbrera del mundo, un argumento y testimonio de la fe y un espejo en quien resplandezca la gloria de Dios mucho más que en las otras criaturas.» (4)

Define á la devoción «una refección del hombre interior, un aliento y esfuerzo espiritual, un rocío del cielo, un soplo del Espíritu santo, un resplandor de la fe, una llamarada de la caridad y un rayo de la divina luz.» (5)

Enumera las miserias que llovieron sobre el hombre después de la culpa: «despojado quedó de todos los bienes de gracia y herido en los de naturaleza; el entendimiento oscuro, la voluntad enferma, el libre albedrío flaco, la memoria derramada, la imaginación inquieta, el apetito rebelde, los sentidos curiosos y, sobre todo, la carne sucia y mal inclina-

(1) Trat. IV, cap. I, § VI.
(2) *Ibid.*, cap. I, § XIV.
(3) *Ibid.*, cap. II, § V.
(4) *Ibid.*, cap. III, § III.
(5) Trat. V, cap. I, § II.

da. Y con esto... habilísimo para todo lo malo é inhabilísimo para lo bueno; muy aparejado para perderse y muy inhábil para salvarse.» (1)

Para ensalzar los atributos y perfecciones de Dios, le dirige Fr. Luís esta magnífica oración, que revela el más profundo acatamiento y respeto: «¡Oh invisible, y que todo lo ves, inmutable y que todo lo mudas, á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes perturban, ni las alegres alhagan; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden; á quien ni alguna causa dió principio, ni los tiempos aumento, ni los acaecimientos darán fin... ¡Vos sois el que criasteis todas las cosas sin necesidad, y las sustentais sin cansancio y las regís sin trabajo, y las moveis sin ser movido!... ¡Vos estais dentro de todas las cosas, y no estrechado; fuera de todas, y no desechado; debajo de todas y no abatido; encima de todas y no altivo...» (2) «En vos están todas las perfecciones y hermosuras de cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra; y todas en sumo grado de perfección. En cuya comparación toda hermosura es fealdad, toda riqueza es pobreza, todo poder es flaqueza, toda sabiduría es ignorancia, toda dulzura amargura... Vos sois sin deformidad perfecto, sin cantidad grande, sin cualidad bueno, sin enfermedad fuerte, sin mentira verdadero, sin sitio donde quiera presente, sin lugar donde quiera todo; en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la bondad sumo, en la sabiduría

(1) *Ibid.*, cap. II, § II.

(2) Véase el mismo Tratado. *Oración primera en la cual la criatura adora humildemente á su Criador, considerando la grandeza de su majestad, por la cual merece ser adorado como verdadero Dios.*

inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras santo, en las misericordias copioso, para con los pecadores pacientísimo, y para con los penitentes piadosísimo.» (1)

Queriendo encarecer Fr. Luís el misterio del nacimiento del hijo de Dios, se vale de grandiosas y enérgicas antítesis que ponen de relieve el contraste entre el poder y majestad del Señor y la humildad del lugar donde quiso nacer. «Venid á ver al hijo de Dios, dice, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la majestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo...» «¡Qué cosa más admirable que ver aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está sentado sobre los Querubines, y que vuela sobre la pluma de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y cuyo estrado real es la tierra, que haya querido venir á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese, le pusiese su madre en un pesebre, por no tener otro lugar en aquel establo!... ¿Quién juntó en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y pesebre?» (2)

Dios posee en grado eminente las perfecciones de todas las criaturas. «En vos están, dice, las perfecciones de todos los Ángeles, la grandeza de los cielos, el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas, la virtud de los planetas, la her-

(1) *Tercera oración, que trata de las alabanzas divinas.*

(2) Trat. VI. Del Vita Christi. *Nacimiento del Salvador.*

mosura de los campos, la gracia de las flores, la frescura de los valles, la claridad de las fuentes, la dulzura de los sabores, la suavidad de los olores, la sabiduría de los sabios, la fortaleza de los fuertes y la santidad de todos los santos.» (1) Y, considerando las criaturas como escala para subir al conocimiento y amor del Criador, «¡Señor!, exclama, ¿porqué no me serán todas vuestras obras testigo de vuestra gloria? espejos de vuestra hermosura? predicadoras de vuestra sabiduría? y despertadoras de vuestro amor?» (2)

Declara con galana y pulcra frase los rendimientos espirituales que acarrea al hombre tener á Dios por padre, después de significar la recóndita dulzura y suavidad de esta palabra. «Ella, dice, hiere los corazones, resuelve las entrañas, regala el espíritu, conforta el corazón, alegra el ánima y hace correr las fuentes de las lágrimas...» «¿Qué bienes, qué mercedes, qué providencias, no esperaré yo de quien verdaderamente se llama Padre? Porque si es mi Padre, amarme ha, proveerme ha, enderezarme ha, ayudarme ha, defenderme ha, honrarme ha, heredarme ha, y cuando fuere menester, así como Padre, castigarme ha; porque ¿qué hijo hay á quien no castigue su Padre? Vivir, pues, bajo la tutela y providencia de tal Padre es dulce estado, servidumbre libre, guarda perfecta, temor alegre, castigo blando, pobreza rica y posesión segura.» (3)

IV—Adiciones al Memorial de la vida cristiana. Comprenden dos tratados acerca del amor de Dios y los princi-

(1) Trat. VII. *Primera Oración de las perfecciones divinas.*

(2) Trat. VII. *Segunda Oración sobre las perfecciones divinas.*

(3) Trat. VII. *Meditación primera sobre la oración del Pater noster.*

pales misterios de nuestra Redención. El *Memorial*, de que va hecho mérito, abarca ya estas materias, pero muy compendiosa y sucintamente, como el mismo título requería; así pues, reportando tanta utilidad á los fieles, juzgó el venerable ascético que debía tratarlas con mayor extensión y detenimiento en otra obra, que, por servir de complemento á la primera, tituló *Adiciones*, en las cuales llegó á un altísimo grado de perfección doctrinal y literaria. La lengua tosca del viador no sabe ya declarar con más exquisitos primores la excelencia del amor de Dios, y la grandeza de los beneficios y perfecciones divinas. ¡Venturosa el habla, á quien cupo la honra de ser órgano é intérprete de tan sublimes ideas! (1)

Cuanta valía atesora la caridad, lo declara elogio tan cumplido como el siguiente: «¡Oh maravillosa virtud, raíz de todas las virtudes, hija mayor de la gracia, maestra de santidad, espejo de religión, peso de merecimientos, vestidura de bodas, heredad de los hijos de Dios, llave del paraíso, mantenimiento del ánima, dulzura del corazón, fortaleza de los que pelean, corona de los que vencen, hermana de la verdad, madre de la sabiduría, compañera de los santos, alegría de los Ángeles, espanto de los demonios, victoria de los vicios y cumplimiento de toda perfección. Sin tí desfallecen las fuerzas humanas, oscurécese el entendimiento, queda sin vida la fe, presume vanamente la confianza, piérdese el mérito de todo el bien que se hace, deshácese la liga del amor

(1) Las *Adiciones* se publicaron tres veces en Salamanca, durante los años 1574, 1577 y 1586; una en Barcelona, el de 1538, fól., en casa de Jaime Cendrat, y una en Amberes, 1572, 8.° por el ya citado Plantino.

Las vertió al francés el P. Nicolás Dany, abad de S. Crispín, en Soisons, con el título: *L'arbre de vie ou Traité de l'amour divin* (París, por G. Chaudière, 1575, 16.°).

fraternal; mas contigo está el hombre en las tentaciones fuerte, en las prosperidades humilde, y en las adversidades seguro.» (1)

Tratando de los medios que ayudan á desarraigar el amor propio, dice: «...De la misma manera trabaja (el hombre), por mortificar el amor desordenado de la hacienda; pues no hay razón para que sea tan amado un bien que ni persevera con su dueño, ni es parte para hacerle mejor ni mayor, ni más sabio, ni más alegre; antes es á muchos materia de vicios, nutrimento de regalos, despertador de cuidados, y estímulo de soberbia y presunción.» (2)

Cuanto daño acarree la culpa venial, lo patentiza al decir que estos pecados, «aunque no apagan la caridad, apagan el fervor de ella y disponen para su muerte; y además oscurecen el ánima, impiden la devoción, desmayan el corazón, cortan el hilo de los buenos ejercicios, distraen el hombre y ponen como una nube entre Dios y él.» (3)

Hace resaltar los padecimientos de Cristo en tan magnífico contraste: «Allí es presa la libertad, acusada la verdad, azotada la inocencia, escupida la hermosura, condenada la justicia, escarnecida la gloria, muerta y crucificada la vida. ¡Qué cosa mas espantable! ¡Dios muerto! ¡Dios azotado! ¡El poder de Dios atado á una columna! ¡La imagen del Padre escupida de los malos! Finalmente, ¡Dios puesto en un palo, desnudo entre dos ladrones, en presencia del mundo! ¡Qué cosa se puede pensar de mayor admiración!...» (4)

---

(1) *Del amor de Dios,* parte 1.ª, cap. I, § IX.

(2) *Ibid.,* cap. IV, § I.

(3) *Ibid.,* cap. VIII.

(4) *Ibid.,* parte 2.ª, cap. XXII. *Consideración cuarta sobre los beneficios divinos,* § I.

Pone de relieve la grandeza del amor que profesa Dios al hombre con toda la pompa y aderezo del estilo: «Si es grande muestra del amor que un padre tiene á su hijo, proveerle de gran casa y familia cuando le da estado de vida; ¿cuánto amor mostró aquel Eterno Padre al hombre, cuando de tal casa le proveyó, dándole por palacio el mundo, y por familia todas las criaturas, y la mar y la tierra para provisión de su mesa, y las estrellas del cielo por pajes de hacha, que esclareciesen la noche y el día?»

Y considerando que Dios no sólo proveyó á su criatura predilecta de lo necesario para el cotidiano mantenimiento, sino, á la manera que los padres suelen hacerlo con los Benjamines del hogar, de cosas alegres para su gusto y recreación, dice: «¿Quién podrá explicar la muchedumbre de cosas que para este fin criasteis? ¡Qué de colores tan hermosos para la vista! ¡qué de voces y músicas de hombres y de aves para el oído! ¡qué de rosas y flores para el sentido del oler! ¡qué de sabores y diversidades de manjares para el gusto! ¡qué de objetos tan admirables tiene la vista, para tener siempre en qué recrearse, y recreándose aprovechar en el conocimiento del Criador! ¿qué retablo hay más hermoso que el cielo estrellado? ¿qué paños de verdura más graciosos que los campos floridos, y los ríos con sus riberas entoldadas y ceñidas de arboledas? ¿qué matices más perfectos que el color de los rubíes y esmeraldas? ¿qué sedas más finas ni qué brocados más resplandecientes que los colores de algunas flores que hay, unas moradas, y otras amarillas, y de otros muchos colores?» (1)

«¡Oh locos y rústicos amadores que amais la sombra y

(1) *Ibid., Consideración tercera sobre las perfecciones divinas.*

despreciais la verdad!—dice cariñosamente á los que corren desalados tras los placeres mundanos,—¡andais á pescar por las lagunas sucias y dejais la mar!... ¡Qué descanso, que riquezas, qué deleites se pueden hallar en las criaturas, que no estén con infinita ventaja en el Criador! Los deleites del mundo son carnales, sucios, engañosos, breves y transitorios. Alcánzanse con trabajo, poséense con cuidado, piérdense con dolor. Duran poco, y dañan mucho; hinchen el ánima, y no la hartan; engáñanla, y no la mantienen; y no la hacen por eso más bienaventurada, sino más miserable y más sedienta, y más alejada de Dios y de sí misma, y más allegada á la condición de las bestias.» (1)

Celebra la excelencia y eficacia del nombre de Jesús de esta manera: «¡Oh nombre glorioso, nombre dulce, nombre suave, nombre de inestimable virtud y reverencia, inventado por Dios, traído del cielo, pronunciado por los Ángeles y deseado en todos los siglos! De este nombre huyen los demonios, con él se espantan los poderes infernales, por él se vencen las batallas, por él callan las tentaciones, con él se consuelan los tristres, á él se acogen los atribulados, y en él tienen su esperanza todos los pecadores... No hay cosa que así refrene el ímpetu de la ira, que así deshaga la hinchazón de la soberbia y sane la llaga de la envidia y apague la llama de la lujuria y temple la sed de la avaricia, como la devota invocación y memoria de este dulcísimo nombre.» (2)

Aunque descritos magistralmente en la *Guía de Pecadores* los estragos de la lujuria, con maravilloso laconismo

(1) *Ibid., Consideración quinta...* ¿ Único. *De como Dios es nuestra bienaventuranza y último fin.*

(2) MEDITACIONES MUY DEVOTAS SOBRE ALGUNOS PASOS Y MISTERIOS PRINCIPALES DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR. *Del nombre de Jesús.*

precisa en las *Adiciones* el nocivo obrar del gusano que en sí lleva: «Entra alhagando, dice, muerde riendo, emponzoña deleitando y mata consintiendo.» (1)

Exhortándonos á la humildad Fr. Luís, pinta con vivísimos símiles y un lenguaje poéticamente sublime los efectos de esta virtud: «En la humildad se halla la tranquilidad y la paz; contra ella los vientos y las tempestades del mundo no hallan en donde quebrar las fuerzas de su ímpetu furioso. Cualquiera tribulación es vencida de la humildad, como en las riberas llanas y arenosas, blandamente se consumen y deshacen las olas del mar. En los altos montes se embravece la furia de los vientos, de la cual están guardados los valles humildes. Y así los caminos de los soberbios están llenos de barrancos, rocas y despeñaderos; porque donde está la soberbia, está la indignación, allí la animosidad, allí el trabajo y la tribulación.» (2)

V—Introducción al Símbolo de la Fe. Es una vasta, elocuente é inmortal apología de la Religión cristiana. Ordénase toda ella á tratar de las principales obras de Dios, la Creación y la Redención: «dos grandes libros en que podemos leer y estudiar toda la vida para venir al conocimiento de él y de la grandeza y hermosura de sus perfecciones, las cuales en estas obras suyas como en un espejo purísimo resplandecen, y junto con esto nos dan materia de suavísima contemplación, que es el verdadero pasto y mantenimiento de las ánimas.» (3) La 1.ª parte trata de la creación del mun-

(1) *Ibid., La Adoración de los Reyes.*—§ I. *De los dones que debemos ofrecer á nuestro Salvador.*

(2) *Ibid.*

(3) *Vid.* Prólogo.

do, para subir por las criaturas al conocimiento del Criador y de sus divinas perfecciones.—La 2.ª de las excelencias de la fe y religión cristiana.—La 3.ª procediendo por lumbre natural, supuestos los principios de la fe, de la Redención. Tres tratados comprende: en el primero se declaran las admirables conveniencias de este augusto misterio y se señalan veinte singulares frutos del arbol de la Santa Cruz. En el segundo se ponen de relieve las figuras que en los tiempos antiguos representaron la venida y el misterio de Cristo. Y en el tercero, por vía de diálogo, se responde cumplidamente á todas las preguntas que acerca de esta materia se pueden hacer.—La 4.ª trata igualmente, procediendo empero por lumbre de fe, de la Redención. Abraza dos tratados: en el primero se aducen las Profecías para conocer la venida del Salvador y se da cuenta de las memorables hazañas realizadas por él en la escena de la presente vida; y en el segundo se responde clarísimamente por vía de diálogo á todas las preguntas y objeciones que acerca del mismo misterio se pueden hacer. Y la 5.ª es un sumario de la doctrina expuesta en las cuatro anteriores. Hay no obstante añadidas muchas consideraciones é ilustraciones, que se ofrecían al autor á medida que recapitulaba lo dicho.

Es esta obra un río caudaloso de sólida y acendrada doctrina y un arsenal de erudición sagrada y profana. Y no sólo se acredita el autor de eximio teólogo y filósofo, sino de aventajado naturalista y diligente investigador de los fenómenos físicos, siguiendo las huellas trazadas por los grandes ingenios cristianos S. Basilio, S. Ambrosio y Teodoreto. La gravedad, riqueza y esplendor del habla castellana brillan aquí en todo su vigor y lozanía, reflejándose principalmente estas cualidades en la parte consagrada á describir las belle-

zas y primores del Universo. ¿Quién no se siente atraído, al leer aquellas páginas de oro, á entonar con Fr. Luís perenne cántico de alabanza y acción de gracias al Hacedor supremo? (1) Hermosísima descripción de las maravillas naturales bajo el aspecto de la armonía providencial, la conceptúa el sapientísimo Menéndez, y á su juicio debe citarse como uno de los primeros ensayos de la parte que hoy llamamos

(1) La *Introducción al Símbolo de la fe* cuenta las ediciones siguientes: tres en Salamanca, las de 1582 y 1585, fol. por Matías Gast y la de 1588, también fol. por Cornelio Bonardo; dos en Barcelona, la de 1589, fol. perg. en casa de Hubert Gotard por Juan Pablo Manescal, Damián Bages y Jerónimo Genovés, y la de 1877, tres tomos. 4.° en la imp. y lib. religiosa y científica del hered. de D. Pablo Riera, y una trabajada con mucho primor en Madrid, 1595, tres tomos, 8.°, la cual existe en la biblioteca real de París. El célebre editor belga, Plantino, imprimió también esta obra en cinco tomos, 8.° (Amberes, 1572).

Tradújola al italiano Felipe Pigafetta (Venecia, por Francisco de Franciscis, 1587. *Ibid.*, por Damián Zenaro, 1590, ambas en 4.°;-Génova, 1587, 4.°); y al latín Juan Pablo Galucci, astrónomo italiano, natural de Salo, que floreció en la segunda mitad del siglo XVI (Venecia, 1587, 4.° y Colonia, en casa de Calenio, y los herederos de Quentelio, 1589, 4.°). El P. Fr. Antonio de Gobea, de la orden de S. Agustín, obispo de Sirene, en el lib. I, cap. XIII, pag. 38, del *Viaje á Persia*, afirma que vió presentar al rey de esta nación por mano de un gentil hombre veneciano este libro de la *Introducción al Símbolo de la fe*, ricamente encuadernado, traducido en la lengua del país. (Vid. Muñoz en la *Vida* del ilustre escritor, lib. III, cap. III). El canónigo de Reims Nicolás Colín, hizo un compendio en francés (París, G. Chaudière, 1587, fol.; *Ibid.*, 1601, 4.°—Lyón, 1588 y posteriormente se repitieron las ediciones).

La primera parte de esta obra que describe las maravillas de la naturaleza, fué vertida al latín en obra separada, por el jurisconsulto Gaspar Manzio, con el título de PHILOSOPHIA CHRISTIANA. *De admirabili opere crealionis et quomodo per creaturas ad creatoris cognitionem perveniatur* (Ingolstad, por Jorge Haenlino, 1650, 8.°). Con el de *Fides no doxi xite* existe otra traducción en lengua japonesa, impresa con tipos europeos y publicada por los jesuitas del colegio de Arauco. Se conserva en la bibioteca de Leyden.

física estética, aunque aparezca infestada por todos los errores dependientes del atraso de las ciencias naturales en el siglo XVI. Califica de magnífica á la elocuencia del venerable escritor y la considera empapada en un amoroso sentimiento de la naturaleza, muy raro en nuestra literatura y más en la del siglo de oro. (1)

Declara la infinidad de Dios, incapaz de ser comprendida por la flaca razón humana: «Altísimo sois, Señor, dice, y muy alto ha de ser el que os ha de alzanzar... Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito; no podeis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente; pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima sustancia! ¡oh nobilísima esencia! ¡oh incomprensible majestad! ¿quién os conocerá?

»Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criasteis en número, peso y medida, y les hicisteis sus rayas, y señalasteis los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, y comprenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción. Mas vos, Señor, sois infinito; no hay cerco que os comprenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra sustancia, porque no los teneis.

(1) Vid. *Historia de las ideas estéticas en España,* tomo II, página 133.

Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada; porque así como no reconoceis superior, así no teneis jurisdicción determinada. Á todo el mundo, que criasteis en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Océano un hombre mortal; porque, aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Oceano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud, y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo: sois ante todo tiempo, y mandais en el mundo, y fuera del mundo, porque llamais las cosas que no son como á las que son.

»Pues, siendo como sois tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma ánima con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo, pues, tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conocer aquella soberana é incomprensible sustancia?... Ciego soy, y muy corto de vista para conoceros; más por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos; no hay otro descanso sino en vos; no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura...»

Ponderando luego cuánto nos ayuda para conocer á Dios la universalidad de las criaturas, que nos dan voces para que le amemos y nos enseñan porque le hemos de amar, recopila los testimonios de ellas en una magnífica pintura: «¿Qué es, dice, todo este mundo visible sino un espejo que vos, Señor, pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplá-

semos vuestra hermosura? Porque, así como en el cielo vos sereis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que os conozcamos á vos. ¿Qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quien vos erais? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿qué serán todas estas criaturas, sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que, así á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? quién no creerá á tantos testigos? quién no se deleitará con la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?

»Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y

el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que, vistas todas estas cosas, no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de arbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su cuerpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo, andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas; deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado más arriba para ver allí al hacedor de aquella hermosura, y al dador de aquel deleite. Somos como los niños que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan.» (1)

Admirable es la descripción del sol, de sus efectos y hermosura, en términos que sólo le falta la versificación para ser una bellísima oda: «Tales son las propiedades y excelencias de esta estrella, que con no ser las criaturas (como dicen) más que una pequeña sombra ó huella del Criador (porque

(1) Parte 1.ª, cap. II.

solo el hombre y el Ángel se llaman imagen de Dios), todavía entre las criaturas corporales, la que más representa la hermosura y omnipotencia del Criador en muchas cosas es el sol.

»Y la primera, que con ser una estrella sola, produce de sí tan grande luz, que alumbra todo cuanto Dios tiene criado desde el cielo hasta la tierra; de tal manera que aun estando en el otro hemisferio debajo de nosotros, da luz á todas las estrellas del cielo. Y su virtud es tan grande que penetra hasta las entrañas de la tierra, donde cría el oro y las piedras preciosas, y otras muchas cosas. Lo cual nos servirá para que en alguna manera entendamos como Dios nuestro Señor con su presencia y esencia hinche cielo y tierra, y obra todas las cosas; pues fué poderoso para dar virtud á una criatura corporal para que de la manera susodicha extendiese su luz y su eficacia por todo el universo. Así que el sol alumbra todo este mundo; y de su Criador, dice S. Juan, que alumbra á todo hombre que nace en este mundo. El sol es la criatura de cuantas hay más visible, y la que menos se puede ver, por la grandeza de su resplandor y flaqueza de nuestra vista; y Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo y la que menos se entiende, por la alteza de su ser y bajeza de nuestro entendimiento. El sol es entre las criaturas corporales la más comunicativa de su luz y de su calor; tanto, que si le cerrais la puerta para defenderos de él, él se os entra por los resquicios de ella á comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa más semejante á aquella infinita bondad, que tan copiosamente comunica sus riquezas á todas las criaturas, haciéndolas, como dice S. Dionisio, cuanto sufre su naturaleza, semejantes á sí, y buscando muchas veces á los que huyen de él? De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas; y de la plenitud y

abundancia de la gracia de Cristo nuestro Salvador reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos. El sol produce cuantas cosas corporales hay en este mundo; y aquel soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, desde la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones. Finalmente, la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas; y la presencia de Cristo en las ánimas las alumbra y enseña, y muestra el camino del cielo y descubre los barrancos de que se han de apartar; mas estando él ausente de ellas, quedan en muy oscuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni á quien ofenden y en cuán gran peligro de su salvación viven los que así viven.

»En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. De lo cual maravillado aquel divino Cantor, después de haber dicho que los cielos y las estrellas predicaban la gloria de Dios, desciende luego á tratar en particular del sol, comparando su hermosura con la de un esposo que sale del tálamo, y la fortaleza y alegría y ligereza de él con la de un gigante, con la cual sale del principio del cielo y corre hasta el cabo de él.» (1)

Al tratar de la muchedumbre de islas repartidas por el mar, describe con suma precisión y exactitud la de Santa Elena, que la Providencia destinaba un día para morada y tumba del orgulloso Napoleón. «En la navegación que hay de Portugal á la India Oriental, que son cinco mil leguas de agua, está en medio del gran mar Océano, donde no se

(1) *Ibid.*, cap. V, § I.

halla suelo, una isleta despoblada que se llama Santa Elena, abastecida de dulces aguas, de pescados, de caza y de frutas que la misma tierra sin labor alguno produce, donde los navegantes descansan y pescan y cazan y se proveen de agua. De suerte que ella es como una venta que la divina Providencia diputó para solo este efecto, porque para ninguno otro sirve, y el que allí la puso no la había de criar de balde. Y lo que más nos maravilla es, cómo se levanta aquel pezón de tierra sobre que está fundada la isla, desde el abismo profundísimo del agua hasta la cumbre de ella, sin que tantos mares lo hayan consumido y gastado; y además de esto, cómo no siendo esta isleta para con la mar más que una cáscara de nuez, persevera entre tantas ondas y tormentas entera sin consumirse ni gastarse nada de ella; ¿pues quién no adorará aquí la omnipotencia y providencia del Criador, que así puede fundar y asegurar lo que quiere? Este es, pues, el freno que él puso á este grande cuerpo de la mar para que no cubra la tierra; y cuando corre impetuosamente contra la arena, teme llegar á los términos señalados, y viendo allí escrita la ley que le fué puesta, da la vuelta á manera de caballo furioso y rebelde, que con la fuerza del freno pára y vuelve hacia atrás aunque no quiera.» (1)

¡Con qué maestría describe el modo cómo la Providencia conserva el fruto de los árboles, y, sobre todo, cuán minuciosa y exacta es la descripción de la granada! «Ni tampoco, dice, se olvidó la Providencia de la guarda de los frutos ya maduros, porque para esto antes proveyó que los árboles tuviesen hojas, no sólo para hermosura y sombra, sino para defender la fruta de los ardores del sol, que en breve espacio la

(1) *Ibid.*, cap. VIII.

COMISIÓN DE FOMENTO DE GRANADA

secarían. Y, cuanto el fruto de estos árboles es más tierno como lo es el de las higueras y vides, tanto proveyó que las hojas fuesen mayores, como lo vemos en éstos. Mas no quiso que las hojas fuesen redondas, sino arpadas, y abiertas por algunas partes, para que de tal manera defendiesen del sol, que también dejasen estos postigos abiertos para gozar templadamente de los aires y de él.

»Pero más aun se descubre esta providencia en la guarda de otros frutos que están en mayor peligro, cuales son los de los árboles muy altos y ventosos; de los cuales algunos nacen en la cumbre de los montes, como son los pinos, cuya fruta no se lograría, si el Criador no le pusiera una tan fiel guarda como es la piña, donde con tan maravilloso artificio está el fruto en sus casicas abovedadas, tan bien apacentado y guardado, que toda la furia de los vientos no basta para derribarlo. También los nogales son árboles grandes y altos, y no menos lo son los castaños, que es mantenimiento de gente pobre, cuando les falta el pan, los cuales á veces están plantados en lugares montuosos, y así muy sujetos al ímpetu y frialdad de los vientos, por lo cual los vistió y abrigó el Criador con aquel erizo que vemos por defuera, y después con dos túnicas, una más dura y otra más blanda, que viste el fruto, que son como la dura mater y pia mater, que cercan y guardan los sesos de nuestro cerebro. Y casi lo mismo podemos decir de las nueces, que también nacen bien arropadas y guardadas de las injurias de los soles y aires.

»Y porque algunos llevan fruta notablemente grande y pesada, como son los membrillos y los cidros, proveyó el Autor que las ramas ó varas de que esta fruta pende fuesen muy recias, como son las de los membrillos con que los santos Mártires eran cruelmente azotados. Y porque las cidras

son aún mayores, proveyó que las ramas de que cuelgan no sólo fuesen recias y gruesas, sino que estuviesen también derechas para que mejor pudiesen soportar la carga, porque hasta en esto se vea como en ninguna cosa criada se durmió ni perdió punto aquella soberana providencia y sabiduría del Criador.

»Pues la hermosura de algunos árboles, cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre á la vista como un manzano ó camueso, cargadas las ramas á todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores, y echando de sí un tan suave olor? ¿qué es ver un parral, y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿qué son éstos sino como unos hermosos joyeles que penden de este árbol? ¿Pues el artificio de una hermosa granada, cuánto nos declara la hermosura y artificio del Criador? El cual por ser tan artificioso, no puedo dejar de representar en este lugar. Pues primeramente él la vistió por defuera con una ropa hecha á su medida, que la cerca toda y la defiende de la destemplanza de los soles y aires, la cual por defuera es algo tiesa y dura, mas por de dentro más blanda, porque no exaspere el fruto que en ella se encierra que es muy tierno; mas dentro de ella están repartidos y asentados los granos por tal orden, que ningun lugar por pequeño que sea queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos cascos; y entre casco y casco se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí, porque como estos granos sean tan tiernos, consérvanse mejor divididos en esta tela que si todos estuvieran juntos. Y allende de esto, si uno de estos cascos se pudre, esta tela defiende á su vecino para que no le alcance parte de su

daño. Porque por esta causa el Criador repartió los sesos de nuestra cabeza en dos senos ó bolos divididos con sus telas, para que el golpe ó daño que recibiese la una parte del cerebro no llegase á la otra. Cada uno de estos granos tiene dentro de sí un osecillo blanco para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro; y al pie tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo desde lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano; porque por este pezoncico se ceba él y crece y se mantiene, así como el niño en las entrañas de la madre por el ombliguillo. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la bolsa que viste toda la granada. Y para que nada faltase á la gracia de esta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde parece que los reyes tomaron la forma de la suya. En lo cual parece haber querido el Criador mostrar que era esta reina de las frutas. Á lo menos en el color de sus granos, tan vivo como el de unos corales, y en el sabor y sanidad de esta fruta, ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre á la vista, dulce al paladar, sabrosa á los sanos, y saludable á los enfermos, y de calidad que todo el año se puede guardar.» (1)

Declara la felicidad y contentamiento de los animales, fruto de la bendición del Señor: «Cuando oímos deshacerse la golondrina, y el ruiseñor, y el jilguerito, y el canario cantando, entendamos que si aquella música deleita nuestros oídos, no menos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos que no hace cuando está doliente, ó cuando el tiempo es cargado y triste. Porque de otra manera, ¿cómo podría el ruiseñor cantar las noches enteras, si él no gustase de su

(1) *Ibid.*, cap. X, § III.

música, pues (como dice la filosofía) el deleite hace las obras? Cuando vemos otrosí los becerricos correr con grande orgullo de una parte á otra, y los corderillos y cabritillos apartarse de la manada de los padres ancianos, y repartidos en dos puestos escaramuzar los unos con los otros, y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con grande alegría y contentamiento de ellos? Y cuando vemos juguetear entre sí los gatillos y los perrillos, y luchar los unos con los otros, y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con que esto hacen? Ni menos se huelgan los peces en nadar y las aves en volar, y el cernícalo cuando está haciendo represas y contenencias, y batiendo las alas en el aire.» (1)

Notables son las descripciones de las aves de rapiña y del pavo real. Véase la primera: «Resplandece también el artificio de la divina providencia en las habilidades é instrumentos que dió á las aves de rapiña para cazar y buscar con esto su mantenimiento. En las cuales es muy artificioso el pico y muy diferente del de las otras aves mansas. Porque la parte superior de él es aguda y corva, para hincar en la carne y sacar los pedazos de ella, y la inferior es como una navaja y viene á encontrarse y encajarse en la más alta, y así corta y troncha lo que el pico de la parte superior levanta. Pues ¿quién podrá imaginar que una cosa tan proporcionada y acomodada para este oficio se hizo acaso y no con grande artificio? Lo cual aun parece más claro con la correspondencia de todas las otras facultades é instrumentos que para esto sirven, como son las uñas tan agudas y recias para prender la caza, y también para retenerla, cerrándose las uñas delan-

(1) *Ibid.*, cap. XII, § III.

teras con la trasera, para tenerla tan apretada que no se les pueda ir. Tienen otrosí gran calor en el estómago, para que la hambre las haga más codiciosas y ligeras para la caza. Tienen también un corazón animoso y confiado, pues un halcón zahareño en muy pocos días se hace tan doméstico y tan fiel, que lo enviais á las nubes en pos de una garza y le llamais y mandais que os venga á la mano y así lo hace. Porque como el Criador formó estas aves, no sólo para que ellas se mantuviesen, sino también para que ayudasen á mantener y recrear al hombre, como lo hacen los azores, tales armas y tal ánimo y tal confianza les había de dar. Y porque no dió ésta al milano, aunque no le falten armas y alas, abátese á los flacos pollicos, porque no tiene corazón para más; representando en esto la bajeza de los hombres villanos y pusilánimes, los cuales siendo tan cobardes para con los que algo pueden, son cruelísimos para los que nada pueden, agraviando á los pobres y manteniéndose de su sudor.» (1)

Póngase atención en la segunda: «Entre los animales el que más claro conoce su hermosura, es el pavo; pues el mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza, y haciendo esta demostración de ella... Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura...» «Y dejando aquellos ramales ó cabellos que van acompañando el asta de las plumas de la cola hasta el cabo de ellas (que son todos arpados y de hermosos colores), vengamos á aquel ojo que está

(1) *Ibid.*, cap. XIV, § II.

al cabo de ellas, formado con tanta variedad de colores y éstos tan finos y tan vistosos, que ningun linaje de las tintas que han inventado los hombres podrá igualar con el lustre y fineza de ellos. Porque en medio de este ojo está una figura oval de un verde clarísimo, y dentro de él está otro casi de la misma figura y de un color morado finísimo; y éstas están cercados de otros círculos hermosísimos que tienen gran semejanza con los colores y figuras del arco que se hace en las nubes del cielo, á los cuales sucede en torno la cabellera hermosa también de diversos colores, en que se remata la pluma. Y en este ojo ó círculo que decimos hay otra cosa no menos admirable; y es que los cabellos ó ramales de que esta figura se compone, están tan pegados unos con otros y tan parejos é iguales en su composición, que no parece que aquella figura es compuesta de diversos hilos, sino que es como un pedazo de seda continuada que allí está.

»Pues ¿qué diré de la hermosura del cuello que sube del pecho hasta la cabeza, y de aquel color verde que sobrepuja la fineza de toda la verdura del mundo? Y lo que pone más admiración es, que todas aquellas plumillas que visten este cuello son tan parejas y tan iguales entre sí, que ni una sola se desordena en ser mayor ó menor que otra. De donde resulta parecer más aquella verdura una pieza de seda verde, como dijimos, que cosa compuesta de todas estas plumillas. No faltaba aquí sino una corona real para la cabeza de esta ave, mas en lugar de ella tiene aquellas tres plumillas que hacen como una diadema, y son el remate y la hermosura de esta ave. Y como tengan estas tres plumicas tanta gracia y no sirvan más que para su hermosura, vese claro que de propósito se puso el Criador á pintar esta ave tan hermosa.» (1)

(1) *Ibid.*, cap. XXII, § II.

Pondera cuán amigo sea el Criador de toda virtud, pues tantos ejemplos dejó de ella en todos los animales: «Porque la nobleza nos enseñan los gavilanes, la generosidad los leones, la sujeción y obediencia los elefantes, la osadía y esfuerzo los caballos, la fe y lealtad para con sus señores los perros, la caridad los ciervos, el concierto y orden de república las abejas, la providencia las hormigas, el acatamiento y servicio de los padres los hijos de las cigüeñas, y finalmente la castidad la tórtola.» (1)

Encarece las excelencias de la fe con propias y elocuentes expresiones: «La fe, dice, es como maestro y ayo que nos enseña la manera del vivir. La fe es una candela resplandeciente que alumbra nuestro entendimiento y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que habemos de curar las dolencias de nuestras almas. La fe es nuestro legislador que nos da leyes de bien vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara á los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles á donde y por donde han de caminar. La fe es como un adalid que va delante de nosotros, descubriendo las celadas de los enemigos y guiándonos por camino seguro. La fe es alas de la oración, con las cuales sube hasta la presencia de Dios y alcanza de él lo que pide... La fe es para los justos el norte por donde navegan, y la carta de marear por donde se rigen.» (2)

(1) *Ibid.*, cap. XII.

(2) Parte 2.ª, cap. II.

VI—Opúsculos diversos. Son muchos y todos de abundante y sólida doctrina, pura y castiza locución: 1.° *Tratado de la manera de proponer la Fe á los infieles.* (1) 2.° *Sermón en que se da aviso, que en las caídas públicas de algunas personas, ni se pierda el crédito de la virtud de los buenos, ni cese ni se entibie el buen propósito de los flacos.* (2) 3.° *Instrucción y regla de bien vivir para los que empiezan á servir á Dios, mayormente religiosos.* (3) 4.° *Compendio de la Doctrina espiritual*, resumen de la esparcida profusamente en todas sus obras, al cual por esto llamaba Fr. Luís *mi nieto.* (4) 5.° *Breve memorial y guía de lo que debe hacer el cristiano.* (5) 6.° *Diálogo de la Encarnación de Nuestro*

(1) Digno remate y corona de la *Introducción al Símbolo de la fe* es esta obrita, que le sirve de complemento; de ahí que siempre se hayan publicado juntas las dos.

(2) Entre otras, se cuentan las ediciones de Alcalá, 1589, en 12.°, y de Amberes, por Plantino, 1590, en 8.° Tradújolo al italiano Juan Domingo Florencio, y se publicó en Roma por Ticio y Pablo Diano, 1589, en 4.°, y en Bérgamo, por Comino Ventura, 1593, en 12.°

(3) La sacaron á luz, en Barcelona, Claudio Bonardo, 1566, en 8.°, y Antonio Parra en Madrid, 1618, en 16.°—Vertida al francés por Pablo del Monte, se publicó en Douai, 1585 y 1592, en 16.°, y antes se registra otra traducción por anónimo autor, impresa en París, por G. Chaudière, 1579, en 16.°

(4) En Lisboa se publicó primero, viviendo todavía el autor. Se imprimió luego en Barcelona, por Tomás Vasiana, 1650, en 24.°—Al latín lo tradujo Antonio Dulkenio, Colonia, por Coritio, 1607, en 12.°; al francés, Juan Chabanel de Tolosa, con el título: *Le miroir de la vie humaine*, París, por Roberto le Fizelier, 1584, en 16.° (De esta versión da crédito el biógrafo francés Antonio Du Verdier (1544-1600). Vid. *La Bibliotheque... contenant le catalogue de tous ceux qui ont écrit ou traduit en français*, Lyón, 1585 en fol.); y al polaco, el jesuita Simón Wysocki (1542-1622), con el título que, expresado en latín, vale tanto como *Speculum hominis christiani.*

(5) Se publicó en Salamanca, por Pedro Laso y Juan Moreno, 1577, y en Madrid, por Bernardo de Villadiego y Gabriel de León, 1677.

Señor, en que son interlocutores S. Ambrosio y S. Agustín; obrita dictada por el autor al P. Francisco de Olivera, cuando ya el ilustre anciano había perdido la vista. (1) 7.° *Vida del venerable y apostólico varón D. Fray Bartolomé de los Mártires, del Orden de Santo Domingo, arzobispo y señor de Braga en el reino de Portugal.* (2) 8.° *La vida del Padre Maestro Ávila* (3), digno homenaje al que consideraba su más experto mentor en el difícil arte de la predicación. 9.° *Vida de Milicia Fernández, portuguesa, gran sierva de Dios*, dedicada á su parienta D.ª Cecilia Mendoza; MS. que estuvo en poder de D. Fernando de Alvis, conde de Castro, vecino de Lisboa. (4) 10 *Vida de D.ª Elvira de Mendoza, viuda de D. Fernando Martínez Mascareñas, religiosa en el convento de la Anunciación de Nuestra Señora de la villa*

(1) Publicó este Diálogo el P. Francisco Diago, á continuación de la *Vida* que escribió de Fr. Luís, Barcelona, por Sebastián Cormellas, 1605, en 8.° Traducidos al latín uno y otra, se imprimieron dos veces, junto con otro tratado *De scrupulis conscientiæ*, Colonia, por Kinckio, 1614 y 1619, ambas en 12.°

(2) El P. Juan López Caparroso, obispo de Monopoli († 1631), la insertó en la *Quarta parte de la Historia general de Santo Domingo y de su orden de Predicadores*, Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba, 1615, en fol. Vid. los capítulos XXXVI y sigts. hasta el XLVI inclusive, desde la pág. 655 á la 686.—El P. López escribió también la tercera, quinta y sexta partes de la mencionada *Historia*, publicándose en Valladolid en los años respectivamente de 1613, 1621 y 1622, todas en fol. De las dos primeras es autor el P. Hernando del Castillo (Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, 1587, dos tomos folio).

(3) Se insertó en la edición de las obras del P. Ávila, hecha en Madrid, por Pedro Madrigal, 1588. El P. Juan Bautista Sanjurius, S. J., vertió esta obrita al francés, París, 1641, en 12.°

(4) Atestígualo Jorge Cardoso († 1669) en su *Agiologio Lusitano dos Sanctos e Varones illustres em virtude do reino de Portugal e suas conquistas*, Lisboa, 1652-1657-1666, tres tomos fol. Véase el día 7 de Marzo.

de Montemar ó Novo. (1) 11 *Una carta escrita al Ilustrísimo patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia á 18 de Marzo de 1584, en que se contiene la vida milagrosa de Sor María de la Visitación, de la orden de Santo Domingo en el convento de la Anunciata de Lisboa.* (2) 12 *Libro de las oraciones y ejercicios de devoción, recopilados de diversos y graves autores.* (3) 13 *La escala espiritual de S. Juan Climaco,* versión castellana con mucha diligencia y esmero trabajada, y enriquecida con oportunas anotaciones en los cinco primeros capítulos y en el treinta. (4) 14 El libro llamado *Contemptus mundi ó Menosprecio del Mundo é Imitación de Cristo,* limpia y correcta versión de la famosa obrita que se atribuye á Tomás de Kempis. (5) 15 *La Filomena de S. Buenaventura,* opúsculo de suavidad incomparable del Doctor Seráfico, que no puso en verso, sino en elegante prosa, Fr. Luís, por no ser práctico, según indica él mismo, en la versificación castellana. (6)

---

(1) Hace mención de esta *Vida* el P. Luís de Sousa, castizo escritor portugués, en su *Historia de S. Domingos particolar do reyno e conquistas de Portugal,* tres tomos en fol., 1623 á 1678, en Benfica y Lisboa. Vid. Parte 2.ª, lib. VI, cap. XXIV.

(2) Se imprimió en Roma, y se tradujo después en italiano, Génova, por Juan Osmarini Giglioti, 1585, 4.°

(3) Se publicó en Zaragoza, por Carlos de Lavayen, 1606, en 16.°, y más tarde en Madrid, por José Fernández de Buendía, 1677. Existe una traducción italiana, Venecia, en casa de Giolitos, 1574, en 12.°

(4) Existen las ediciones de Alcalá, 1596, en 12.°, y de Madrid, 1611, por Juan de la Cuesta y Juan de Vasillo.

(5) Se han publicado las siguientes ediciones: una en Lérida, 1514, en 16.°; dos en Madrid, 1567, en 16.° y 1589 en 12.°; y una en Amberes, por Plantino, 1572.

(6) Se ha insertado siempre al fin de las *Adiciones al Memorial de la Vida cristiana.*

OBRAS PORTUGUESAS

I—Compendio da doctrina christiana. Es un catecismo claro, metódico y razonado, al alcance de las inteligencias menos cultivadas, sin que por eso el estilo pierda la elevación y nobleza, pulcritud y corrección, habituales en la pluma de Fray Luís. Escrito á instancia de la reina D.ª Catalina, hermana del Emperador Carlos V, para suplir la falta de predicadores que había en las montañas de aquel reino, produjo incalculables frutos en el terreno de la enseñanza religiosa y de la mejora de las costumbres. La célebre D.ª Luísa de Carvajal, conocida en toda Europa por su gran santidad y por su viaje á Inglaterra, en donde sufrió muchas penas y quebrantos por la fe católica, afirmaba que este libro era el mejor del mundo, y el más importante y necesario, y que contiene cuanto debe saber, creer y obrar un católico; y que con este libro y las vidas de los Santos, y pocos más, tenía suficiente librería una familia cristiana. (1)

II—Treize pregaçoes des principaes festas de Christo et da sua Santíssima May. Son doctrinales y afectuosas pláticas destinadas á leerse desde el púlpito, como expresa su devoto autor, «en las iglesias donde no suele haber sermón por

(1) Se publicó la primera vez en Lisboa hacia 1560. En 1595 lo puso en castellano Fr. Juan de Montoya, imprimiéndolo en Granada en casa de Sebastián de Mena y dedicándolo al arzobispo D. Pedro de Castro, egregio fundador del Sacro Monte. Al mismo tiempo ¡rara coincidencia! lo traducía é imprimía en Madrid el P. Enrique de Almeida, cuya traducción ha prevalecido en todas las ediciones de las Obras de Fr. Luís.

no haber predicadores, para que la falta de la voz viva supliese la letra muerta, que todavía puede obrar en los corazones de los oyentes,» é iban principalmente ordenadas á la edificación y provecho de la gente sin letras. Son, pues, un complemento del Catecismo, y por esto en algunas ediciones se imprimen á continuación de él. (1)

OBRAS LATINAS

I—Concionum de tempore. Abrazan cuatro tomos. El 1.° comprende las *Conciones quæ a prima Dominica Adventus usque ad Quadragesimæ initium in Ecclesia haberi solent.* Al fin se insertan *Quinque de Pœnitentia conciones quæ diebus Dominicis in Quadragesimæ post meridiem habitæ sunt.* El 2.° incluye las *Conciones quæ quartis et sextis feriis ac Dominicis diebus Quadragesimæ habentur.* El 3.° *quæ a Pascha Dominicæ Resurrectionis ad festum usque sacratissimi corporis Christi habentur.* Y el 4.° *quæ post festum sacratissimi corporis Christi usque ad initium Dominici Adventus in Ecclesia habentur.*

II—Concionum de Sanctis. Dos tomos comprenden: El 1.° abraza *quæ de præcipuis Sanctorum festis in Ecclesia habentur, a festo sancti Andreæ usque ad festum B. Mariæ*

(1) Ignoro si la primera salió en libro aparte, aunque me inclino á creer que no, debiendo por tanto ir al fin del *Compendio da doctrina christiana* en la edición (Vid. nota anterior) hecha en Lisboa hacia 1560. Puso estos sermones en castellano el citado P. Almeida y los publicó á continuación del *Compendio,* traducido por él, formando las dos obras un tomo, Madrid, 1595. Esta edición contiene también el *Sermón sobre las caidas públicas.*

Magdalenæ. El 2.º trata de *præcipuis Sanctorum festis, a festo Mariæ Magdalenæ, usque ad finem anni.* (1)

Sin ser en ambas obras sobrado atildada y culta, ni ostentar fausto y grandilocuencia, la dicción latina de Fr. Luís corre suave, limpia, castiza, siempre grave y acomodada al asunto, y fertilísima en producir copiosos incrementos al alma cristiana. ¡Cuanta paz y sosiego disfruta ésta al aspirar el ascético perfume de aquellas divinas páginas! ¡Cuán harta y feliz se siente con la recepción de tan nutritivo alimento! Deplorable es sin duda que el eminente orador no dejara escritos los muchos sermones que predicó en la lengua materna, y que le conquistaron la primacía de la oratoria sagrada en España.

El Dr. Diego Payva de Andrade, en el prefacio que puso al segundo tomo de los sermones de Fr. Luís, habiendo discurrido largamente acerca del arte de la predicación y de sus primores y dificultades, y lamentado la ineficacia del tierno y florido predicar de entonces para desarraigar vicios y plantar

---

(1) Se imprimieron los Sermones junto con los Panegíricos en Salamanca, por los herederos de Matías Gast, 1581-82, 6 tomos, 4.º Existe, además de ésta, que me ha servido de consulta, otra edición publicada en dicha ciudad,que solamente conprende los Sermones *de tempore*. Consta de 4 tomos, 4.º, 1577-1580.

Plantino publicó en Amberes los Sermones y Panegíricos en 6 tomos, 8.º, 1577-1582, y volvió á reimprimir unos y otros en 1588. En la misma ciudad belga diéronse otra vez á la estampa en casa de la viuda é hijos de Juan Moreto, 1610-1614, 6 tomos, 8.º Pedro Landry publicó en Lyón una edición completa, 1587-1598, 6 tomos, 8.º, y se publicó otra también completa en Roma, por una sociedad de libreros, 1587, 6 tomos, 4.º

Además de la edición citada de Salamanca, se publicaron por separado los Sermones *de tempore:* en Lisboa, 1575-1582, 4 tomos, 4.º; en Venecia, por Juan Antonio Bertano, 1578, 2 tomos en un vol. con la misma paginación; en Roma, imp. del pueblo romano, 1578, 2 to-

virtudes, se expresa en estos términos: *Nescio enim, an cum Diogene, in tanta concionatorum copia, accensa lucerna, concionatorem quærere possimus, qui piè, qui modestè, qui graviter, qui liberè, qui eruditè, qui eloquenter, qui accommodatè, qui prudenter verbum Dei tractet.* «No sé si con la linterna de Diógenes en la mano, en medio de tan crecido número de predicadores, podríamos encontrar uno que enseñe la palabra de Dios con piedad, con modestia, con gravedad, con libertad, con erudición, con elocuencia, con oportunidad y con prudencia.» Prosigue encareciendo los méritos de Fr. Luís como predicador y como maestro de la oratoria propia del púlpito: *Quare præclarissimè sanè de christiana illi Republica mereri videntur, qui in scribendis variis concionibus ita insudarunt, ut cum pia perpolitaque doctrina veterum Patrum, majorum nostrorum prudentiam, gravitatem atque studium, in concionatorum animis insculpant. Quos Reverendissimus Pater Ludovicus Granatensis, vir omni laude superior, ita præstitit, ut illum affirmare*

---

mos, 4.°; en Milán, 1585-1586, 3 tomos solamente, el 1.° 3.° y 4.°, y en París, donde tan solo se dió á luz el 2.°, 1585.

El monje basilio D. Pedro Duarte tradujo los Sermones y Panegíricos al español, Madrid, por D. Plácido Barco López, 1790-93, 14 tomos, 4.°; y al francés los vertió Juan Charón, natural de Reims, París, 1585-1602, 7 tomos, 8.°

Tradujeron los Sermones *de tempore* solamente: en la expresada lengua, el canónigo de Reims, Nicolás Colín, París, en casa de Guillermo Chaudière, 1599, 8.°, y al italiano, el florentino Juan María Tarsias, Venecia, por Antonio Ferrara, 1580, 4.°

Muchos sermones de esta serie, los que tratan del Adviento, Cuaresma, el Santísimo Sacramento y las Dominicas y fiestas principales del año, fueron traducidos al francés por el teólogo Nicolás José Binet, París, Juan Villette y Juan de Nully, 1698, 3 tomos, 8.°

Gabriel de Saconnay, decano de la Iglesia de S. Juan de Lyón, tradujo los Sermones sobre el Juicio, con el título: *Trois sermons du grand et dernier jugement de Dieu,* Lyón, Benito Rigaud, 1580. 16.°

ausim nemini secundo hac in parte haberi merito ac jure posse. Orationem enim de industria ita moderatus est, ut neque politiores offendere propter barbariem, nec impolitos deterrere, propter nimium splendorem, posset. Nam cum in communem potius utilitatem, quam in nominis existimationem, oculos dum scriberet defixisset, sœpè quæ ornatè et eleganter potuit dicere, simpliciter dicit, si lectorem in humanioribus litteris non satis exercitatum, legendo retardari posse judicaret. In quo Divum Augustinum imitari mihi visus est, qui, cum valdè esset in dicendo exercitatus, tamen cum plebem erudiendam, hœreticorumque errores refellendos suscepit, litterisque illa mandare instituit, quæ in vulgus emanere opus erat, orationem ita depressit, ut omnium se captui facilè accommodarit. Res vero de quibus agit sunt ejusmodi, ut neque ingenium in inveniendo, nec judicium in eligendo, nec modum in objurgando, nec prudentiam in deliberando possis requirere. Quibus eximia etiam quœdam pietas (quæ concionatoris summa laus est) accedit; ita enim est in amovendis stimulis frequens, ignibusque adhibendis, quibus hominum mentes Dei amore inflammentur, ut nulla in re magis versari ea oratio videatur. «Por lo cual, muy beneméritos son de la república cristiana, los que trabajaron en escribir sermones con el designio de grabar en los ánimos de los predicadores la prudencia, la gravedad y el saber de nuestros antepasados, juntamente con la doctrina piadosa y culta de los antiguos Padres. Así lo ejecutó de tal modo el R. P. Fr. Luís de Granada, varón superior á todo elogio, que me atrevo á decir no reconoce quien le exceda en esta materia, ocupando con justa razón el primer lugar, porque supo manejar con tal destreza el estilo, que no ofendiese por su tosquedad á los más

cultos, ni á los hombres vulgares por su demasiado brillo. Como escribía más bien por la utilidad común, que por adquirir reputación, aunque pudo muchas veces hablar con ornato y elegancia, lo dijo llana y sencillamente, si juzgó que podía retardar la inteligencia del lector no muy ejercitado en letras humanas. En lo cual me parece fué imitador de S. Agustín, el cual, aunque muy diestro en el uso de la palabra, siempre que tomó á su cargo enseñar á la plebe, ó refutar los errores de los herejes, y resolvió hacerlo por escrito para instrucción general del pueblo, moderó su estilo de manera que se acomodase á la capacidad de todos. Pero los asuntos de que trató Fr. Luís son de tal género, que no exigen ingenio en la invención, ni juicio en la elección, ni mesura en la reprensión, ni moderación en los argumentos. Á todo esto se juntó una excelente piedad (suma alabanza del predicador), pues es tan solícito en alegar motivos y despertar fervores, con que los hombres se enciendan en el amor divino, que no parece tiendan á otra cosa sus sermones.»

De la alta estima en que fué tenido Fr. Luís como predicador y maestro de predicadores, nos da un glorioso testimonio el célebre cardenal Federico Borromeo, arzobispo de Milán, el cual, en una obra que escribió con el título *De sacris nostrorum temporum oratoribus,* hablando de Fr. Luís, se expresa de este modo: *Fortassè non habuere claustra, qui nostra concionaretur ætate magis ad pastoralem spiritum et modum. Scripta testantur illius haud alium fuisse propositum, ipsi quam ut christianos verè mores in hominum animos induceret, et vitia radicitus extirparet. Id in omni sermone, vel potius in qualibet parte sermonis apparet. Volebat omnino persuadere. Nec in eo munere satis habebat insectari mortalium culpas acerrimè; sed erigebatur*

altius illius oratio, mirificèque de omni christiana virtute philosophabatur. Eaque nunc est causa magnæ voluptatis et solatii quæ perfundi sese pectora piorum sentiunt, si cum aliqua divinarum rerum et animi sui notitia, ad scriptorem hunc accessere. Profunda doctrina fuit, et judicio etiam excellenti. Conciones istius ostendunt magnam rerum supellectilem eum habuisse præparatum et promptas in omni rerum varietate considerationes, auctoritates, argumenta, quæ è sacris interdum, sæpius è profanis, petebat scriptoribus, e divinarum vero litterarum monumentis sæpissimè. Neque dubitamus quin ea quæ scripsit, aliquanto plus approbationis apud multas habtiura, si profanis testimoniis parcius usus esset. «Quizás no han producido los claustros en nuestra edad un hombre que predicase como éste lo hizo, con más arreglo al espíritu pastoral. Sus escritos atestiguan que el único fin que se propuso, fué inculcar las costumbres cristianas en el ánimo de sus oyentes, y extirpar de raiz los vicios. Esto es lo que se descubre en todos sus sermones, ó más bien en todas las partes de ellos. Lo que ante todo se proponía, era persuadir. En el ejercicio de este deber, no se satisfacía con increpar agriamente á los mortales por sus culpas, sino que se elevaba á más alta región su lenguaje, y filosofaba admirablemente sobre todas las virtudes cristianas. Por esto experimentan indecible gozo y consuelo los varones piadosos que acuden á sus escritos con alguna noticia de Dios y de su alma. Fué hombre de profunda doctrina y juicio excelente. Sus sermones manifiestan que tenía un gran caudal de ideas, prontas siempre á su llamamiento, consideraciones sobre toda clase de asuntos, autoridades y argumentos, extractados algunas veces de los escritores sagrados, más frecuentemente de los profanos; pero sobre todo de los libros

de la Sagrada Escritura. Parécenos, sin embargo, que sus obras habrían merecido mayor aprobación de cierta clase de lectores, si hubiera sido más parco en el uso de las autoridades profanas.» Y en otro lugar de la misma obra: *Sunt qui damnent in hujus viri scriptis, iterata frequenter eadem et repetita, quam sanè consuetudinem redeundi sæpius ad rem unam haud quaquam ego magnopere probandam puto. Sed fortasse id ille faciebat, quo magis inhærerent in animis nonnulla quæ præ ceteris persuadere volebat, atque ut oratio plus etiam auctoritatis haberet, si ex intimo deprompta sensu videretur. Id principi oratorum Demostheni tantopere placuit, ut non solum argumenta, sed verba multis locis eadem reperiantur. Ego potius desideraverim in Granatensi acrimoniæ plus et artis, quam certè adhibebat in principio concionum et fine. Sunt enim hæc duæ partes orationis magni momenti.* «Hay algunos que critican en los escritos de este autor la frecuente repetición de las mismas ideas, y, por cierto, yo no encuentro muy digna de aprobación esta costumbre de volver siempre á tratar de las mismas cosas. Pero quizá lo hacía con el objeto de que se arraigasen en los ánimos aquellos sentimientos que tenía mayor empeño en inspirarles, y para que fuese más persuasivo el discurso, si parecía emanar de un convencimiento íntimo. Este sistema fué tan de grado del príncipe de los oradores, Demóstenes, que no sólo repetía en muchos lugares los mismos pensamientos, sino hasta las mismas palabras. Lo que yo desearía en Fr. Luís, sería más energía y arte en el principio y al fin de sus sermones, porque estas dos partes de la oración son de mucha importancia.»

III—Index copiosissimus sermonum omnium de tempore et

DE SANCTIS. Facilita este índice, con sumo método y claridad trazado, el manejo de las obras predicables de Fr. Luís. (1)

IV—RHETORICÆ ECCLESIASTICÆ LIBRI SEX. Consumado maestro en el arte de la predicación, ya que por espacio de más de cuarenta años había hecho resonar desde los púlpitos su voz elocuentísima, siendo maravilla y pasmo de cuantos le escuchaban, quiso Fr. Luís formular las reglas y preceptos más culminantes de la oratoria sagrada, para que los predicadores, con tal norma y guía, recogieran abundante fruto de sus apostólicas tareas, á cuyo fin escribió esta sabia producción, inapreciable joya del género didáctico, que dedicó á su amada *Eborensi Academiæ, virtutum et litterarum altrici*, y á la cual desea *bonitatem et disciplinam et scientiam.* (2)

---

(1) Imprimióse en Salamanca, 1581, 4.°

(2) La primera edición salió en Lisboa, por Antonio Ribero, á expensas del librero Juan Hispano, 1576, 4.° En Venecia salió otra, en casa de Francisco Ziletto, 1578, 4.°, la cual contiene los tres libros que, con el mismo título *De Rhetorica ecclesiastica*, escribió á instancias de S. Carlos Borromeo, el obispo de Verona, cardenal después de la Iglesia romana, Agustín Valerio (1532-1606). (*) Antecede á esta obra una dedicatoria del célebre erudito francés Pedro Morín (1531-1608) á S. Carlos Borromeo y á los clérigos del Seminario arzobispal de Milán. Se publicó igualmente la Retórica de Granada: en Colonia por tres veces, las dos primeras por los herederos de Arnoldo Birkmanno, 1578 y 1582, y la tercera en 1611, 8.°; en Milán, por Miguel Tino, 1585, 4.°, y en París, por Guillermo Pelé, 1635, 8.°

El acreditado impresor de Valencia, José de Orga, la publicó en 1770, en un tomo en 4.° Va encabezada con un elegante prefacio latino de D. Juan Bautista Muñoz, en el cual este docto escritor trata de los antiguos tratadistas de Retórica, luego del origen de la predicación evangélica desde los tiempos apostólicos hasta los suyos y de las ciencias necesarias al orador sagrado, y, finalmente, de la utilidad y excelencia de la Retórica de Fr. Luís.

(*) El jesuita belga, Francisco J. de Feller (1735-1802), dice de esta obra en la BIOGR. UNIVERSELLE: *Cet ouvrage solide et instructif renferme des reflexions judicieuses sur l'art d'exciter les passions des auditeurs, sur celui d'orner ou de fortifier la diction, sur les défauts dans lesquels les orateurs chrétiens peuvent tomber.* Fué vertida al francés con el título *La Rhétorique des predicateurs*, París, 1750, 12.°

Cerdá y Rico, que fué, juntamente con Mayans y Císcar, el mayor ilustrador de las memorias de nuestros humanistas, en su *Commentarius de præcipuis rhetoribus hispanis*, precisa el mérito literario de la Retórica de Fr. Luís, con las siguientes expresiones: *Granatensis rhetorica multum se commendat, tum ob præceptorum copiam ex optimis artis hujus magistris depromptam, tum ob exemplorum delectum, adeo ut affirmare nullus dubitet eam omnibus id genus lucubrationibus longè multumque anteferendam, quod animadvertens Carolus Borromeus, nescio magisne doctus, an pius, ecclesiæ Mediolanensis quondam antistes, eam concionatoribus ditioni suæ subjectis ediscendam proposuit.* «La Retórica de Granada se recomienda sobremanera, ya por la copia de los preceptos, sacados de los más autorizados maestros, ya por la elección de los ejemplos, de suerte que nadie vacila en darla la preferencia sobre las obras de esta clase, de lo cual estaba persuadido S. Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, á quien no sé si llamar más docto que pío, cuando mandó aprenderla á los predicadores sujetos á su jurisdicción.» (1)

Menéndez Pelayo, el príncipe de nuestros críticos, afirma ser la *Retórica eclesiástica* de Fr. Luís, «riquísima en preceptos y en ejemplos, donde amigablemente se dan la mano Cicerón y S. Juan Crisóstomo, Virgilio y S. Cipriano, el arte de la antigüedad y el arte cristiano; libro de paz y concordia entre lo humano y lo divino.» «Algunos, añade, tacharon de prolija esta Retórica, y Mayans llega á decir que

(1) Antecede este *Commentarius* de Cerdá á la *Rhetoricæ contractæ sive Partitionum oratoriarum* de Gerardo Juan Vosio, Madrid, por Antonio Sancha, 1781.

Fr. Luís de Granada observó, mejor que enseñó, los preceptos de la Retórica. ¿Pero quién iba á esperar de un libro didáctico, de un libro *útil*, escrito además en una lengua muerta y atestado de pasajes de distintas manos, que le convierten en una especie de taracea, el vigor y la amplitud de elocuencia que hay en el *Símbolo de la fe* y en la *Guía de pecadores*? Basta que el libro cumpla con la intención de su autor, de transportar á la tierra de promisión el oro y la plata y las vestiduras de Egipto, y lo cierto es que no tenemos en nuestra literatura mejor arte de predicar al modo clásico, aunque tengamos otros más independientes, y (si vale la frase) más *románticos.*» (1)

Comprendiéndolo así el sabio y piadoso obispo de Barcelona D. José Climent (2), mandó traducir la Retórica de

(1) *Historia de las ideas estéticas,* tomo II, cap. IX, págs. 295, 296 y 298.

(2) Fué D. José Climent (1706-1781) natural de Castellón de la Plana. Cursó en la Universidad de Valencia artes y teología, y á la temprana edad de veintidos años regentaba con general aplauso la cátedra de filosofía. Á los treinta empezó á predicar, demostrando gran entereza y celo por la causa de la verdad, y, merced á su peculiar talento oratorio, la cátedra sagrada recobró su dignidad y prestigio. Por espacio de ocho años desempeñó el curato de la parroquial iglesia de S. Bartolomé de Valencia, siendo incansable en el ejercicio de la predicación y de la limosna. Previa oposición, fué nombrado canónigo magistral el 2 de Julio de 1748, y deseando fomentar la cultura literaria, fundó en la Universidad la cátedra de *locis theologicis*, que dió en propiedad á los religiosos de la Merced. Elegido obispo de Barcelona en 1766, erigió diez escuelas gratuitas de primeras letras y catecismo en diez conventos de la ciudad; introdujo en el seminario episcopal la enseñanza de la gramática castellana y mejoró la de teología escolástica y moral. Estableció los sermones de la Catedral en todos los domingos y fiestas principales é instituyó la devotísima práctica de las Cuarenta-Horas. Gobernó esta mitra hasta el año 1775, en que, habiéndole promovido S. M. al obispado de Málaga, con el vivo deseo que tenía de acabar sus días en el retiro de la vida privada y la desgana de regir á los

Granada á la lengua castellana, haciéndola preceder de una carta pastoral al clero secular y regular de su diócesis, fechada en 12 de Mayo de 1770; documento recomendabilísimo bajo el aspecto religioso y literario, en que con vigorosa y discreta locución condena los vicios y abusos, introducidos largo tiempo hacía en el púlpito, y aplica, según las normas de Fr. Luís, los oportunos remedios para su decoro y prestigio. «Estoy persuadido, dice á sus cooperadores en el sagrado ministerio, de que con su estudio (el de la Retórica) os formareis perfectos oradores cristianos. Porque, á la verdad, nada le faltará para serlo á aquel que sepa y practique todo lo que este gran Maestro nos dice que debe saber y practicar un buen predicador del Evangelio». Y á propósito de las obras del venerable escritor, se expresa en estos ter-

---

sesenta años una diócesis desconocida, renunció la nueva dignidad episcopal y se despojó de la antigua, refugiándose luego en su casa propia de Castellón. Fundó entonces dos escuelas gratuitas de primeras letras en Valencia, una dentro de la ciudad y otra en la calle de Murviedro, ambas en la parroquia de S. Bartolomé, de que fué cura, dotándolas de sus bienes patrimoniales y con una finca que á este fin había hecho edificar en la ciudad. En Castellón fundó una casa de niños huérfanos de uno y otro sexo, al modo de la que había fundado en Valencia S. Vicente Ferrer, y quiso que se pusiese bajo la protección de este santo. Con su muerte quedó á medio concluir, mas la dejó corriente en 1789 D. Joaquín Segarra, canónigo de Valencia, su íntimo amigo y paisano, y uno de sus albaceas.

Al Sr. Climent debemos la reimpresión de las *Costumbres de los Israelitas y de los Cristianos*, traducidas años antes por D. Manuel Martínez Pingarrón (Barcelona, 1769, 8.° may. 2 tomos), y de las *Instrucciones cristianas sobre el sacramento del Matrimonio* de Le Tourneur, que había traducido la Excma. Sra. Condesa de Montijo (Barcelona, 1774, 8.° mayor). La primera obra está enriquecida con una pastoral, en que se manifiesta el mérito y utilidad de aquélla, y la segunda con una carta muy erudita dirigida á dicha Sra. Condesa.

Á la fecunda iniciativa del Sr. Climent debióse igualmente la traducción de las obras de su antecesor S. Paciano, encomendada con muy buen acuerdo á la docta pluma del Doctor valenciano D. Vicente An-

COMISIÓN DE MONUMENTOS - PROV.ª DE GRANADA

minos: «Habiendo de predicar en español, es preciso que á más del estudio de esta gramática, (1) procureis tener una gran copia ó afluencia de palabras españolas, como demuestra el venerable Granada en el cap. XII del libro VI, en donde también enseña el modo de adquirirla. Entre ellos propone como necesaria la elección de libros bien escritos en la lengua en que hemos de predicar. Y aunque su humildad no le permitió aconsejar á los españoles que leyeran sus obras castellanas, yo debo encargaros que las leais, y con la reflexión que el mismo previene, porque todos los hombres de juicio y de buen gusto convienen que no hay libros más bien escritos en lengua española, cuyo carácter es muy distinto del de la italiana y francesa, que algunos ahora adoptan sin necesidad y con gran impropiedad. Y á más llevan la ventaja de que al mismo tiempo que adquirireis copia de las palabras más propias, y de las frases más elegantes, aprendereis pensamientos y conceptos sólidos y utilísimos para predicar, porque todos los libros de nuestro V. Maestro se dirigen á enseñar las verdades de nuestra fe, y á exhortar al aborrecimiento del vicio y amor de la virtud. Igualmente pueden aprovecharos los sermones latinos, llenos de razones,

---

tonio Noguera y Ramón (1728-1797), Valencia, en la oficina de Benito Montfort, 1680, en 4.° mayor.

Las *Pláticas dominicales que predicó en la Parroquial de S. Bartolomé* se publicaron en Madrid, por Benito Cano, 1792, 3 tomos, 4.°, y en Barcelona, por Bernardo Pla, también en 3 tomos, 4.°, y los *Sermones* panegíricos, en Barcelona por el citado Pla, 1800, 3 tomos, 4.°

Todas sus Pastorales, Edictos y Mandatos se publicaron después de su muerte con este título: *Colección de las Obras del Ilmo. señor D. José Climent,* etc. Madrid, Imp. Real, 1788, 3 tomos, 8.°

(1) Alude á los *Rudimentos de gramática castellana,* que por encargo suyo compusiera el Dr. D. Salvador Puig, capellán mayor del Palau y catedrático de Retórica del colegio episcopal.

autoridades, símiles, y de los demás adornos retóricos, y, por consiguiente, compuestos con un método ó estilo que viene á ser un medio entre el de los franceses y el de los italianos; y, á mi entender, muy semejante al de San Juan Crisóstomo y muy acomodado al genio de nuestra nación.» (1)

V—SILVA LOCORUM QUI FREQUENTER IN CONCIONIBUS OCCURRERE SOLENT, *omnibus divini verbi concionatoribus, necnon variarum lectionum studiosis non minus utilis quam necessaria, in qua tum veterum Ecclesiæ Patrum, tum philosophorum, oratorum et poetarum egregia dicta, aureæque sententiæ cuilibet sermonis instituto aptissime copiose leguntur.* Consta de tres partes: 1.ª *Loca quæ, tum ad Deum Optimum Maximum, tum ad diversa genera personarum et statuum pertinent.* 2.ª *De vitiis et virtutibus oppositis.* 3.ª *De Beatitudinibus et Donis et Sacramentis aliquot, deque quatuor novissimis, ac de quibusdam aliis.*

Dedicóla el autor en elegante epístola nuncupatoria al Sr. D. Antonio Zapata y Cisneros (1550-1635), canónigo de Toledo, obispo más tarde de Cádiz y Pamplona, y arzobispo de Burgos, cardenal del título de Santa Cruz de Jerusalén, virrey de Nápoles y consejero de Estado. El Papa Gregorio XIII se dignó felicitar al autor por su obra, la cual no

(1) Tuvo la Retórica de Granada tal aceptación que en solos diez años, desde 1770 á 1780, se hicieron y despacharon cinco numerosísimas ediciones. He visto la tercera y la quinta, ambas publicadas en Barcelona, imp. de Juan Jolís y Bernardo Pla, 1775 y 1778, 4.º

La Biblioteca *La Verdadera Ciencia Española* ha publicado recientemente otra edición, Barcelona, imp. de la V. é H. de Subirana, 1884, 2 tomos.

Vertió esta obra al francés el citado Nicolás José Binet, París, por José Villette, 1698, 8.º

es más que una larga hilera de textos sacados de los Santos Padres y principales filósofos, referentes á Dios, á la virtud y á la felicidad, comentados con abundante y selecta erudición, para proporcionar materia y citas á los predicadores. (1)

VI—Collectanea moralis philosophiæ. Erudita, copiosa é interesante miscelánea. Consta de tres tomos: el 1.º abraza las sentencias más escogidas que contienen las obras de Séneca; el 2.º las que andan diseminadas en los opúsculos morales de Plutarco, y el 3.º comprende los dichos de los más insignes príncipes y filósofos antiguos. (2)

VII—De officiis et moribus episcoporum. Es una instructiva homilia dedicada al Rdmo. Sr. D. Juan Rivero, obispo de Badajoz, acerca de las palabras *Simon Joannis ¿diligis me plus his?... Pasce agnos meos* (San Juan, XXI, 15), con que Jesucristo quiso cerciorarse por tres veces distintas del amor que ardía en el pecho del animoso discípulo, para confiarle el cayado pastoral sobre los corderos y las ovejas de su rebaño. Había predicado Fr. Luís acerca de este asunto, con la brevedad propia de la fiesta, en la consagración episcopal del Ilmo. Sr. D. Antonio Pinario, electo obispo de Miranda, y deseando tratarlo con mayor amplitud, ordenó la presente obrita dividida en tres partes. En la 1.ª inquiere si debe ser

(1) Cuatro ediciones se publicaron en Lyón, 1582, 1586, 1587 y 1592, 8.º, todas en casa de Pedro Landry; una en Salamanca, por los herederos de Matías Gast, 1586, 4.º, y otra en Venecia, por Bernardo Junta, 1586, 4.º, que es la que me ha servido de consulta.

(2) Se imprimió por primera vez en Lisboa, año de 1571, por Francisco Correa, en tres elegantes tomitos, en 8.º En París se reimprimió por Guillermo Chaudière, 1582, 8.º Bajo el título de *Loci communes philosophiæ moralis* dióse á luz en Colonia, año de 1604.

el más digno aquel que se elige por Pastor. En la 2.ª estudia las cualidades que deben adornar al elegido para ejercer cual cumple su oficio. Y en la 3.ª indaga, porque siéndole necesario tan rico caudal de virtudes, el Señor, haciendo caso omiso de las otras, exige á S. Pedro, príncipe de los Pastores, solamente la caridad, primera, segunda y tercera vez? (1)

III

Entre los conspicuos ingenios, timbre de la humana raza, Fr. Luís ha sido uno de los que han dejado más indelebles vestigios de su paso por la tierra, y cuya memoria se evoca siempre con predilección y simpatía. Los áureos libros que trazara su docta pluma, atraviesan las edades, señoreando entendimientos y cautivando corazones, y mereciendo unánime aplauso y elogio. Séame permitido, para enaltecer y glorificar más al eminente hablista, citar los más principales que le han tributado: 1.º Los varones afiliados á las Órdenes religiosas; 2.º Los Reyes, los altos dignatarios de la Iglesia y del Estado, los Santos y el Pontífice; 3.º Los historiadores, nacionales y extranjeros, de la literatura española, y 4.º Los críticos y literatos no historiadores.

* * *

Grande y particular estima han profesado los jesuitas al insigne escritor y á sus preclaros trabajos literarios. El Padre

(1) Se imprimió en Lisboa por Francisco Correa, 1565, 16.º Vertida al francés, se publicó en París por Federico Leonard, 1670, 8.º

Juan de Torres, natural de Medina del Campo, en su erudito libro *Philosophía moral de Príncipes para su buena crianza y gobierno y para personas de todos estados*, al tratar de la frecuencia de sacramentos que debe tener el príncipe, dice así: «Hay muchos libros que escriben de esto. El que más acaso pienso que le hará, y más le puede ayudar en esta parte, es el Memorial del muy religioso, devoto y docto varón el P. Fr. Luís de Granada, luz y espejo de nuestros tiempos, cuyas obras, no sólo valen para las personas espirituales y dadas al servicio de Dios, pero también son maravillosas para los muy sumidos en el océano del mundo, por cuyos escritos grandísima cantidad de almas se han reducido al conocimiento de la verdad, y salido del miserable abismo de pecados donde estaban sepultadas, viviendo vida concertada, con edificación de muchos.» (1)

El P. Francisco Escrivá († 1617), discípulo en Alcalá del celebrado humanista é historiador Ambrosio de Morales, canónigo de Valencia y luego jesuita, en la *Vida del Illustrísimo y excellentísimo Señor Don Juan de Ribera, patriarca de Antiochía y arçobispo de Valencia*, del cual fué confesor, consultor é íntimo amigo, al tratar de la predicación de este santo prelado, dice: «Pero, porque podría decir alguno que soy testigo apasionado, y que la afición y pasión me hace decir lo que digo, quiero presentar otro testigo de tanta autoridad y verdad, como todo el mundo sabe: el P. Maestro Fr. Luís de Granada, varón tan sabio, tan prudente, tan

(1) Lib. II, cap. X: *Que se dé noticia al cristiano Príncipe de los siete sacramentos*. Vid. tomo I, pág. 93 de la edic. de Barcelona, por Sebastián Cormellas, 1598, en dos tomos, fol. Existen también dos ediciones hechas en Burgos por Juan Bautista Varesio, 1596 y 1602, ambas en fol.

elocuente, tan santo, como sus obras lo testifican y predican.» (1)

El P. Bernardino de Villegas, catedrático de prima de teología en el colegio de S. Esteban de Murcia, autor de los *Soliloquios divinos*, panal de rica miel para el alma devota, en *La Esposa de Christo instruida, con la vida de Santa Lutgarda virgen, monja de S. Bernardo*, llama á Fr. Luís, «gran maestro de la vida espiritual, que santificó la lengua castellana con sus divinos escritos, y á quien tanto debe la Compañía de Jesús.» (2)

El P. Pedro de Rivadeneira (1527-1611), uno de los prosistas más dulces, halagadores y amenos de nuestro siglo de oro, sometía gustosísimo sus libros á la censura de Fr. Luís, (3) reconocida entonces como la de mayor prestigio y valer.

El P. Martín de Roa († 1617), pulcro y elegante escritor

(1) Cap. XVIII: *Pruébase como fué docto y doctor*, pág. 150. Vid. edición de Valencia, trabajada en casa de Pedro Patricio Mey, 1612, en 4.° Fué muy estimada esta obra. Vertida al italiano, se imprimió en Roma por Antonio Rossi, 1696, en 4.° mayor, con el texto castellano é italiano, á dos columnas.

Es autor el P. Escrivá de los famosos *Discursos sobre los cuatro Novísimos* (Valencia por el citado impresor, 1604, 1609 y 1615, tres tomos folio, á los cuales se añadió otro que contiene el *Discurso de los estados* (Ibid. por Juan Crisóstomo Garriz, 1613, 4.°). Su madre, D.ª Ángela Mercader y Zapata, fué una de las mujeres más eruditas que ha producido España.

(2) Cap. XXVIII, pág. 337. Vid. edic. de Murcia por Juan Fernández de Fuentes, 1635, en 4.° Hay otra edic. hecha en Madrid por Teresa Junti, imp. real, 1625, 4.°

(3) En términos honrosísimos concede á Rivadeneira la ejecutoria de nobleza literaria. Véanse las tres cartas escritas por Fr. Luís desde Lisboa, dos en 23 de Junio y 28 de Julio de 1584, y una en 13 de Agosto de 1588. Las primeras anteceden á la *Vida del Padre Ignacio de Loyola*, y la segunda á la *Historia del cisma de Inglaterra*, carta que con mal acuerdo se ha omitido en las varias ediciones hechas después de 1604.

del siglo de oro de la literatura española, cita siempre á Granada con gran veneración. En la *Vida de D.ª Ana Ponce de León, condesa de Feria*, que permanecerá siempre como modelo de locución limpia y castiza, hablando de la particular estima que profesaba aquella devotísima señora á Fray Luís, dice: «Para este fin (es decir, para prodigar los consuelos de la religión á su hijo moribundo) trajo consigo, no sólo al P. M. Ávila, consuelo único suyo, y luz de todo su estado, sino también al Padre Fr. Luís de Granada, de cuya santidad y letras se valía también en sus ocasiones.» (1)

El P. Juan de Mariana (1536-1623), renombrado y clásico historiador de nuestra patria, con elocuente concisión llama en su *Historia de España* á Fr. Luís de Granada, «persona muy señalada en letras y devoción.» (2)

Y no sólo los jesuitas españoles, sino los extranjeros rivalizan en el elogio de Fr. Luís de Granada.

El P. Antonio Possevino (1534-1612), natural de Mantua, en su eruditísimo *Apparatus sacer*, mina inagotable de noticias con respecto á escritores eclesiásticos, dice: *Ludovicus Granatæ, Hispanus, Ordinis Prædicatorum, Theologus summè pius, Orator et Ecclesiastes insignis, suis operibus Christi Ecclesiam ita ditavit, ut uberrimos fructus in animis cujuslibet eos versantis ediderit.* «Fr. Luís de Granada, español, de la Orden de los Predicadores, teólogo sumamente pio y orador insigne, dejando tan rico tesoro con sus obras

(1) Lib. II, cap. I, pág. 50. Vid. la edic. de Madrid, imp. de José de Rojas, 1883.

(2) Tomo II, pág. 406 de las *Obras del P. Juan de Mariana* (Madrid, 1854), en la *Biblioteca de Autores españoles*, publicada por Rivadeneyra.

á la Iglesia de Cristo, produjo copiosísimos frutos en cuantos apacientan á menudo su espíritu en ellas.» (1)

El P. Francisco Sacchino (1570-1625), historiador italiano, secretario por espacio de siete años del P. Vitelleschi, general de la Orden, en la *Historia Societatis Jesu*, con elegante y culto estilo trazada, llama á Fr. Luís, *inclyti religione et litteris viri*, «varón esclarecido por su piedad y sabiduría.» (2)

Á todos los hijos de S. Ignacio aventaja en celebrar los méritos de Fr. Luís, el docto jesuita flamenco, P. Andrés Scoto (1552-1623), apologista de nuestra cultura intelectual. En su obra *Bibliotheca hispana*, dice: *...Si ingenium ac scripta celebrare velim, tempus citius quam oratio deficiet. Itaque, quod de Cartagine Salustius: silere præstat quam pauca dicere; idem ego de laudato hoc viro jure dixero...*

Hispanicè vero scripsit; quo in sermone adeo disertus cum omnium admiratione sic excelluit, ut oraculum sit ævi sui habitus, longèque á plurimorum vitiis recesserit, qui partim arabicis, partim poeticis vocibus, affectando sublime nimis dicendi genus, orationem contaminant. Plerique etiam nunc Coloniæ Agrippinæ latinè redditi libri, ut et italicè, germanicè, gallicè, anglicè, et alibi, ob eloquentiam singularem ac pietatem cupidè legantur. Princeps emim si-

(1) Tomo II, pág. 38. Vid. la edición de Colonia, por Juan Gimnico, 1608, dos tomos, fol.

(2) Parte 2.ª, lib. VII, n.º 112, edic. de Angers, 1620. Compuso la 1.ª parte (1515), que abraza la vida y hechos del santo fundador, el P. Nicolás Orlandino; la 2.ª, 3.ª, 4.ª, y el primer tomo de la 5.ª, las cuales comprenden lo acaecido durante el generalato de Laínez, San Francisco de Borja y Mercuriano, y del P. Claudio Aquaviva en los primeros años de su gobierno, corrieron á cargo del P. Sacchino, quien sólo dió á luz la 2.ª La última, que dejó sin concluir, fué terminada por el jesuita francés Pedro Poussin.

ne controversia in asceticis, seu spiritualibus mentis exercitationibus, ac meditandi ratione, atque in amplificandi arte regnat...

Hic unus certè inter cæteros decus et ornamentum, non familiæ modo dominicæ, sed et hispanicæ gentis, sive pietatem spectes, qua enituit, sive eloquentiam, qua æquales omnes vicit jure censeatur.

«Si me place enaltecer el ingenio y los escritos de Fr. Luís, me faltará antes tiempo que materia para el discurso. Y así lo que dijo Salustio de Cartago: «mejor es callar que hablar poco;» lo mismo diría yo justamente de un varón tan alabado de todos.

»Escribió en español, y tan diserto se mostró que los coetáneos admirados le proclamaron oráculo de su siglo. Se alejó Fr. Luís, cuanto pudo, de la detestable costumbre de muchos escritores, en empedrar de arabismos y voces poéticas la oración, á fuerza de querer comunicar sublimidad y magnificencia al estilo. Léense con avidez, por la singular elocuencia y piedad de que rebosan, muchos de sus libros (de Fr. Luís), vertidos ya, no sólo al latín, en Colonia, sino también al italiano, alemán, francés é inglés, y en otras lenguas. De común acuerdo le apellidan los humanos príncipe de la Ascética, ó sea en la manera de discurrir espiritualmente la mente y en la enseñanza y práctica de la meditación, y no hay nadie que le niegue la primacía en el arte de amplificar los conceptos.

»Con preferencia á los demás ingenios debe justamente ser tenido Fr. Luís por timbre y ornamento, no sólo de la familia dominicana, sino de la nación española, ya se considere la piedad, en que resplandeció, ya la elocuencia, en que no admite rival entre los de su tiempo.»

La Orden de Santo Domingo, madre fecundísima de grandes sabios y de grandes santos, que ha criado y educado á su seno á Alberto Magno, el más omnisciente de los humanos; á Santo Tomás de Aquino, el águila de la Teología, y la inteligencia que por su tranquilo brillo y celeste serenidad se aproxima más al Verbo de Dios; á S. Raimundo de Peñafort, el creador del Derecho canónico; á S. Antonino de Florencia, el primer moralista que mereció el dictado de «angel de los consejos;» á Vicente de Beauvais, el más grande compilador de su época; á Catalina de Sena, lucero de la mística y consejera de Pontífices y Reyes; á Melchor Cano, el príncipe de los teólogos españoles y el primer tratadista de esta Facultad; á Pedro Soto, el restaurador de las antiguas Universidades europeas, y á su hermano Domingo, del cual se decía en las aulas españolas: *Qui scit Sotum, scit totum;* á Francisco de Vitoria, Domingo Báñez y Bartolomé de Medina, lumbreras de la ciencia sagrada; y en tiempos más recientes, al gran Lacordaire, elocuentísimo cantor de las grandezas de la fe; al cardenal Zigliara, eximio restaurador y adalid de la filosofía escolástica, y á los preclaros hijos de nuestra pátria, Fray Manuel García Gil, digno sucesor de los Braulios y Valerios en la sede césaraugustana, y luz del Concilio Vaticano, P. Ceferino González, inmortal filósofo y publicista que ocupa hoy la sede de S. Isidoro, y Fr. Ramón Martínez Vigil, obispo de Oviedo, elegante y castizo orador sagrado y docto cultivador de las ciencias naturales; la Orden de Santo Domingo, á pesar de poseer tan copioso número de varones esclarecidos, que ciñeron de laureles su brillante corona, miró siempre con singular predilección y cariño á su hijo Fr. Luís, y colmó de elogios á sus libros y á sus virtudes. Y es que los escritos del venerable granadino no se asemejan á las pro-

ducciones de ningun escritor; constituyen, por decirlo así, una literatura aparte, que es estímulo de la fe, alimento de la piedad, vigor de sanos, fortaleza de débiles, luz para el entendimiento, fuego para la voluntad, escuela de perfección y norte de la vida. ¿Causará, pues, extrañeza que los hijos de Domingo de Guzmán, comprendiéndolo así, profesen cordialísima devoción á estos escritos y rindan incesante homenaje de alabanza á su autor?

Sea el primer elogio un dicho muy celebrado de Fr. Miguel Rosel, insigne predicador granadino, el cual decía con tan general aplauso, como profundidad y razón, «que así como Santo Tomás había venido al mundo para alumbrar los entendimientos de los hombres, Fr. Luís había venido para encender la voluntades.» (1)

Fr. Jerónimo Joannini, natural de Bolonia, fué el primero que dió especial honra á Fr. Luís, escribiendo puntual

(1) «Y esta elevada misión que le reconoció todo su siglo,—dice D. Alejandro Pidal, esclareciendo este pasaje de Rosel, con la habitual perspicacia de su talento y la magia de su estilo,—obedece, por otra parte, también al plan de la economía divina en la Historia. Pues si fué admirable providencia de Dios que el *Ángel de las Escuelas* dictase los cánones de la verdad científica en la Italia y la Francia del siglo XIII, en la época de mayor desarrollo intelectual de la Cristiandad, cuando, dada al sutil ejercicio de la dialéctica, entraba por primera vez en posesión de los monumentos de la antigüedad, pervertidos por los comentarios de los árabes, en los albores del Renacimiento filosófico, cuando apuntaban los gérmenes de la protesta y comenzaba la emancipación y la secularización de la sociedad, pasados los siglos de hierro, no fué menor que la palabra del *Ángel de la Elocuencia* resonase potente en la España y el Portugal del siglo XVI, en pleno renacimiento literario y artístico, verificado ya el cisma de la Cristiandad por la Reforma, entre judíos y moriscos, y cuando América, catecúmeno de Europa, pedía las enseñanzas de la revelación sobre el espíritu, en cambio de la revelación de sus maravillas sobre la naturaleza.» Vid. el *Discurso* citado en la nota de la pág. 20.

y menudamente su *Vida*, la cual precede al *Memorial de la Vida cristiana*, traducido por él al italiano. (1)

El P. Juan de Marieta († 1611), natural de Vitoria, muy diligente escrutador de la antigüedad, escribió igualmente la *Vida del venerable P. Luís de Granada* (2), y además la *Historia eclesiástica de todos los Santos de España*, en la cual llama á Fr. Luís, «hombre célebre y doctísimo en todas letras, Filosofía, Teología escolástica y moral, y Sagrada Escritura, y en la predicación muy célebre y provechoso, y en las costumbres muy compuesto.» (3) «Por mucho que yo quiera encarecer el valor y provecho que este gran Doctor ha hecho en todo el mundo, quedaré corto.» (4)

El P. Francisco Diago († 1615), cronista de la Orden en la provincia de Aragón, por nombramiento de Felipe III, biógrafo de S. Vicente Ferrer, de S. Raymundo de Peñafort y de los Beatos Humberto de Romans y Pedro de Luxemburgo, escribió largamente, ayudándose de Fr. Francisco de Olivera, (5) compañero y amigo del grande hablista, la *Historia de la vida ejemplar, libros y muerte del insigne y célebre Padre Maestro Fr. Luís de Granada, de buena memoria*, hablando de su persona con la veneración y estima que era justo. (6)

---

(1) Se imprimió en Venecia, 1595, 4.°

(2) Se dió á luz en Madrid, por Juan de la Cuesta, 1604.

(3) Lib. XIV, que trata de los Doctores de España.

(4) Lib. XXI, cap. L. Véase la edic. de Cuenca, por Pedro del Valle, 1596, cuatro tomos, en fol.

(5) Dejó MS. una *Relación de la vida y de las cosas del V. Padre Fr. Luís de Granada;* apuntes, que no sólo utilizó Diago, sino cuantos biógrafos de Fr. Luís existieron en tierras de España y Portugal.

(6) Dióse á la estampa esta obra en Barcelona por Sebastián Cormellas, 1605, 8.° Púsola en latín M. M. (Colonia, en casa de Juan Kinckio, 12.°), y en francés, un religioso franciscano, cuyo nombre no ha

Fr. Hernando del Castillo († 1593), natural de Granada, predicador y consejero íntimo de Felipe II, al hablar de la fundación del Colegio de S. Gregorio de Valladolid, en la *Segunda parte de la Historia general de Santo Domingo y su orden de Predicadores,* celebra con afectuosas expresiones las virtudes y escritos de Fr. Luís. (1)

El P. Juan López Caparroso († 1631), obispo de Monopoli, traza la biografía de Fr. Luís en la *Quarta parte de la Historia de Santo Domingo y su orden de Predicadores,*

---

llegado á mi noticia. Ignoro también el lugar y fecha de la impresión.

El laborioso cronista dominicano, además de las biografías citadas, publicó obras tan importantes como las siguientes: *Historia de la provincia de Aragón, de la orden de Predicadores, desde su origen y principio hasta el año mil seiscientos* á instancias del provincial Fray Jerónimo Bautista de Lanuza, famoso predicador, elegido más tarde obispo de Barbastro y Albarracín (Barcelona, por Sebastián Cormellas, 1598, fol); *Catálogo de los obispos de Gerona* (Figura al frente de la colección de sinodales, reunida y compilada por D. Francisco Arévalo de Çuaço, obispo de Gerona, (Barcelona, 1606); *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona* (Barcelona, por Sebastian Cormellas, 1603, fol.), y los *Anales del reino de Valencia,* los cuales abrazan desde los primeros pobladores hasta la muerte del rey D. Jaime el Conquistador (Tomo I, Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, 1613, fol., tomo II, MS.)

(1) Vid. edición de Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1587. Existen otras ediciones: la primera parte se imprimió en Madrid por Francisco Sánchez, 1584, fol.; la segunda en Valladolid, por Diego Fernández, 1592, fol. Y en 1612 se publicaron ambas partes en esta ciudad, por Francisco Coello y Antonio Fernández, 2 tomos, fol.

Tradujo la primera al italiano Fr. Timoteo Botón de Perusa (Venecia, por Junti, 1589; Palermo, 1626, fol.; en esta capital salió mejorada con oportunas notas y adiciones por Fr. Jacinto de Génova); y vertieron la segunda al mismo idioma, el citado Fr. Jacinto (Palermo, por Francisco Ciotti, 1626, fol.) y Felipe Pigafetta (Florencia, por Felipe Junti, 1596, folio). El P. Juan López, que continuó la Historia principiada por Fr. Hernando, dice en el *Prólogo de la Tercera parte,* que las dos que éste escribió, fueron traducidas al francés. No poseo más datos de esta versión.

y ensalza sus merecimientos en la esfera moral y en la literaria. (1)

Fr. Jerónimo Bermúdez, en un poema, MS. todavía, que llamó *Hesparoida en alabança del duque de Alba, D. Fernando*, escrito primero en latín, y luego traducido por el mismo en verso suelto castellano, llama á Fr. Luís: *el famoso de Granada, honra de Hesperia, lámpara del mundo*, y que, merced á él, reverdecieron los lauros de aquella centuria dorada de las letras latinas, en que florecieron los próceres de la Iglesia cristiana, S. Basilio, S. Gregorio Nacianzeno, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo y S. Agustín.

Fr. Alonso de Ribera, natural de la ciudad de Toro, en la erudita *Historia sacra del Santísimo Sacramento contra las heregías de estos tiempos*, llama á Fr. Luís *Doctor de la Iglesia*, título gloriosísimo que enaltece por extremo su memoria. (2)

Fr. Luís de Sousa († 1632), biógrafo de Fr. Bartolomé de los Mártires, calificado como uno de los más aventajados escritores del puro y castizo estilo portugués, en la *Historia de S. Domingos particolar do reyno e conquistas de Portugal... reformada em estilo e ordem, ampliada em sucessos e particularidades*, dice: «Confieso que, para escribir del P. Fr. Luís de Granada, me acontece lo mismo que Marco

(1) Lib. III, caps. XXV hasta el XXXI inclusive, desde la pág. 614 á la 638. Vid. edición de Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba, 1615, fol.

(2) Tratado XIV, § III, págs. 181 y 182. Vid. edición de Madrid, por Luís Sánchez, 1626, fol. Con foliación distinta se inserta al final de esta obra, un *Tratado* escrito por Fr. Alonso, *de las alabanças y excelencias del gran Patrón del reino y ciudad de Nápoles, el Angélico Teologiarca, Santo Tomás de Aquino, de la Orden de Predicadores, Doctor quinto de la Iglesia y singularísimo defensor de este altísimo Sacramento.*

Tulio afirmaba sucederle, cuando quería hablar en público. Él temblaba; á mi se me cae el corazón y la pluma, y las manos se tornan paralíticas. Porque escribir maravillas de varones poco conocidos en el mundo, por grandes que ellas sean, es obra de gusto más que de trabajo; mas hablar de quien está celebrado por todas las provincias y naciones del mundo, no sólo por las ajenas, sino mucho más por la suya propia, temo no salir airoso en mi empresa, y queden por culpa mía oscurecidas sus relevantes prendas.» (1)

Fr. Antonio de la Concepción († 1585), llamado de Sena por la devoción que profesaba á Santa Catalina, hija de esta ciudad, ilustre en los fastos del cristianismo por la gloria que le reporta tal filiación, en el *Chronicon Fratrum Ordinis Prædicatorum*, llama á Fr. Luís: *Dei præco insignis et vitiorum lima admodum severa, cujus fama exteras etiam nationes replet ob doctrinæ, facundiæ et vitæ integerrimæ præstantiam et in concionando ubertatem et gratiam.* «Pregonero insigne de Dios, lima de los vicios severísima... cuya fama llena también las naciones extrangeras, por la excelencia de su doctrina, la elocuencia de su palabra y la integridad de sus costumbres»; y en la *Bibliotheca Fratrum Ordinis Prædicatorum*, le apellida: *Vir oratoriæ artis exactissimè peritus, in aliis sæcularibus litteris plenè doctus; in sacris verò et in scholastica doctrina non vulgariter*

(1) Vid. el *Preámbulo* que antecede á la biografía de Granada. Consta esta *Historia* de tres partes. La primera, viviendo todavía el autor en el convento de Benfica, se dió á la estampa en este pueblo por Gerardo de Vinha, 1623, folio; la 2.ª se imprimió después de su muerte, Lisboa, 1662, fol., haciendo de director Fr. Antonio de la Encarnación, de la misma Orden, quien puso al frente algunos datos biográficos del P. Sousa, y la 3.ª se dió á luz en Lisboa, por Domingo Caneiro, 1678, fol.

versatus, sed et divini verbi Ecclesiastes insignis, vita etiam probatissima conspicuus. «Varon en el arte oratoria exactisimamente erudito; en letras humanas plenamente docto, no vulgarmente versado en las sagradas y en la doctrina escolástica, y de la palabra de Dios predicador juntamente insigne, como resplandeciente en aprobadísima vida.» (1)

Fr. Alonso Fernández, laborioso historiador placentino, en la *Notitia scriptorum predicatoriæ familiæ*, llama á Fr. Luís de Granada: *Vir omnibus numeris absolutus,* (2) *ingenio maximo, judicio acerrimo, excellenti memoria, prudentia singulari; innocentia et vitæ sanctimonia admirandus; modestia, affabilitate, mansuetudine, morum suavitate supra quam dici potest, amabilis... Non tantum in Theologia et sacris litteris, sed et in Patrum cognitione consummatus evasit... Ecclesiastes insignis, suis operibus Christi Ecclesiam ita ditavit, ut uberrimos fructus in animis cujuslibet ea versantis ediderit.* «Varón poseedor de todas las buenas cualidades, de supremo ingenio, juicio en extremo perpicaz, excelente memoria, prudencia singular; admirable en la inocencia y santidad de su vida, y por la modestia, afabilidad, mansedumbre, suavidad de costumbres, sobre cuan-

(1) Vide para ambas obras la edición de París, por Nicolás Nivellio, 1585, 8.° Andan las dos en un tomo. Se titulan de esta manera:

Chronicon Fratrum Ordinis Prædicatorum, in quo tum res notabiles, tum personæ doctrina, religione et sanctitate conspicuæ, ab exordio ordinis ad hæc usque nostra tempora, complectuntur.

Bibliotheca Ordinis Fratrum Ordinis Prædicatorum, virorum inter illos doctrina insignium nomina, et quæ scripto mandarunt opusculorum titulos et argumenta complectens.

La 1.ª está dedicada al rey de Portugal y de los Algarbes, y la 2.ª á sus hijos D. Manuel y D. Cristóbal.

(2) No puede ser ya más expresivo el elogio contenido en esta frase, tomada de Plinio, pues nos revela la cumplida perfección intelectual y moral de Fr. Luís, cual cabe en un simple mortal.

COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS GRANADA

to puede decirse, amable... No sólo en Teología y las Sagradas Letras, sino también en el conocimiento de los Padres de la Iglesia salió varón consumado... Predicador insigne, legó tan rico tesoro á la Iglesia de Cristo con sus obras, que han producido copiosos frutos en la mente y corazón del asiduo lector.» (1)

Fr. Vicente Justiniano Antist (1544-1599), prior del convento de Valencia, su patria, maestro en Sagrada Teología, y biógrafo de S. Vicente Ferrer, S. Luís Beltrán y S. Pedro González Telmo, entre otras, escribió una obrita, titulada: *Pro Divæ Catherinæ Senensis imaginibus dilucida, brevisque expositio,* y en la dedicatoria al cardenal Fr. Miguel Bonelo Alejandrino, refiriendo la benévola acogida que dispensaron á este tratado las personas doctas, dice: *Ejus enim lectionem eruditis omnibus placuisse, scripserunt ex nostris Ludovicus ille Granatensis, sacrorum hujus memoriæ oratorum Demosthenes.* «Que su lectura gustó á todos los eruditos, lo escribieron de los nuestros aquel Fr. Luís de Granada, Demóstenes de los oradores sagrados de que hay memoria». (2)

---

(1) Págs. 394, col. 1.ª y 395, cols. 1.ª y 2.ª Esta obrita va al final de la *Concertatio prædicatoria, pro Ecclesia catholica contra hæreticos, gentiles, judæos et agarenos, per epitomen in annales distributa.* Vid. edición de Salamanca, por Diego de Cusio, 1618, fol.

(2) Fr. Vicente escribió primero esta obra en castellano y publicó en Valencia, imp. de la viuda de Pedro de Huete, 1583, 8.°, y el mismo año se dió á la estampa en Barcelona, y luego en otras partes. Después la tradujo al latín é ilustró con nuevos argumentos, Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1597, 8.°, y Amberes, en la imp. de Plantino y Moreto, 1611, 8.° En esta última edición va continuada al fin de la obra *De reformatione religiosorum,* de Fr. Juan Nyder, dominico alemán.

El jurisconsulto valenciano, Dr. D. Pedro Agustín Morlá, dice ser la obrita de Fr. Vicente, *disputalio sapientissima atque piissima.* Vide

Fr. Luís de León (1527-1591), el fluido y regalado autor de *Los Nombres de Cristo* y de *La perfecta casada*, y sabio expositor del *Libro de Job* y del *Cantar de los cantares*, el primero de nuestros líricos, el ingenio más benemérito del habla castellana, y «el alma tal vez más hermosa que ha atravesado el suelo de España» (1), dice, que Dios concedió á Granada el don de la elocuencia cristiana. Se complacía muchísimo en leer sus obras, no teniendo reparo en escribir á su amigo, el celebérrimo Benito Arias Montano (1527-1598), gloria y prez de la extremeña tierra, que más le aprovechó esta lectura para aprender con solidez y precisión la ciencia de Dios, que cuantos libros de Teología escolástica había estudiado en largo tiempo, y, por ende, á tales escritos quería acudir siempre, para ilustrar y fortalecer su espíritu.

El P. Juan Márquez (1564-1621), de la Orden de San

Epist. nuncupatoria (pág. 4), que antecede al *Emporium utriusque juris quæstionum, in usu forensi admodum frequentium. Prima pars.* Valencia, por Álvaro Franco y Diego de la Torre, 1599, fol.

Todos los cronistas é historiadores elogian el saber del dominico valenciano. Fr. Alonso Fernández en la *Notitia scriptorum predicatoriæ familiæ*, ya citada, pág. 438, col. 2.ª, dice de él: *In Aristotelis, scholasticaque doctrina versatus, et in evolvendis annalibus et rerum antiquarum monumentis, vix nostra ætate ulli solertia et sedulitate conferendus.*

Merece especial mención el *Tratado de la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima Nuestra Señora*, que hizo sudar los tórculos muchas veces. Se imprimió en Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1593, 8.°; en Huesca, por Miguel Petillas, 16.°; en Madrid, por Luís Sánchez, 1615, 8.°; en Sevilla, por Gabriel Ramos Vejarano, 1615, 4.°, y en esta ciudad de Palma, por Gabriel Guasp, 1616, 8.° Hay una segunda edición en 8.°, sin nombre de impresor ni año. Lo tradujo al francés Antonio Tomás, París, por Juan Bautista Cussón, 1706, 12.°

El Dr. Morlá, en la *Epístola* antes citada, pág. 6, llama á este tratado, *defensio omnium eruditissima nitidissimæ Virginis.*

(1) P. Miguel Mir, S. J. *Discurso de recepción en la Real Academia española*, el día 9 de Mayo de 1886. Vid. pág. 36, edición de Madrid, tipografía de los Huérfanos, 1886.

Agustín, predicador de Felipe III y catedrático de vísperas de Teología en la Universidad de Salamanca, calificado por la crítica como uno de los primeros escritores del elegante y culto estilo castellano, nunca seco ni cortado, sino jugoso y fluido, en su *Origen de los Frayles Ermitaños de la Orden de S. Agustín, y su verdadera institución, antes del gran concilio Lateranense,* entre los autores que cita para probar que Santa Clara de Montefalco fué religiosa agustina, se vale de la autoridad de Fr. Luís, con estas encomiásticas palabras: «El P. M. Fr. Luís de Granada, de la Orden del glorioso Patriarca Santo Domingo, hombre de rara virtud y letras, en la primera parte al Símbolo de la Fe. La grande opinión de este autor se echa de ver en la aprobación general de toda la Cristiandad, y en la satisfación que tenía de él el Papa Gregorio XIII, que se conocerá por una carta que le escribió, agradeciéndole sus trabajos.» (1)

Fr. Diego de Yepes (1529-1613), castizo escritor jeronimiano, confesor de Felipe II y obispo de Tarazona, en la *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús, madre y fundadora de la nueva reformación de la Orden de los Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Carmen,* por la cual mereció la palma clásica, en el catálogo, que pone al principio, de personas ilustres que aprobaron el espíritu de la seráfica Madre, cuenta entre ellas al P. M. Fr. Luís de Granada, estimando su juicio en materia tan grave. (2)

(1) Cap. XXV, § I, pág. 412. Vid edición de Salamanca, imp. de Antonia Ramírez, viuda, 1618, fol.

(2) De esta obra se han publicado tres ediciones en Madrid, las

Fr. Juan de Jesús María (1564-1614), natural de Calahorra, general de los carmelitas descalzos en Italia, amigo y consejero de Paulo V y del cardenal Belarmino, sabio escritor ascético y expositor sagrado, en la *Instructio magistri novitiorum*, recomienda á éste las obras del P. Fr. Luís de Granada, al lado de las del P. Ávila, Pérez de Valdivia, Arias y Santa Teresa. (1)

* * *

Con la amistad y trato de Fr. Luís se honraron los poderosos reyes D. Juan III de Portugal (1521-1557), pacífico y religioso monarca, atento siempre á procurar el bienestar y sosiego de sus vasallos, y fundador de la Universidad de Coímbra; D. Sebastián (1557-1578), el malaventurado joven, que llevado del fervor de su mocedad y de las encendidas ansias de extender en África el nombre cristiano, sucumbió en la infausta batalla de Alcázar-Quivir, expirando con él una

---

de 1599 y 1614, ambas en 4.°, y la de 1785, por Plácido Barco López, 2 tomos, 4.°, que me ha servido de consulta. D. Eugenio de Ochoa publicó en 1847 (París, imp. de Baudry), el tomo I de las Obras escogidas de Santa Teresa de Jesús, precedidas de la *Vida*, escrita por el jeronimiano español. Es la primera obra con que inauguró el *Tesoro de escritores místicos españoles*, comprendida en el tomo 42 de la *Colección de los mejores autores españoles*, publicada bajo su dirección. Recientemente se ha dado á la estampa la obra del Padre Yepes en Valencia, 1876, imp. de Juan Guix, 2 vols., 8.°, y en Barcelona, Biblioteca clásica española, por Daniel Cortezo y C.ª, 1887, 2 tomos, 4.°

Existe una traducción francesa por Cipriano de la Natividad de la Virgen, París, 1643, y una italiana por Julio César Braccino, 4.° Ignoro el nombre del impresor y el año.

(1) Vid. edic. de París, 1611, 24.° Existe otra publicada en Colonia, 1613, 16.° Todas las obras de este autor, que, por cierto, rebosan piedad y erudición, se dieron á la estampa en esta ciudad, 1622, por Bernardo Gualtero, 3 tomos fol., y 1650, por Jodocio Kalcovio, en 4.°

dinastía de cinco siglos; el cardenal D. Enrique (1578-1580), fundador de la Universidad de Évora, quien hizo, según está ya declarado, (1) extraordinaria estima de las letras y virtudes de Fr. Luís, amoldando siempre su conducta, así en la esfera privada como en la pública, al dictamen de tan experimentado consejero; la reina D.ª Catalina, esposa de Don Juan III, la cual le ofreció el arzobispado de Braga, le confió, por haberlo rehusado, la elección del nuevo Pastor, y le otorgó presurosa las llaves del corazón, nombrándole su confesor; (2) Felipe II, á quien plugo visitar en su misma celda á Fr. Luís y platicar largo rato muy afable y llanamente con él; alimentaba su espíritu frecuentemente con sus escritos, y en vísperas de pisar los umbrales de la eternidad, todavía confortaban y recreaban su ánimo desfallecido, al ser leídos por su médico de cámara; (3) y la emperatriz D.ª María, hermana del rey católico, casada con Maximiliano, emperador de Alemania, la cual, mientras estuvo en Lisboa, habló y consultó repetidas veces á Fr. Luís.

---

(1) Pág. 31.

(2) Págs. 32, 33 y 34.

(3) «Estando su Majestad muy desvelado, le preguntó don Enrique de Guzmán, gentilhombre de cámara, si quería que le leyesen algún libro devoto, porque con esto solía en otras ocasiones dormirse; y habiéndole su Majestad respondido que sí, trajo al Dr. García de Oñate, médico de cámara de su Majestad (que era el que había de leer), entre otros libros, uno de Fray Luís de Granada, y hojeando para buscar capitulo, comenzó á leer uno, y prosiguiéndolo se halló metido en una lectura que trataba del tránsito de la muerte, donde Fray Luís de Granada declaraba las cosas que en aquel tiempo se representan á los enfermos y los consuelos y desconsuelos que se les ofrecen del amor de los hijos y otras cosas; y queriendo el dicho Dr. García de Oñate dejar aquella lectura para excusar de pesadumbre á su Majestad, tosió dos ó tres veces, que fué señal para el dicho Doctor de que

Señaladas muestras de veneración y estima recibió Fray Luís de los príncipes de la Iglesia. Entre ellos se distinguieron, el archiduque cardenal Alberto, gobernador de Portugal por el rey Felipe II, su tio; el cardenal Alejandrino, Fr. Miguel Boleno, sobrino de Pio V, y nombrado legado en los reinos de España, Francia y Portugal, con quien Fr. Luís sostuvo una larga correspondencia; el cardenal Riario, legado de Gregorio XIII, en Lisboa; el patriarca D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, quien escribía á menudo á Fray Luís, encomendábase á sus oraciones y le remitía considerables sumas de dinero, para que las distribuyese entre los pobres; el célebre obispo de Cuenca, D. Bernardo de Fresneda, de la Orden de S. Francisco; el de Novara, César Speciano, Nuncio apostólico en España, de quien se conserva una carta muy respetuosa y cordial, dirigida á Fr. Luís; el arzobispo de Braga, y luego de Lisboa, D. Rodrigo de Acuña, biógrafo de Fr. Bartolomé de los Mártires, y el obispo de Barbastro y Albarracín, Fr. Jerónimo Bautista de Lanuza,

---

no dejase aquella materia. Y otro día á la misma hora su Majestad le mandó al dicho Doctor que le tornase á leer y que fuese el mismo capítulo de antes, porque le había parecido muy bien, y que habiéndole buscado, no pudo topar con él tan presto, y su Majestad le mandó que lo dejase.» *Relación de la enfermedad y muerte del rey D. Felipe II*, apéndice, discurso segundo, en el tomo IV, pág. 312 de la *Historia de Felipe II, rey de España*, por Luís Cabrera de Córdoba (Madrid, Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª, sucesores de Rivadeneyra, impresores de cámara de S. M., 1876-1877).

Esta *Relación*, circunscrita solamente á la parte histórica, está tomada de un libro bastante raro, titulado: *Testimonio auténtico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la dichosa muerte del Rey N. S. don Felipe II, que santa gloria haya... Autor, su capellán el licenciado Fray D. Antonio Cervera de la Torre... dirigido al católico y potentíssimo Rey de las Españas y del Nuevo Mundo don Felipe III, nuestro señor. Con privilegio. En Madrid, por Luís Sánchez. Año 1600.*

prez del Instituto dominicano, quien consideraba á Fr. Luís, «tan elocuente en nuestra lengua vulgar, como Cicerón en la latina, y varón cuyo pecho era de Serafín.» (1) Aprobó además y recomendó sus obras, las cuales constituían su lectura favorita, gustando de nutrir con ella su espíritu, aun al tiempo de tomar el cotidiano sustento para el cuerpo.

Honraron y reverenciaron al gran escritor próceres tan ilustres, como el duque de Bejar, el príncipe de Melfi, Juan Andrea Doria, uno de los más expertos marinos de su tiempo, D. Juan de Austria, el héroe de Lepanto, sobresaliendo entre todos el duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, denodado campeón de la monarquía española, quien, en medio del estruendo de las armas y de las múltiples y graves tareas del gobierno, hurtaba los ratos que podía para leer las obras del venerado ascético, de las cuales costeó una espléndida edición, en catorce volúmenes, 8.°, trabajada en la famosa imprenta de Cristobal Plantino. Á Fr. Luís elige por confesor, y, asistido y confortado por él en la hora postrera, dirige su rumbo á las playas eternas. (2)

Pero, no sólo los más conspicuos varones de la Iglesia militante, sino hasta dos seres elevados hoy al supremo honor de los altares, dos lumbreras del Cristianismo, se hicieron

---

(1) Homilias sobre los Evangelios que la Iglesia santa propone los días de la Cuaresma (Barbastro, 1622, por Sebastián Matevad, 3 tomos, folio). Vid. tomo II, *Homil. 34, De los ministros enviados por los fariseos para prender á Cristo*, pág. 1575.

(2) Es un documento de alta doctrina espiritual, la sentida carta que dirigió Fr. Luís á la Duquesa viuda, en 15 de Diciembre de 1582, á raíz del fallecimiento del poderoso magnate.

lenguas en alabanza de Fr. Luís y de sus virtudes y escritos: me refiero á Santa Teresa de Jesús y á S. Carlos Borromeo.

De la primera es la siguiente carta, que, á falta de otro testimonio, bastaría ella sola para inmortalizar á Fr. Luís.

«Al venerable padre maestro,

FRAY LUÍS DE GRANADA,

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad, amén. De las muchas personas que aman en el Señor á vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su Majestad, por haberle dado á vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningún trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado, y ser mujer. Porque sin esta causa, la he tenido de buscar personas semejantes, para asigurar los temores, en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el señor don Teutonio (1) me ha mandado escribir ésta; á lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que vuestra paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor, que tengo dello gran necesidad, por andar con poco caudal, puesta en los

(1) Rigió la silla arzobispal de Évora y fué constante protector de la reforma carmelitana.

ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

»Entender vuestra paternidad esto, bastaría á hacerme merced y limosna, pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es, para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de vuestra paternidad sea muy larga. Plegue á su Majestad me haga esta merced, y vaya vuestra paternidad creciendo en santidad y amor suyo. Amén.

Indina sierva y súdita de vuestra paternidad.

TERESA DE JESÚS, *carmelita.*» (1)

---

(1) Carta LV, pág. 46. Vid. *Escritos de Santa Teresa,* añadidos é ilustrados por D. Vicente de la Fuente, catedrático de disciplina eclesiástica en la Universidad de Madrid, tomo 2.º Forman parte de la *Biblioteca de Autores españoles,* publicada por Rivadeneyra.

Esta carta es de fecha incierta, si bien opina fundadamente el respetable crítico, entusiasta admirador de la seráfica Doctora, que hubo de escribirse con posterioridad al año 1574.

El doctísimo aragonés, D. Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659), obispo de Osma, preclaro anotador de las cartas teresianas, pone á la transcrita el siguiente comentario, que cede altamente en honra de Fr. Luís:

«Esta carta es para el V. P. Maestro Fr. Luís de Granada, honra de la Religión sagrada de Santo Domingo y gloria de España, y aun de la universal Iglesia, que tanto puede alegrarse con un tan ilustre hijo. Su vida escribió la espiritual y discreta pluma del Licenciado Luís Muñoz, Ministro en el Consejo de Hacienda, y de excelente juicio y espíritu; y así, aquí sería supérfluo hablar de este Venerable varón, justamente venerable y reverenciado en todos los siglos. Sus Obras dicen sus virtudes, y las almas que ha llevado á Dios la fuerza eficaz que le comunicó la gracia divina á aquella elocuentísima pluma. De su alma se dice, que apareció á una persona de señalada virtud, con una capa de gloria sembrada de innumerables estrellas, y que le dieron á entender que eran aquellas las almas que había llevado á la gloria con sus santos escritos.» Vid. nota 1.ª, pág. 259, tomo VII de las *Obras* de Palafox, publicadas en Madrid, por Bernardo de Villa-Diego, 1669, fol.

Holgábase mucho S. Carlos Borromeo de leer los libros de Fr. Luís, y recogía afanoso la doctrina en ellos vertida para dar nueva fuerza y vigor á sus pláticas y sermones. De este aprecio existen pruebas harto notorias, no sólo en las afectuosas y continuas epístolas que le dirigía, cuyo contenido sería prolijo referir, sino en un pasaje de su obra más famosa y en el testimonio de sus principales biógrafos.

En las *Acta Ecclesiæ Mediolanensis*, al señalar los estudios necesarios al clero, así se expresa: *In concionibus autem sacris conscribendis et habendis, præclarè elucet pietas, doctrina et studium Reverendi patris Aloysii Granatensis, qui omnem ferè antiquam spiritualium exercitationum disciplinam, et scribendo, et concionando ad usum ita revocavit, ut ejus documenta et monumenta ad omnem piè christianoque more agendi laudem et imitationem insignia sint.*

Quamobrem illius concionum volumina, quæ Mediolani jussu nostro imprimi curatum est, unusquisque ecclesiastici ordinis homo, qui in concionandi munere versari debet, sibi paret atque habeat, duobus ad minimum mensibus postquam in lucem prodierint.

«En el ejercicio de la predicación y composición de sermones, se refleja bellamente la piedad, la sabiduría y el celo del Reverendo Padre Luis de Granada, quien de tal modo ha facilitado la práctica de los documentos trazados antiguamente para ejercitarse y medrar en la vida del espíritu, y sobre el modo de predicar y redactar sermones, que su doctrina es digna de todo elogio y cumplimiento para que el hombre viva conforme al espíritu de Cristo.

»Por tanto, los eclesiásticos á quienes incumbe el oficio de predicar, deberán adquirir y poseer estos sermones, que

hemos mandado imprimir en Milán, á los dos meses al menos de haber salido á luz.» (1)

El erudito escritor veneciano, Agustín Valerio (1532-1606), obispo de Verona y cardenal después de la Iglesia romana, en la *Vita Caroli Borromæi*, dice: *Patrem Aloysium Granatam, Ordinis Prædicatorum plurimi faciebat, ejusque libros diligentissimè legere consueverat, locos ex ejus con-*

(1) Parte 2.ª, tomo I, *Synodus diœcesana Mediolanensis XI*, página 334. Edic. de Lyón, *ex officina Anissoniana et Joan Posuel*, 1683, folio.

S. Carlos Borromeo (1538-1584), al par que sabio, fué uno de los más insignes protectores de las ciencias y las letras. Para ellas creó un palacio suntuoso en Bolonia, que sirviera de Universidad. Elevado á la dignidad cardenalicia por Pio IV, su tio, fué el más firme apoyo y sostén de la tiara, y ocupando después la silla arzobispal de Milán, atendió siempre á procurar el mayor lustre de la Iglesia y á auxiliar, hasta con el sacrificio de su propia vida, las necesidades humanas. Celebró en la mencionada ciudad siete concilios provinciales, cuyas actas, divulgadas repetidas veces en alas de la imprenta (Milán, 1599, folio; Lyón, 1683, y Padua, 1754 y 1843-1846, 2 tomos, 4.°), gozan, por el admirable cuerpo de doctrina pastoral que encierran, merecida autoridad y prestigio en la Iglesia. Con inquebrantable fortaleza venció los obstáculos mil que se oponían á la continuación del concilio Tridentino, del cual fué norma y luz en todas sus sesiones.

En honra de tan ilustre cardenal se erigió el año 1697 en Arona, su patria, una colosal estatua de bronce, que medía 66 pies de alto.

Las obras de S. Carlos, comprenden las *Actas* ya mencionadas, *Sermones, Cartas*, y las *Conferencias* pronunciadas en la Academia Vaticana *(Noctes vaticanæ)*. (*) La primera edición salió en Milán, 1599,

(*) El doctísimo Jerónimo Tiraboschi, dice en la *Storia della Letteratura italiana* (Florencia, por Molini, Landi y C.ª, 1809): *Questo grand' uomo che nel più bel fiore degli anni, in cui allor ritrovavasi, sosteneva il peso de' più gravi publici affari; quan a sollievo delle cure e delle fatiche che l' occupavan di giorno, soleva alla sera adunar molti de' più dotti uomini che allor viveano in Roma, i quali a vicenda venivano recitando qualche loro orazione, o dissertazione, o altro componimento appartenente per lo più alla morale filosofia. Ma dopo l'an. 1562 in cui morì il comte Federigo Borromeo fratello del santo, questi volle che sempre vi si trattasse di cose sacre. Il luogo e l' ora in cui soleansi tenere cotai radunanze fece lor dare il nome di Notti vaticane. Tutti gli accademici prendeano un nome finto, e S. Carlo volle esser chiamato il* Chaos. *Ogni anno, e ancor più sovente, sceglievasi tra essi il principe a cui toccava il proporre il tema di cui doveasi ragionare, e il destinare chi avesse a favellare in ciascuna adunanza.* Tomo VII. parte I, lib. I, cap. IV, § IV, pág. 148.

cionibus et opusculis sibi constituerat, quibus copiosè, ex improviso etiam, Evangelium, Epistolam, Missæ introitum, aut aliquos Psalmorum versiculos posset explicare. «Tenía en mucho aprecio (S. Carlos) al Padre Fr. Luís de Granada, de la Orden de Predicadores. Solía leer sus libros con vivo afán, entresacando pasajes de sus sermones y opúsculos, con que pudiese explicar copiosamente, y aun sin mediar preparación, el Evangelio, la Epístola, el Introito de la Misa y algunos versículos de los Salmos.» (1)

El no menos docto que pio escritor milanés, Carlos Bascapé (1550-1615), religioso barnabita y obispo de Novara, en la obra titulada *De vita et rebus gestis Caroli, card. archiep. Mediolanensis*, dice: *Ludovici Granatensis scriptis utebatur plurimùm; cujus hominis, alioqui penitùs ignoti, religionem, judicium, doctrinamque multis libris declaratam, adeò amavit et observavit, ut familiaritèr, amicissimèque per litteras salutaret, neque ipse solùm, quàm ejus labores sibi grati essent, sæpius significavit, sed ut Pontifex Gregorius litteris suis idem publicè testaretur, effecit. Imò curasse scimus, ut in Cardinalium collegium ille coop-*

---

2 vols. fol. La mejor es, sin duda, la impresa posteriormente en dicha ciudad, por José Antonio Sax, 1747, 5 vols. fol., con notas. Pineault publicó un tomo de cartas escogidas, traducidas por él al francés, París, 1762, 8.° Muchas se conservan todavía inéditas en la Bibliotoca ambrosiana de Milán.

Escribieron, entre otros, la *Vida* de S. Carlos: en español, el Licenciado Luís Muñoz, biógrafo también de Fr. Luís (Madrid, imp. real, 1626, 4.°); en italiano, el Dr. Juan Pedro Giusano, de la congregación de los hermanos Oblatos (Roma, por Francisco Tizzoni, 1679, 4.°-es ésta la cuarta edición); y en francés, Antonio Godeau (1605-1672), erudito historiador eclesiástico (París, 1657, 8.°, 1633, 12.° y 1748, con notas del abate Sépher, 2 vols., 12.°), y Antonio Tourón (1688-1775), religioso dominico (París, 1761, 3 tomos, 12.°)

(1) Vid. edic. de Roma, 1586, 4.°

taretur. Optimus verò senex eum contra ob singularem virtutem, religionemque collebat observantia singulari, mirumque in modum ejus eximiis virtutibus, rebusque gestis lætabatur, de quibus, ut scriberemus, sæpius urgendo nos appellavit, et ad rem perficiendam suis precibus vivens, et, ut spero, post mortem amanter juvit.

«Manejaba con frecuencia los escritos de Fr. Luís de Granada, y, á pesar de serle este varon desconocido, amó y reverenció de tal manera la piedad, el juicio y el saber, manifestados en tantas obras, que gustaba de mantener con él una correspondencia del todo familiar y amistosa. Y no se satisfizo con expresarle repetidas veces, cuán gratos le eran sus trabajos, sino que logró que el Pontífice Gregorio XIII se lo acreditase también por cartas. Hizo más, pues nos consta que se empeñó en agregarle al Sacro Colegio Cardenalicio; pero aquel excelente anciano veneraba á Carlos por sus raras virtudes con muy particular cariño, y se holgaba sobremanera en sus relevantes prendas y heróicas acciones. Instábanos á menudo á ponerlas por escrito, y para cumplir con acierto esta tarea, nos prestó complaciente el auxilio de sus oraciones en vida, y, como lo espero, aun después de su muerte.» (1)

Para que ningún miembro de la civil ni eclesiástica jerarquía se dispensara de unir su voz al armonioso concierto de alabanzas tributadas á Fr. Luís, plugo al cielo resonara, con inmenso júbilo del orbe católico, la autorizada del Pontífice Supremo. En efecto, Gregorio XIII, deseando corresponder á los vivos deseos manifestados por S. Carlos, en

(1) Véase la edic. publicada en Ingolstadt, 1592, 4.° Existe otra trabajada en Brescia, 1602, 4.°

una carta llena de profundo cariño hacia Fr. Luís (1), y al propio tiempo satisfacer los impulsos de su corazón, aficionado desde ya larga fecha al eminente escritor, expidió el siguiente breve, el más honorífico que ha emanado jamás de la Sede Apostólica, á una persona privada.

DILECTO FILIO ALOYSIO GRANATENSI,

ORDINIS PRÆDICATORUM,

Gregorius Papa Decimustertius.

Dilecte fili, salutem et apostolicam benedictionem.

Diuturnus atque assiduus labor tuus in hominibus, tum à vitiis deterrendis, tum ad vitæ perfectionem vocandis, fuit semper nobis gratissimus; iis verò ipsis qui suæ exterorumque salutis, et Dei gloriæ desiderio tenentur, fructuosissimus, jucundissimusque. Multas olim conciones habuisti, libros præstanti doctrina et pietate refertos edidisti; idem quotidie facis, nec unquam cessas præsens, atque absens, quamplurimos potes, Christo acquirere. Gaudemus isto, tum aliorum, tum tuo ipsius, tam præstanti bono et fructu. Quot enim ex concionibus scriptisque tuis profecerunt (profecisse autem permultos quotidieque proficere certum est),

(1) En obsequio de la brevedad, dejo de transcribir esta carta, aunque bien merece copiarse. Profundamente convencido de la excelencia é importancia de los escritos de Fr. Luís debía estar el santo cardenal, al encarecer al Pontífice la necesidad de declarar públicamente una y otra, y de aconsejar al sabio y piadoso autor que no soltara la pluma de las manos para brillo de la Iglesia y utilidad de los fieles.

totidem Christo filios genuisti; longeque illos majori beneficio affecisti, quam si cœcis aspectum, aut mortuis à Deo vitam impetrasses. Præstat enim multo sempiternam illam lucem et vitam beatissimam (quod mortalibus datum est) nosse, et piè santèque viventem ad eam aspirare, quàm mortali hac vita et luce frui, omni cum terrenarum rerum affluentia et voluptate. Tibi vero ipsi quam multas à Deo coronas comparasti, dum omni cum charitate in eo studio versaris, quod constat esse longè maximum. Perge iterum, ut facis, in istam curam toto pectore incumbere; quœque habes inchoata, habere enim te nonnulla accepimus, perficere et proferre ad œgrotorum salutem, debilium confirmationem, valentium et robustorum lætitiam, utriusque tum militantis, tum triumphantis Ecclesiæ gloriam.

Datum Romæ apud Sanctum Marcum, sub annulo Piscatoris, die XXI Julii MDXXXII, Pontificatus nostri anno undecimo.

Antonius Baccipalulius.

«AL AMADO HIJO NUESTRO FR. LUÍS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE PREDICADORES,

Gregorio Papa XIII.

Amado hijo, salud y bendición apostólica.

Nos ha sido siempre muy grato tu largo y asiduo trabajo en apartar á los hombres de los vicios y traerlos á la perfección de la vida espiritual. De mucha utilidad y gozo será

para los que hierven en el deseo de su propia y ajena salvación y buscan la gloria de Dios. Mucho has predicado y muchos libros has dado á luz, nutridos de excelente doctrina y piedad. Á estas tareas diariamente te consagras, y nunca cesas, presente ó ausente, de someter almas al imperio de Cristo. Nos regocija ver los inestimables frutos que reportaréis tú y los otros; porque, cuantos han sacado provecho de tus sermones y escritos (y es cierto que muchos han aprovechado y muchos acrecientan cada día el número de los tales), otros tantos son los hijos que engendraste para Cristo, y más señalado beneficio les has hecho, que si, ciegos ó fenecidos, les alcanzaras de Dios el recobro de la vista y de la vida. Porque mejor es conocer aquella sempiterna luz y bienaventura vida (en cuanto lo permite la condicion de mortales), y aspirar á ella por medio de obras santas y piadosas, que gozar de esta luz y vida mortal en medio de la opulencia y el regalo. Has merecido que Dios ciña tus sienes con muchas coronas, al trabajar con vivísimo celo en este negocio, que, ciertamente, es el mayor de todos. Prosigue, como hasta la fecha, enderezando á este blanco todas tus fuerzas; á lo empezado (que algo tendrás, según dicen) da cima, y que vea la luz pública, para salud de los enfermos, esfuerzo de los débiles, gozo de los sanos y robustos, y para gloria de la militante y triunfante iglesia.

Dado en Roma, en San Marcos, á veinte y uno de Julio de 1582, el año XI de nuestro Pontificado.

ANTONIO BACCIPALULI.

* * *

El sapientísimo crítico é historiador de los prosistas castellanos, D. Antonio de Capmany (1742-1813), formula el siguiente juicio, magistral y exacto como todos los suyos, acerca del mérito literario de las obras de Fr. Luís de Granada: «Como los escritos de este V. P. son tan diversos, su estilo también se resiente de la materia que trata. De aquí viene que en unas partes se remonta, en otras se abate; en unas se inflama, en otras se enfría; en unas es vehemente, en otras tranquilo; en unas cerrado y nervioso, en otras difuso y lánguido; pero en todas fluido, numeroso, fácil y natural. Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas, dispuso, así el estilo como la materia, de modo que siendo uno, se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandece, sobre todas las otras virtudes de la elocución, la claridad, sencillez y propiedad; así es que entre tantos y tan variados tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada, ni afectada, con lo que probó que la lengua española tenía ya entonces bastante riqueza en sí misma, sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular Fr. Luís, sobre todo, en el escogimiento de los epítetos, con que realza poderosamente las cosas, y en la pureza y propiedad de la dicción; á lo cual se añade la fuerza y novedad de algunas expresiones y frases que crió su genio ardiente y fecundo, como: *almas endiosadas.=desalmamiento de los pecadores.=sobreexcelente bondad de Dios.=amancebados con los vicios.=descasados de la virtud*, etc.

»El V. Ávila había criado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo; y el V. Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas,

afectadas, ni afeminadas. Tuvo también la habilidad de ser grande con la expresión sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi período que carezca de arte. Esto nacía de su facilidad, mas también esta facilidad lo hizo verboso, y la verbosidad redundante en muchas partes.

»Á lo menos, la facilidad que poseía su incansable pluma de amplificar por todas las circunstancias imaginables un mismo pensamiento, fué ocasión de que cayese algunas veces en un estilo difuso, lánguido y uniforme; así que, me atrevo á decir, que á no ser por la importancia de las materias que trata, y por el celo santo con que las explica (por el cual solo se le debe perdonar), sería necesario tener hambre de leer, ó necesidad de engañar el tiempo, para deleitarse en algunos lugares tejidos de frases monótonas y cargadas. Como Fray Luís siempre fué pródigo del inagotable caudal de su doctrina y caridad, y le parecía que nunca acababa de imprimir en las almas las verdades eternas que predicaba, forzosamente había de derramar en la oración frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó se diferencían con muy poca variedad.

»De esta profusión y abundancia venía la desigualdad ó descaecimiento de la fuerza y calor del estilo en algunos lugares, porque apurándose la materia, desfallece el brío y el interés, y los últimos pensamientos, en algun modo amortigados, han de enervar á los primeros. Entonces es menester recurrir á lugares muy comunes, á frases nuevas, mas no diferentes, á comparaciones y símiles, ya felices ya triviales, y las más veces no necesarios, á discursos y pruebas contrapuestas entre sí, en que el autor, haciendo la primera parte tiene hecha la segunda, y el lector, leída la una, tiene adivinada la otra, como el reverso de una moneda corriente. Cual-

quiera sabe que después de *hartura*, ha de venir *hambre;* después de *pobreza, riqueza;* después de *dulzura, amargura*, etc. De aquí vienen muchas frases descuidadas, frecuentes repeticiones, uniformidad de pensamientos y de períodos, y de todo esto nace una difusión y abundancia sin límites. En estas especies de oraciones, que, á manera de ríos de mansa corriente y de espaciosas revueltas, llevan un camino lento y pausado hasta su fin, conocido y previsto por la primera idea que ha de contrastar con la última, sucede que los lectores de viva y pronta imaginación, que ya de lejos ven, más no lo alcanzan, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo, sufren un género de molestia en la detenida lectura de estas cláusulas graves y sosegadas y llenas de grandes palabras, que les desconsuela y adormece. Á la manera de lo que acontece á los viajantes por la Mancha llana, que padecen la pena de ver, desde que salen de la posada, el campanario del lugar á donde han de ir á hacer noche.

»Verdad es que Fr. Luís, como el principal autor ascético que se proponia en sus escritos hollar la vanidad mundana, y vencer la dureza y rebeldía del pecador, ó enardecer su tibieza en actos de amor de Dios, quería preparar el pasto espiritual para todas las clases y condiciones de hombres, á fin de que todos lo hallasen aderezado al sabor de su paladar y á la complexión de su estómago, y el provecho fuese de esta manera igual á todos. Yo no vengo aquí á juzgar el mérito de Fr. Luís en la elocuencia, cuando soy su admirador; sólo he querido explicar, en reverencia de su alta y grande opinión, la causa porque no es igual en muchas partes de sus escritos su excelente y majestuoso estilo.

»Á pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fué el V. Fr. Luís colocado á la cabeza de los españoles elo-

cuentes del siglo XVI, y como tal debe también venerarlo el presente. Es, en la clase de los místicos, lo que el célebre Bossuet entre los oradores: un solo primor de estos grandes escritores borra veinte defectos. Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada, quien parece descubre á sus lectores las entrañas de la Divinidad, y la secreta profundidad de sus designios, y el insondable piélago de sus perfecciones. El Altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposición de su omnipotencia y misericordia; cuando encarece su infinito amor, y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, es sublime, es incomparable. ¿Quién ha hablado con más energía que él, de las vanidades del mundo, y de las amarguras del moribundo? de la fealdad del pecado, y de la hermosura de la virtud? de la brevedad y miseria de esta vida mortal, y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¿cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos? No sólo vemos un estilo claro, terso, lleno y numeroso, sino también locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes, y una dicción siempre pura, castiza, y escogida. Su elocuencia es muy parecida á la del Crisóstomo: en ambos se advierte la misma facilidad, la misma claridad, y la misma riqueza y abundancia de expresiones.

»Fr. Luís en sus primeros años aprendió el arte de la retórica, estudiando sus principios con gran aprovechamiento; pues no dejó orador de la antigüedad cuyo espíritu no bebiese, especialmente el de Cicerón que se acomodaba más á

su genio. Armado de todos los preceptos del arte y de los mejores ejemplos del bien decir, trazó sus doctrinas en las mismas obras de los Santos Padres, y en las sagradas Escrituras, en que fué muy consumado.

»Los saludables sermones que predicó, por desgracia nuestra no se escribieron, pues sólo la fama de ellos es la que ha llegado hasta nosotros. Se infiere de sus escritos, cuál sería la elocuencia de su predicación, animada con la voz y el fervoz de sus afectos. Predicaba no sólo lo que sentía, sino lo mismo que practicaba, ejercitando todas las virtudes que ensalzaba para poder mejor reprender los vicios en los demás; irresistible argumento, predicar con el ejemplo de su vida irreprensible, y victoria cierta de la elocuencia del púlpito, cuando los sermones van acompañados con las santas costumbres del orador.

»Aunque la lengua castellana lucía su singular riqueza, dulzura y gravedad, antes que Granada la ennobleciese, consagrándola á los celestiales objetos de sus ascéticos discursos y santas meditaciones de la moral cristiana; ¿cuánta abundancia, energía y majestad no adquirió de su fecunda y valiente pluma? Las innumerables frases delicadas, harmoniosas, magníficas, sublimes, que resplandecen esparcidas en sus obras, podrían formar un florilegio de buen gusto y de grandilocuencia.» (1)

El eminente crítico, profesor de Retórica y Poética, Don Pablo Piferrer (1818-1848), en su excelente obra *Clásicos españoles*, al quilatar, en la balanza de su rectísimo criterio, los merecimientos literarios de Fr. Luís, se expresa en los

(1) *Teatro historico-crítico de la elocuencia española*, tomo III, desde la pág. 71 á la 77 inclusive.

siguientes términos: «La principal gloria del Venerable Granada se cifra en ser el primero que desplegó toda la abundancia, energía y majestad de que era capaz la lengua castellana, el primero que supo elevarla á expresar los más altos objetos que caben en la inteligencia humana. Ninguno le aventaja en la pureza, sino que parece que él remató la obra de acrisolar todas las voces y locuciones, en la cual otros escritores habían entendido; y en la propiedad no tuvo modelo. Quien lea con alguna atención cualquier trozo de sus escritos, no podrá menos de sentir la pobreza á que nuestra lengua ha venido; tantos serán los vocablos que en cada página le sorprenderán por su acepción atrevida, nueva y la más adecuada. También aquellos nombres, que un estilo noble no admite sin repugnancia, merced al talento de Granada, encuentran buen lugar en el suyo, que es de los más nobles y más magníficos; y pues la propiedad está tan íntimamente unida con la energía, no es extraño que sus palabras sean casi siempre las más expresivas. Con sus escritos comenzó la España á leer repartido el pensamiento en aquella serie de cláusulas llenas, sonoras y rotundas, y ciertamente de entonces ha de datar la elegancia de este arte. Sostiénelas una armonía, ya dulcísima, ya numerosa y valiente; y si el oído se va tras esa nueva música de la frase, la fantasía se ceba con placer en las variadas y magníficas imágenes, en los giros nuevos y osados, y en los adornos con que las enriquece. Por esto es mucho más de admirar cómo no le abandona casi nunca aquella claridad tan perspicua en que no tiene rival, y aquella sencillez que en los más de los trozos disfraza el arte y seduce al que lee. Es, en fin, la prosa del Maestro Granada clara, fácil, tersa, rica, variada, llena y numerosa; noble y grave las más de las veces; sencilla, cuan-

do importa; vehemente y animadísima, cuando el celo y el fervor la animan; enérgica para calificar; levantada y sublime á proporción de los asuntos; y siempre dechado de propiedad y de pureza. Y si cabe decir cuál de todas sus cualidades le distingue de los pocos autores que pueden parangonársele, ésta parece debería ser aquel tono vigoroso suyo, aquella robustez á veces sostenida, á trueque de rayar en áspera, y cierta severidad en no torcer jamás el sentido de las palabras, por no dejar de llamar las cosas con su nombre más verdadero. Á la verdad, si bien su pluma corre fácil y dulcísima en las pinturas de objetos blandos y apacibles, al parecer está más bien hallada con los asuntos terribles, cuyas circunstancias de mayor espanto y congoja sabe desentrañar con cierta entereza y detención casi obstinada. En sus tres obras *Guia de Pecadores, Libro de la Oración y Meditación,* y la *Introducción al Símbolo de la fe,* resultan más que en todas las demás estas dotes suyas, y cabalmente á esto agregan la ventaja de su materia, que es lo más excelente y casi el fondo de cuanto él compuso. ¿Extrañarémos que su prosa ofrezca no pocos lunares, sabiendo cuán sin interrupción escribía, y cuán diversos asuntos? Si en alguno de nuestros autores saltan á los ojos las razones de sus lunares, las obras del Venerable Maestro traen en su número, en su fin y en su contenido su propia defensa. De su extremada facilidad se le originaron á veces prolijidad, uniformidad y languidez; su facundia hizo de cuando en cuando lugar á la desigualdad de estilo, para lo cual no fué poca parte el fuego de su celo que debía de ser quisquilloso sobre la completa expresión del pensamiento; de todo esto junto procedió en muchos pasajes una verbosidad, que enerva lo dicho antes, y borra del corazón del lector gran parte de las impresiones

más recientes. De aquí aquel clausular á veces monótono y sosegado, y más abundante en sonido y en voces que en nuevos conceptos; de aquí las demasiadas comparaciones, las metáforas comunes, las repeticiones no motivadas, las antítesis ó rebuscadas ó triviales, las amplificaciones cansadas ó inútiles, las declamaciones prolijas ó afectadas, las digresiones frias é inoportunas, los cambios de tono y de estilo bruscos y repugnantes, y el que ni toda su afluencia ni su facilidad basten á encubrir el artificio de tales pasajes. «Á pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fué el venerable Fr. Luís colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe también venerarlo el presente.» Á estas palabras de Capmany juzgo hay que añadir que, tocante á la propiedad del lenguage, Granada debe ser objeto de un estudio constante y el más concienzudo, y que nunca se habrán saboreado bastantemente aquellos de sus pasajes, en que la ternura más patética, la grandeza de los conceptos, la alteza del asunto y la terribilidad de las imágenes se aúnan con todos los encantos de la elocuencia más irresistible.» (1)

El docto preceptista, D. Antonio Gil de Zárate, cree lo más acertado copiar en su *Manual de Literatura*, el juicio que del inmortal escritor emitió Capmany; juicio que califica de bello trozo de elocuencia. Inserta el largo pasaje; y luego para dar una muestra del estilo de Granada, transcribe un trozo sacado del *Símbolo de la Fe*, en el cual se declara cómo del conocimiento de las criaturas se sube al conocimiento del Criador. Al bosquejar antes la biografía de

(1) Págs. 66, 67 y 68. Vid. edic. de Barcelona, imp. de Tomás Gorchs, 1846.

Fr. Luís, apellídale «príncipe de la elocuencia española.» Considera á la *Guía de Pecadores*, «obra llena de sublimidad en los pensamientos, de nervio y fuego en la expresión, y cuyo valor no se aprecia tal vez bastante por lo muy común que se ha hecho;» á las *Meditaciones*, «serie de discursos oratorios los más excelentes que de su género tenemos en nuestra lengua;» á la *Introducción al Símbolo de la Fe*, «obra llena de erudición y sabia doctrina, y uno de los libros en que más resplandece el habla castellana;» y al *Memorial de la vida cristiana*, le juzga «lleno de unción y santa doctrina.» Aunque á ninguno de los *Trece sermones* considera «un dechado perfecto,» reconoce de buen grado que ofrecen «pasajes llenos de elocuencia y armonía.» (1)

El diligente investigador de nuestra cultura nacional, Jorge Ticknor, en su *Historia de la literatura española*, al hablar de la elocuencia del púlpito, en el siglo XV, dice: «Sus sermones (de Fr. Luís) están escritos con gran pureza de lenguaje, y respiran el espíritu religioso de la época y del país. Muy difícil, por cierto, sería hallar un trozo de elocuencia española comparable al de Fr. Luís de Granada, cuando describe la resurrección del Salvador, pintando luego su bajada al infierno á libertar las almas de los justos que habían muerto antes de cumplirse el sacrificio;» (2) y al tratar de los autores místicos y ascéticos de la dorada centuria, así se expresa: «Ocupa entre ellos un lugar de los más eminentes

(1) Parte 2.ª Resumen histórico de la literatura española. Sección 3.ª *Escritores en prosa*, cap. III, pág. 590. Vid. edic. de París, librería de Garnier, hermanos, 1865.

(2) Tomo III, cap. XXXVII, pág. 361. Pusieron en castellano esta obra y la adicionaron con notas críticas é históricas, D. Pascual de Gayangos, eminente políglota y orientalista y D. Enrique de Vedia (Madrid, imp. y ester. de M. Rivadeneyra, 1851-1856, 4 tomos, 4.º)

Fr. Luís de Granada, predicador insigne, y más notable aun por la mística elocuencia de sus escritos. Sus *Meditaciones para los siete días de la semana*, su *Tratado de la oración y consideración*, su *Símbolo de la fe* y su *Memorial de la vida cristiana*, fueron luego traducidos del castellano al latín, francés, inglés é italiano, uno de ellos al turco y al japonés, y lo mismo que todas sus demás producciones, continúan aún hoy día imprimiéndose y leyéndose do quiera que se habla la lengua castellana.

»La más notable de todas sus obras es su *Guía de pecadores*, publicada por primera vez en 1556: consta de dos tomos de regular tamaño, y tiene trozos de aquella difusa declamación que se advierte en las obras del venerable Juan de Ávila, el apostol de Andalucía, cuyo amigo é imitador Fr. Luís se precia frecuentemente de haber sido. Mas el tono general de la obra es una elocuencia tierna, sentida y armoniosa, que ha hecho de ella el libro devoto de más popularidad y boga en España desde el momento mismo en que vió la luz pública, derramándose y creciendo su reputación hasta traducirse á casi todas las lenguas europeas, inclusa la griega y la polaca, y acercándose en su tiempo al puesto que en la literatura religiosa de la cristiandad ocupa el gran libro ascético, conocido con el nombre de Tomás de Kempis.» (1)

(1) Tomo III, cap. XXXIX, págs. 414 y 415.

Nació Ticknor en Bostón el año 1791. Dedicóse al estudio del Derecho; pero, apenas recibido de abogado, despertóse viva y poderosa en él la afición á la historia literaria. Emprende el rumbo hacia Europa en 1815; estudió dos años en la Universidad de Gotinga y visitó, por espacio de dos años, á París, Madrid, Lisboa, Roma, Edimburgo y Londres, buscando siempre el trato de los doctos y recorriendo las principales bibliotecas y centros literarios. Durante quince años desempeñó la cátedra de Literatura moderna en Boston, regresando luego con su familia á Europa (1835). Fijó principalmente su residencia en España,

El eminente crítico y literato catalán, Dr. D. Manuel Milá y Fontanals, «uno de los poquísimos escritores españoles cuyo nombre y obras han logrado celebridad fuera de los lindes de la Península en lo que va de siglo,» (1) en los *Principios de Literatura general y española*, llama á Fray Luís, «príncipe de la elocuencia sagrada española.» «Siempre fácil, propio y armonioso, añade, abundante con exceso, á menudo noble y magnífico, nadie ha hablado de Dios con mayor grandeza, ni ha inculcado con más fuego la caridad.» (2) Rápida y concisa es la expresión, pero sumamente exacta y profunda resulta la crítica.

El ilustre preceptista y literato balear, ornamento del profesorado de segunda enseñanza en España, Ldo. D. José Luís Pons y Gallarza, en su excelente obrita *Introducción al estudio de los Autores clásicos, latinos y castellanos*, emite el siguiente juicio, modelo de pulcritud y elegancia en

---

donde atesoró gran riqueza de datos sobre la literatura de la Península, viniendo en su auxilio el célebre historiador y orientalista conquense, D. José Antonio Conde, bibliotecario del Escorial, autor de la *Historia de la dominación de los Árabes en España* (Madrid, 1820-1821, 3 vols. folio). Vuelto á su patria, publicó la obra, fruto de tan largos afanes y vigilias, *History of spanish literature* (Londres, 1849, 3 vols., 8.°; y en Boston, 1863, también en 3 vols., 8.°, aumentada y corregida), en la que se revela el claro ingenio y erudición bibliográfica del autor, si bien hay mucho que desear en punto á crítica, menguada y torcida á veces, por no haber penetrado con seguridad las ideas y afectos de algunos escritores, lo cual se comprende en cualquier escritor, en religión, patria, lengua, costumbres y tendencias, extraño al país, siquiera posea la privilegiada inteligencia de Ticknor.

(1) MENENDEZ PELAYO. *Horacio en España*. Traductores castellanos de Horacio, § VII, pág. 127. Vid. primera edición, Madrid, imp. central á cargo de V. Saiz, 1877, 8.° mayor.

(2) PARTE HISTÓRICA. *VI. Período cuarto. 4.—Prosa didáctica y didáctico-oratoria*, pág. 333. Edición de Barcelona, Imprenta barcelonesa, 1877, 4.° pequeño.

el estilo, y trozo bellísimo de crítica sensata: «Una despejadísima razón, es el carácter que distingue las obras de este gran maestro. Á ella se deben la solidez, la ilación y la limpieza con que redondea los asuntos, siempre atento á la impresión que sus palabras han de producir en el ánimo, y olvidado de los propios impulsos que excitan su facundia. Es el más elocuente de nuestros filósofos, y el más instructivo de nuestros oradores; porque ni uno solo de los rasgos que elige con tino y aglomera con tal arte se pierde sin herir en el blanco. Una robusta entereza que nunca raya en áspera, una sonora plenitud de número, prenda en que fué el primero de nuestros prosadores, hija más bien de la proporción ideológica de las frases que de la delicadeza del oído, una noble naturalidad, la sazonada mezcla de lo uno y lo vario, una gala que más consiste en lo airoso del tronco y el ramaje que en lo vistoso de hojas y flores, dan á su estilo un embeleso capaz de ser gustado aún por la medianía del público. Siempre sensato y razonable, llano y persuasivo en la doctrina vulgar, grande, sublime, cuando crecen los objetos, nunca es bajo ni se remonta más allá de lo que el buen juicio permite á la fantasía. Así su misticismo nunca se hace incomprensible ni exagerado, porque le esclarecen los pensamientos ilustrativos que sabe hallar con sólo tender la vista en torno suyo. La popularidad de los grandes hombres le ha levantado en nuestro suelo uno de los más altos pedestales: un rayo más de poesía en sus escritos, y una corte cual la de Luís XIV, nos dieran en él un *Bossuet.*» (1)

El ilustrado catedrático de Literatura general y española

(1) SEGUNDA PARTE, sec. 1.ª, cap. II. *Autores españoles,* § 10, página 118. Edic. de Barcelona, imp. y lib. politécnica de Tomás Gorchs, 1857.

de la Universidad de Salamanca, Dr. D. Rafael Cano, en las *Lecciones de Literatura española*, llama á Fr. Luís, «el príncipe de los oradores sagrados españoles y uno de nuestros mejores hablistas, si no el primero de todos.» Admira en la *Guía de pecadores*, «la sublimidad de pensamientos, una profunda sabiduría y el vigor de la expresión;» considera las *Meditaciones*, como «otros tantos discursos modelos de elocuencia;» califica el *Memorial de la vida cristiana*, de «notable por su unción y fervor religioso;» admira en la *Introducción al Símbolo de la fe*, «su erudición y vasta ciencia, como también la hermosura y pureza de la lengua;» considera á la *Retórica eclesiástica*, «el primer tratado de este género en España, el cual contiene gran copia de preceptos y de observaciones,» y admira en los *Sermones*, «el fuego del sentimiento y la belleza de las imágenes.»

»El carácter de Granada, concluye el docto profesor, es la fluidez y la abundancia, la majestad, brillo de imágenes y grandilocuencia. Elevó y embelleció el lenguaje místico creado por Ávila. Fijó el período de la lengua castellana, tomando un término medio entre el estilo cortado y el periódico, del modo más armonioso y agradable al oído. Se apartó de los defectos en que habían incurrido otros prosistas, aun los mejores, en punto á afectación, empleo de locuciones vulgares y servil imitación de la forma latina; se aprovechó como ninguno de todos los elementos eufónicos de nuestra lengua. Evitó las ambigüedades y confusión en el sentido de los períodos, economizando el relativo *que*, y sustituyéndole por otros pronombres. Alguna vez es desigual, lánguido y difuso. Este defecto de la difusión en el estilo y el recargarle de frases monótonas nace en parte de la gran facilidad que poseía para amplificar los pensamientos.» Y como muestra del estilo y

dotes de Fr. Luís inserta el trozo con que empieza el cap. X, parte I de la *Introducción al Símbolo de la fe*, en donde se trata *De la fertilidad, plantas y frutos de la tierra.* (1)

* * *

Martín Azpilcueta (1493-1586), eminente canonista navarro, catedrático de esta Facultad en la Universidad de Tolosa, Salamanca y Coímbra, amigo y consejero de Pio V, Gregorio XIII y Sixto V, que mereció la honra de tener por sobrino al gran Javier, apóstol de las Indias, en el *Manual de Confesores y Penitentes*, llama á Fr. Luís, varón «de singularísima vida y espíritu, sumo predicador, igual escritor, gran gloria de los dominicos.» (2) Lacónico es el texto, pero contiene en sí la cifra de todos los elogios.

El venerable apóstol de Andalucía, Padre Juan de Ávila (1502-1569), «orador de los más vehementes, inflamados y persuasivos que ha visto el mundo,» (3) en su precioso tratado sobre el verso del salmo XLIV, *Audi filia et vide*, compuesto para la instrucción espiritual de D.ª Sancha Carrillo, al tratar de los libros más provechosos para considerar la pasión del Redentor, señala con toda especialidad las *Meditaciones* de Fr. Luís de Granada. (4)

(1) *Lección 59*, págs. 374, 375 y 376. Véase la tercera edición, Palencia, Imp. lit. y lib. de Alonso y Z. Menéndez, 1885, 4.°

(2) *Prólogo* al pío lector. Vid. edición de Salamanca por Andrea de Portonariis, imp. de S. M., 1557.

(3) Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo II, Epílogo, § II, pág. 686.

(4) Cap. LXXIV. *En que se prosigue más en particular* el modo de considerar la vida de nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho. Tomo II, pág. 9. Vid. Obras del *Venerable Maestro Juan de Ávila*, Madrid, imp. real, 1792.

El Doctor Diego Pérez de Valdivia († 1509), discípulo del anterior, ornamento, junto con Bernardino Carleval, de la Universidad de Baeza, y más tarde catedrático de Sagradas Letras en la de Valencia, en su minuciosa é instructiva obra, *Aviso de gente recogida y especialmente dedicada al servicio de Dios,* se muestra siempre deferente con Fr. Luís y recomienda particularmente sus libros. (1)

Ambrosio de Morales (1513-1591), sabio cronista y literato cordobés, en el *Discurso sobre la lengua castellana,* dice: «En las obras de Fr. Luís, aunque las cosas son celestiales y divinas, están dichas con tanta lindeza, gravedad y fuerza en el decir, que parece no quedó nada en esto para mayor acertamiento.» (2)

El eruditísimo valenciano P. Juan Andrés (1740-1817), «creador de la historia literaria, el primero que intentó tra-

(1) Vid. Título XVII, cap. V, fol. 110 vuelto; Título XX, cap. V, fol. 143; Tratado III, parte 1.ª, cap. XIII, fol. 249, y Tratado IV, parte 1.ª, cap. I, fol. 311 vuelto. La edición que me ha servido de consulta es la de Barcelona, por Jerónimo Genovés, 1585, 1 tomo abultado en 8.º Hay otra edición publicada en Lérida, 1613, 8.º

(2) En este *Discurso* prueba con muy atinadas razones la hermosura del idioma patrio y su majestad y riqueza, lamentándose, al propio tiempo, que se le empleara en asuntos pueriles ó de leve importancia. Sirve tan docto trabajo de introducción á las obras del célebre Fernan Pérez de Oliva (1492-1530), las cuales publicó su sobrino Morales, empezándose la edición en Salamanca y acabándose en Córdoba, en la oficina de Gabriel Ramos Bejarano en 1585. No se reimprimieron hasta 1787, Madrid, 2 vols., 12.º

Contienen, además, estas obras quince discursos de Ambrosio sobre asuntos filosóficos y morales, en donde dejó grabado tal vez más que en su *Corónica general de España,* el sello de su profunda inteligencia, de su erudición y de su gusto literario, y además la traducción de la *Tabla* de Cebes, filósofo tebano y discípulo de Sócrates.

El *Discurso sobre la lengua castellana* de Morales anda inserto también en la preciosa colección de obras propias y ajenas, que publicó el año 1546, en Madrid, el clásico escritor toledano, continuador del

zar un cuadro fiel y completo de los progresos del espíritu humano,» (1) en la obra del *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura,* «una de las más monumentales y de más largo aliento que produjo el siglo XVIII,» (1) dice: «No sin fundamento es llamado de muchos Fr. Luís de Granada el Tulio español. Aunque sus sermones fuesen tales, que, como dice el cardenal Federico Borromeo *(Dei sacri oratori),* causasen sumo gusto y consuelo á las pías y doctas personas que los leían; sin embargo la verdadera gloria de su elocuencia no consiste, en mi juicio, en la oratoria, sino en la didascálica. Un áureo río de graves sentencias y de selectas palabras, una purísima y correctísima frase, y una dulcísima fluidez en toda la oración hacen verdaderamente tuliana la elocuencia didascálica de Granada, y sus agradables escritos formaron desde el principio la agradable lectura de toda la culta Europa.» (1)

Diálogo de la dignidad del hombre del Maestro Oliva, D. Francisco Cervantes de Salazar, tan docto en filosofía y moral, como diestro en manejar el idioma patrio.

Se hizo una segunda edición de estas obras, con el mencionado *Discurso,* en Madrid, por Antonio de Sancha, 1772, 4.°

(1) Menendez Pelayo. *Historia de los Heterodoxos españoles,* tomo III, cap. II, § III, págs. 145 y 146.

(2) Menendez Pelayo. *Historia de las ideas estéticas en España,* tomo III, (volumen segundo), cap. III, pág. 106.

(3) Tomo V, cap. III, que trata de la elocuencia didascálica, págs. 223 y 224. Vid. edic. de Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1784-1806, 4.° pequeño. Hizo esta traducción castellana el hermano del autor, D. Carlos Andrés (1753-1820), abogado de los ilustres colegios de Valencia y Madrid.

La primera edición italiana se publicó en Parma, Imp. Real, 1782 á 1798, 7 tomos, en 4.° mayor. Las restantes, en Roma, 1808-1816, 8 tomos, dividido uno de ellos en dos volúmenes; Venecia, 1808-1817, 8 tomos. 4.°; Pistoya, 1818, 3 tomos, 4.° y Pisa, 1821, 23 tomos, 8.°

En 1796 se imprimió una traducción alemana, y en 1805 (París),

El preclaro académico D. José Joaquín de Mora, andaluz entusiasta del idioma castellano, conocedor de todos sus primores y obrero infatigable para conservar en toda su integridad y restablecer el habla pura y castiza de nuestros mayores, emite con mucha discreción y tino el siguiente juicio acerca de Fr. Luís: «Considerado como escritor correcto, puro, elegante, y de excelente y acrisolado gusto, bien puede asegurarse que Fr. Luís se colocó á gran distancia de los buenos prosistas españoles que le habían precedido. En éstos se echan de ver todavía restos de locuciones vulgares, mezclados con no pocos pruritos de afectación, y con mal disfrazadas imitaciones del latín. Sobre todo el período no se hallaba todavía fijado en sus verdaderos límites; era casi desconocido el arte de combinar la división del pensamiento con el encadenamiento periódico de la frase, y por no saber emplear acertadamente las voces conjuntivas, ni haberse inventado aún los artificios que las suplen, el concepto se diluía, digámoslo así, en una indefinida série de proposiciones, en las que además, á efecto de la confusa intervención de los relativos y de los posesivos, la atención se extravía y el lector llega á perder de un todo el hilo del sentido principal. Acostumbrados los escritores á la composición latina, cuya len-

---

otra francesa, debida á la pluma de Ortolani; pero únicamente salió á luz el primer tomo.

Fué el P. Andrés hijo esclarecidísimo de la Compañía de Jesús, catedrático de Retórica y Poética de la Universidad de Gandía, bibliotecario de Nápoles é individuo de las Reales Academias Florentina, de la de Ciencias y Bellas Letras de Mantua, y, puede decirse, de todas á la sazón florecientes en el suelo italiano. Los sabios, de que podría formarse largo catálogo, procuraron lograr su comunicación epistolar; su casa se veía continuamente frecuentada de eruditos nacionales y extranjeros, y las Academias se disputaban á porfía la honra de tenerle en su seno.

gua estaba en posesión de ser exclusivamente el vehículo de las ciencias y de la literatura, trasladaron á su propio idioma el giro de aquellas frases tortuosas, de aquellas construcciones intrincadas que pueden sin inconveniente usarse, cuando la sintáxis suministra los medios de encontrar facilmente el régimen y la concordancia. El mismo Fr. Luís de León, con todo su empeño de sacar á la prosa española de la especie de abajamiento en que yacía, no se preserva completamente de aquellas imperfecciones, y en sus escritos se hallan páginas enteras que no pueden leerse sin fatiga, ni entenderse sin dificultad. Era también harto común en aquellas épocas el descuido de los recursos eufónicos y sonoros, que son los que constituyen propiamente la armonía del estilo. Ni se evitaban las asonancias y cacofonías, ni se redondeaba la frase de modo que llenase agradablemente el oído. Nuestro autor parece haber fijado un esmero particular en evitar defectos, sin que se oscurezca por esto aquella sencillez candorosa, aquella sincera naturalidad, que tanto resplandecen en sus escritos. Sus períodos, generalmente hablando, guardan una justa proporción, entre la laxitud asiática, y el comprimido y saltante laconismo, que puso después á la moda, una escuela de afectación y de mal gusto. Raras veces se encuentra en sus obras un período que salga de las barreras de este justo término medio, y aun en estos casos, maneja con tanto acierto el artificio, que no ofende en lo más pequeño la claridad, ni obliga al lector á buscar penosamente la significación...» «Su método general consiste en interpolar diestramente los períodos breves con los largos, evitando de este modo el fastidio consiguiente á una simétrica y artificiosa regularidad. Cuando quiere dar movimiento á su estilo, esta interpolación observa un aumento progresivo, correspon-

diente al aumento de la persuasión, la cual adquiere más fuerza á medida que se acumulan las razones, y que se siente el efecto de las primeras.»

«En ninguna parte, añade, resplandecen con más vigor las dotes peculiares del estilo de Fr. Luís que en su admirable *Introducción al Símbolo de la Fe*, donde quizás contribuyó en gran parte á la animación de sus pensamientos, y al ensanche de su dicción, su afición extraordinaria al campo, á las plantas, á los animales y á todas las producciones de la naturaleza. Esta inclinación que va generalmente unida con las grandes prendas del ánimo, y que tanto escaseaba en el siglo XVI, entre los escritores españoles, por causas cuya averiguación no es de este lugar, comunica forzosamente al ingenio imágenes plácidas y graciosas, y al lenguaje aquella flexible variedad y amena sencillez que tanto halagan al oído, y tan poderosamente encadenan la atención. En verdad, hablar de historia natural en un escrito puramente religioso, debía parecer en los tiempos en que Fr. Luís escribía, una innovación tan aventurada, que tuvo por conveniente justificarla en varios lugares de aquella producción, y especialmente en el capítulo primero de la primera parte, que intitula: *Del fruto que se saca de la consideración de las obras de naturaleza, y cómo los santos juntaron esta consideración con la de las obras de gracia.* Pero, en nuestro sentir, nada lo justifica tan plenamente como la elevación del lenguaje, la pompa del estilo, la elevación de pensamientos que supo emplear en la descripción del universo, y en el exámen de sus fenómenos y maravillas.» «Léanse con atención, termina, los capítulos quinto de la misma obra: *Del sol, de sus efectos y hermosura;* el octavo *Del elemento del agua;* y sobre todo el décimo *De la fertilidad, y plantas, y frutos de la tie-*

rra, en el cual se descubren cuantas facilidades poseía nuestro autor para ser un eminente naturalista, y para dar á la descripción de los objetos naturales su verdadero y legítimo colorido.» (1)

El sabio lectoral de Jaén, Director antes del Instituto de segunda enseñanza, Dr. D. Manuel Muñoz y Garnica, gloria de la Iglesia y de la literatura cristiana; autor, entre otros, de los preciosos libros *De la moral y el Derecho* y *S. Juan de la Cruz*, en el *Estudio sobre la elocuencia sagrada*, se expresa en estos términos: «Aunque no se publicaron todos los sermones que predicó este venerable sacerdote, los que se conocen, justifican el alto concepto que mereció este orador insigne, especial maestro en la ciencia del espíritu. Con la forma de *Consideraciones* publicó trece sermones sobre las festividades de Jesucristo y su Santísima Madre, en cuyos escritos relucen con el fervor de un alma santa, el gusto más delicado, la elegancia y hermosura de la lengua castellana. Todo fué bueno sin duda; pero lo que aventajó á todos sus escritos fué la *Guía de pecadores:* para que se dude acerca de la mayor excelencia de este libro, acaso el más popular de todos los de Granada, es menester leer sus *Meditaciones.*

(1) *Vida de Fr. Luis de Granada*, que antecede á la edición de las *Obras del venerable granadino* (Madrid, 1850-1852, 3 tomos), en la *Biblioteca de Autores españoles*, publicada por Rivadeneyra.

Es Mora uno de los campeones de la lengua y literatura patrias, y sus trabajos literarios ostentan exquisita elegancia y cultura. Notoria prueba de este aserto son: el erudito, concienzudo y galano *Discurso* de recepción en la Academia española, sobre la historia del neologismo en la cual, al par de reconocer las ventajas del legítimo y necesario, dió crueles mandobles al bastardo, que en vez de enriquecer el habla castellana, la desfigura y envilece; las *Poesías líricas*, que todas respiran el gusto clásico de nuestro siglo de oro, y sus *Leyendas españolas*, de relevante mérito literario, si bien no es recomendable el criterio religioso é histórico que las informa.

Escritor incansable, dotado, como tantos otros para el mal, de una vida igualmente larga que consagró toda al servicio de Dios, empieza dando á luz los *Libros de Oración y Meditación*, y acaba publicando en una edad avanzada el *Memorial de la vida cristiana* y el *Símbolo de la fe*. Aunque no se encuentren en sus escritos citas profanas ni vestigios de los oradores antiguos á que fué muy aficionado, lo mismo que al estudio de los Santos Padres, pagó su tributo á la lengua de Cicerón publicando en latín, ya en los últimos años de su vida, seis tomos de sermones en que hay materia abundante para los predicadores que quieran ahorrarse el trabajo de inventar, ó necesiten echar mano de aquello que ni buena ni malamente pudieran discurrir. Tan consumado maestro en el arte de la predicación, ya que había enseñado con el ejemplo, debió para mejor enseñanza y servir de guía á los que le siguieran en la carrera del púlpito, trazar aquellas reglas y preceptos que hubiera hallado en sus sabias investigaciones y en su glorioso apostolado. Y, en efecto, con mucha erudición y no menos gusto, escribió la *Retórica eclesiástica*, llena de consejos y sabias advertencias.»

«Así como hay escritos, añade, en los que la sublimidad ó vileza del concepto depende poco de las formas, en los de Fr. Luís de Granada una y otra cosa se dan tan estrechamente la mano, que la majestad y armonía de los periodos ayudan á transportar el alma á las altísimas regiones donde campea libre y exaltado su pensamiento.» (1)

(1) Cap. XI, pags. 168, 169, y 170. Vid. edición de Jaén, 1852, imp. y lit. de Medina y C.ª, un tomo en 4.º Era el Sr. Muñoz y Garnica uno de los más doctos colaboradores de la *Ciudad de Dios*, de la *Revista católica de España* y de la sesuda revista palmesana, *La Unidad católica*, dirigida por D. José M.ª Quadrado, con quien le ligaban estrechos lazos de amistad y simpatía.

El eminente erudito y bibliógrafo, luz de la crítica y de la historia, Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, considerado justamente como «una de las más altas y envidiables glorias de la España moderna,» (1) en su nunca harto elogiada *Historia de las ideas estéticas en España*, así se expresa: «De Fr. Luís de Granada, dijo elocuentísimamente Capmany (y nadie volverá á decirlo mejor), que «parece que descubre á sus lectores las entrañas de la Divinidad, y la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones,» y que «el Altísimo anda en sus discursos, como anda en el Universo, dando á todas sus partes vida y movimiento.» Si su filosofía es la de Santo Tomás, como lo llevaba consigo el hábito que Fr. Luís de Granada vestía, su elocuencia rozagante y de anchos pliegues es la de los Cicerones y los Crisóstomos.» (2)

El distinguido literato y orador sagrado mallorquín, Dr. D. José Taronjí, Pbro., canónigo del Sacro Monte de Granada, en un precioso trabajo, publicado recientemente acerca de *Fray Luís de Granada, considerado como escritor*, sintetiza las glorias del inmortal hablista en estos términos: «Como brilla el sol en el firmamento, eclipsando la claridad y resplandor de los demás astros, así brilló en el purísimo cielo de la España católica el insigne dominicano, predicador asombroso, publicista fecundo, teólogo consumado, místico perfecto, asceta recogido, director admirable de espíritu, político sincero, naturalista observador, preceptista

(1) D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe. *Discurso* leído ante la Real Academia de la Historia, el 13 de Mayo de 1883, en contestación al que leyó Menéndez Pelayo, en el acto solemne de su recepción en el ilustre cuerpo.

(2) Tomo II, (vol. I), cap. VII, pág. 130.

acertado, gramático entendido, humanista insigne, lingüista diserto y filósofo investigador, Fr. Luís de Granada, maravilla de su siglo, maestro de la Cristiandad y ornamento preclarísimo de la nación española.»

«Si los méritos sobresalientes de un escritor estriban en la bondad de su doctrina, en la unidad, variedad y proporción de partes que internamente componen sus escritos, en la propiedad, pureza, claridad y elegancia del lenguaje, y en la hermosura y naturalidad del estilo; con razón han proclamado los críticos antiguos y modernos, nacionales y extranjeros á Fr. Luís de Granada por águila de los escritores y príncipe soberano en la república de las letras.» (1)

El inteligente arabista y erudito escritor católico, Doctor D. Francisco Javier Simonet, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada, en un estudio reciente, corto sí, pero muy juicioso y atinado, que se titula: *Fray Luís de Granada, como orador perfecto*, dice: «Fr. Luís de Granada realizó cumplidamente en la lengua y oratoria de nuestro país el ideal de un orador perfecto soñado por nuestro ilustre preceptista Quintiliano: un orador dotado por la naturaleza del ingenio necesario y educado desde su infancia en todas las artes y ejercicios que ayudan á la elocuencia, un orador verdaderamente sabio y consumado en toda facultad de decir; pero que, sobre todo, fuera hombre de bien, un hombre templado, frugal y honesto, un espíritu recto, discreto y juicioso, un alma exenta totalmente de las malas pasiones y apetitos desenfrenados que distraen

(1) Vid. *Boletín del centro artístico de Granada*, número extraordinario, publicado con motivo del III centenario de la muerte de Fray Luis, págs. 9 y 13.

la atención, perturban la inteligencia y esclavizan el humano albedrío.

»Fr. Luís de Granada, reunió con creces todos estos requisitos y superó largamente á los más egregios oradores de la antigüedad clásica: en educación moral y literaria, como criado en las famosas escuelas de los frailes dominicos y aleccionado por el insigne maestro Juan de Ávila, apóstol de Andalucía; en filosofía, como discípulo del Doctor Angélico; en todo linaje de sabiduría divina y humana, como adoctrinado por el estudio de los antiguos retóricos y filósofos y más todavía por las Letras Sagradas y Padres de la Iglesia; en probidad, como que sobresalió en todo género de virtudes; en noble libertad de espíritu, como desapegado de toda afición é intereses mundanos; en rectitud de intención, porque libre de la ambición de Demóstenes, de la vanidad de Cicerón y del amor á la propia alabanza *(amor laudis)* encomiado por el maestro de Calahorra, supo menospreciar su propio mérito y dirigir todos sus conatos á la mayor gloria de Dios y bien de las almas; en elocuencia, porque la suya salió (según cierto sabio) de la fuente divina y no de los manantiales clásicos; y finalmente en el espacio de vida necesario para prodigar los saludables frutos de su preclaro ingenio. Porque si, como sospechó Quintiliano, el padre de la elocuencia latina no tuvo tiempo bastante para lograr toda la perfección de su talento oratorio, la Providencia lo concedió muy cumplido á nuestro Fr. Luís, como á quien había de usar más provechosamente de aquel divino don de la elocuencia.

»Fr. Luís de Granada fué superior á todos los oradores de la antigüedad en los tres oficios del orador: en enseñar, como que amaestrado en toda ciencia y doctrina útil y dotado de inmenso saber, con la palabra y con el libro enseñó á

las muchedumbres presentes y venideras, la ciencia de las ciencias, la imitación de Cristo y el logro dichoso de nuestro último fin; en deleitar, porque su elocuencia, ascética y mística en el fondo, presenta en la forma todas las perfecciones oratorias y, según la doctrina de Quintiliano, se extiende por todos los dominios y límites del bien decir; en mover, por la prodigiosa eficacia de su predicación y de sus escritos, que muchos tuvieron por milagrosa y divina.

»Su elocuencia, ya sublime, ya amena y florida, pero siempre propia, clara y enérgica, compitiendo con los mejores modelos de todas las edades, reune la amplitud y elegancia de Cicerón con la naturalidad y vigor de Demóstenes; elevando la prosa hasta las alturas de la poesía, rivaliza con Cervantes en la riqueza del lenguaje y con Calderón de la Barca en formar con la hermosura de las cosas criadas himnos de alabanza al Criador; y finalmente, realzando las luces de la filosofía con los esplendores de la teología, compite con San Juan de la Cruz y Santa Teresa en la sublimidad de sus vuelos místicos, y con San Agustín y San Bernardo con descorrer las cortinas del cielo y pintar las inefables bellezas del orden sobrenatural. Por cuyas altas cualidades y excelencias contribuyó considerablemente al enriquecimiento, majestad, pureza y perfección de nuestro romance castellano.

»Pues en cuanto á persuadir y mover los ánimos, que es el fruto principal de la oratoria, cuanto en este punto se admira en los antiguos oradores clásicos, todo parece pálido y frío y rastrero ante la religiosa unción y atractivo celestial de nuestro orador granadino, que atraía y cultivaba á todo linaje de personas, grandes y pequeñas, sabios é indoctos, que movía los corazones más duros, de quien dijo un sabio español, que así como Santo Tomás había venido al mundo

para alumbrar los entendimientos de los hombres, Fr. Luís había venido para encender las voluntades, y un crítico francés de nuestros días dice que Granada es acaso, entre todos los predicadores, aquel cuyos sermones conservan en la lectura la mayor parte del fuego que los animaba en el púlpito.

»Á diferencia, pues, de aquellos famosos oradores del paganismo, incrédulos, egoistas, viciosos y más amadores de su propia gloria que de la divina, Fr. Luís de Granada concibió y llevó á cabo felizmente el ideal de la verdadera elocuencia sagrada, realizándolo en sus obras y en sus palabras, en sus obras de celo y caridad y en los frutos de su fecundo ingenio, donde aprovechó todo lo bueno de los antiguos modelos y preceptistas y añadió lo que éstos no habían imaginado siquiera.» (1)

El admirable *Discurso* que leyó en la Academia española, el gran orador católico, Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, viene á ser el complemento de todos los elogios que, al correr de los siglos, han tributado los mayores ingenios al preclaro hijo de Granada. Es este trabajo un hermoso cántico de amor y alabanza; es la glorificación en la tierra del genio cristiano. No cabe ya en la palabra humana, ni más fuego en la expresión, ni más valentía en las imágenes, ni más pompa y grandilocuencia en el estilo.

Únase, pues, al melodioso concierto de alabanzas tributadas á Fr. Luís, la voz siempre simpática y avasalladora del ilustre biógrafo de Santo Tomás de Aquino, en quien refluye la gloria del dominico español.

«El hombre que Diógenes buscaba á la débil luz de su linterna en las clásicas ciudades de la antigüedad, y que Pi-

(1) Vid. el mencionado *Boletín*, págs. 30, 31 y 32.

lato enseñó por fin al género humano coronado de espinas; aquel que, vencedor de los demás y de sí mismo, llevando resignado la Cruz y dando paz á todas las gentes, pasó haciendo bien sobre la tierra con rumbo á su patria celestial, adonde le llamaba su destino, es el ideal que inspira la sublime elocuencia de Granada; realizarlo es el único afán del orador y su única recompensa.

»Por eso pudo escribir algo de lo que yo he intentado demostraros en este discurso: que no conocía «nada más alto ni mayor que el fin de la elocuencia sagrada.»

»Para alcanzarlo, es verdad, llama á las puertas de Cicerón, al mismo tiempo que á las de la inspiración cristiana; roba del cielo el fuego creador, y toma del arte hasta los ápices de Quintiliano; pero después de enriquecerse con los despojos del agora y del foro, después de agotar la sed de su espíritu investigador en las cuatro fuentes de su saber, que son la Biblia y la *Suma*, la clásica antigüedad y la riente naturaleza, se postra á los pies del Crucifijo, el libro que señaló Santo Tomás á los que le preguntaron por las fuentes de su sabiduría; y después de tomar en aquella Cátedra sagrada la luz y el fuego de su inspiración, escribe estas palabras, que son la síntesis de su retórica, y en las que nos enseña que el buen predicador debe buscar, «no su gloria, sino la de su Señor, y la salud de sus almas,» «más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, y más con ejemplos de virtudes que con las reglas de los retóricos.»

»Y este es el verdadero secreto de su elocuencia, la explicación de sus triunfos maravillosos; y si Fr. Luís Patillo de la Mesa pudo decir de Granada que, «no sólo fué Santo, sino que hizo con sus escritos muchos Santos,» fué porque puso

en práctica constante la ley irreductible y suprema de la retórica sagrada: «No predicarse á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado.»

»Entonces, cerrada el alma á toda distracción de los sentidos, sorda á todo clamor del amor propio, entregada á las iluminaciones de la fe y á los espasmos del amor, el orador cristiano, conforme al consejo que de Ávila tomó Granada, cuyo fundamento nos demostró Santo Tomás y cuya fórmula nos dió con sublime sencillez San Pablo, clava en el corazón del auditorio la Cruz, levanta como un astro en medio de las tinieblas del mundo el llagado cuerpo de Dios, y despliega á los ojos atónitos de la humanidad el ideal eterno del hombre...»

«Aquel fraile mendicante, que, atento sólo á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, no salió de su celda más que para subir al púlpito, vió las muchedumbres arremolinadas á su alrededor, para recoger sedientas el rocío de su palabra; vió á los Príncipes y á los Reyes arrodillados á sus pies, para pedirle dirección y consejo; los Pontífices le escribieron á ruego de los Santos más ilustres de la Cristiandad, para darle alabanzas por sus escritos; le aplaudieron las Órdenes y le ensalzaron las Universidades; tuvo que rechazar con tesón dignidades, mitras y capelos; sus obras, publicadas cien veces, se tradujeron á las lenguas sabias de la antigüedad, á todas las modernas de Europa, y hasta á las más bárbaras del Oriente; y ganosos de contemplar su rostro y su figura, vinieron en hábito de peregrinos muchedumbre de gentes á Lisboa, con el solo fin de visitarle, como se apresuró á hacerlo á su entrada triunfante en Portugal Felipe II, como también lo hicieron el gran duque de Alba y el invencible Andrea Doria, y como de sí propia afirma Santa Teresa

que no lo hubiera dejado de hacer *por ningún trabajo, si se sufriera conforme á su estado y ser mujer.*

»Calculad, pues, Señores, cuánta sería su elocuencia para granjearle en vida tanta fama en un siglo y en un país en que la santidad, la ciencia, el genio artístico y literario eran cosa casi ordinaria y común, y en que, ocupados en las más arduas empresas, teníamos como distraída la atención con el espectáculo de las más gloriosas hazañas.

»Harto lo dicen los elogios con que la Historia pregona su valer, el llanto que derramó la Cristiandad sobre su tumba, el entusiasmo con que encarece su memoria la Patria. Su Orden lo enumera entre los mayores discípulos del Ángel de las Escuelas; el Renacimiento lo apellidó su Cicerón; Fray Luís de León dió testimonio á Arias Montano de que Granada había recibido de Dios el don sobrenatural de la elocuencia; la Iglesia calificó de milagrosos sus escritos, y la voz de la posteridad le confirmó en el título que le expidieron sus contemporáneos, dándole el nombre, glorioso sobre todo nombre, de *Ángel de la Elocuencia Cristiana.*» (1)

(1) *Discurso* ya citado, págs. 88, 89 y 90; 70 y 71. Vid. edición de Madrid, imp. de A. Pérez Dubrull, 1883, la cual he consultado igualmente para insertar los párrafos que llevo ya transcritos de este *Discurso*.

APÉNDICE

I

EDICIONES COMPLETAS DE LAS OBRAS CASTELLANAS

DE FR. LUÍS DE GRANADA

Las Obras espirituales de Fr. Luís se dieron á la estampa: en Salamanca, por los herederos de Matías Gast, 1582-1583, 3 tomos, fol., sin contar otras impresiones, que menudearon, por cierto, en dicha ciudad; Barcelona, en casa de Sebastián Cormellas, 1600, 1603, 1604 y 1612, publicándose todas estas ediciones catalanas, trabajadas con mucho esmero y pulcritud, en 3 tomos, folio; Gerona, por Gaspar Garrich y Cornelio Bonarolo, 1622-1629, fol., y Madrid, por Mateo Fernández, 1659 folio.

Á todas las mencionadas aventaja, por la nitidez y elegancia de caracteres, la que dió á luz el acreditado impresor belga, Cristóbal Plantino, Amberes, 15 tomos, 8.°, bajo los auspicios del duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, quien con suma largueza costeó los gastos de la impresión.

Reprodujéronse á menudo en nuestra patria las ediciones de las Obras espirituales de Fr. Luís; mas, como se dió el caso de que alguna de ellas saliera defectuosa y mutilada, hasta con nueve capítulos menos, segun atestigua Fr. Francisco Uría, prior de Santo Domingo de Oviedo y catedrático de prima de teología, por expreso mandato de este religioso, emprendió una nueva, completa é íntegra edición de las mencionadas Obras, Fr. Dionisio Sánchez Moreno, hijo del mismo Instituto, la cual publicó en Madrid, imprenta de Juan García Infanzón, 1679, 3 tomos, fol., sufragando los gastos consiguientes el librero Gabriel de León. Con loable franqueza anuncia el editor no conocer más obras castellanas de Granada, y que si alguien tiene noticia de

otras, estimará muchísimo el envío, para agregarlas prontamente á las restantes.

De las obras castellanas completas de Fr. Luís, se cuentan en el siglo pasado cuatro ediciones, que gozan merecido crédito y fama: la de Valverde, hecha en el convento de Jesús María de dicho pueblo, por Manuel Fernández, 1730, 9 tomos, 4.° mayor; y las de Madrid, 1768-1771, imp. de Manuel Martín, 9 tomos, 4.° mayor; 1781-1789, por Antonio de Sancha, 19 tomos, 8.° pequeño, y 1788, imp. de la viuda de Ibarra, hijos y C.ª, 6 tomos, con retrato, fol. menor. Todas contienen la *Vida* del P. Granada, escrita por el Ldo. Luís Muñoz.

Sólo conozco dos publicadas en el presente siglo: la de 1800, á cargo de la Real Compañía de impresores y libreros, 6 tomos, 4.° mayor, precediendo la mencionada biografía, y la de 1848-1852, 3 tomos, 4.° mayor, que forma parte de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneyra.

II

VERSIONES DE LAS OBRAS CASTELLANAS

En Colonia, 1625-1628, se publicó una latina de estas Obras, en 3 tomos, fol., dedicada al dominico Fr. Miguel Ofovio, obispo de Bois-le-duc, en Bélgica. Costeó la edición Juan Creps, y fué dirigida y revisada por el erudito jesuita belga, Andrés Scoto (1552-1623), simpático apologista de nuestras letras. Anda al frente la Vida de Fr. Luís, extractada en parte de la que escribió el P. Luís de Sousa, y luego siguen los elogios tributados á Granada por doctos y piadosos ingenios.

Pablo Dumont de Douai, Nicolás Colín, Francisco Belleforest y Juan Chabanel de Tolosa hicieron una versión francesa de las Obras espirituales del P. Granada, París, por Claudio Morel, 1620, folio. El editor N. de Soulfour la dedicó á Sor Eleonora de Borbón, abadesa del convento de Fuente Ebralda. Una segunda edición se hizo en Reims, 1614, 11 tomos, 16.°—Sebastián Hardy y el P. Simón Martín, religioso mínimo, hicieron otras versiones: la del primero se dió á la estampa en Reims, por Juan le Boullenger, 1634, fol., y nuevamente, en 1638, folio; y la del segundo, en París, por Sebastián Iburé, 1643, 1645, 1648 y 1651, fol., y Lyón, por Pedro Campagnon, 1660, folio. Esta versión, ajustada fielmente al original, fué recibida con aplauso; pero después siguió otra más excelente todavía por la pureza y propiedad del lenguaje. Se publicó bajo el nombre del jesuita Antonio Girard (1603-1680),

escritor ascético francés, aunque se dice haber vertido solamente la *Guía de Pecadores*, contenida en el primer tomo, y, por cierto, con gran tino y maestría; (*) probablemente tradujo lo restante un sacerdote de la Congregación del Oratorio, cuyo nombre se ignora. Existen varias ediciones de esta versión: la de 1658-1662, París, por Pedro *le Petit*, 10 tomos, 8.°, y las de 1664, 1667 y 1675 etc., entre las cuales sobresale por su corrección y elegancia, la de 1688-1690, que trabajó el mismo impresor, en dos tomos, folio.

Recientemente han publicado una versión de las Obras de Fr. Luís, la más completa que se dió á luz en tierra francesa, el abate Bareille, M. T. Duval, MM. A. Crampon, J. Boucher y C. Berton, París, en casa de Luis Vives, 1861-1866, 21 tomos, 8.° A. C. Peltier redactó en 1868 el Índice general de materias, que forma el tomo 22.

Publicóse una versión italiana de las Obras espirituales de Fr. Luís en Venecia, 1601, 4.° Ignoro el nombre del autor.

Fr. Francisco Panigarola (1548-1594), de la Orden de menores, célebre predicador milanés y obispo sucesivamente de Ferrara y Asti, hizo un compendio en italiano de estas Obras. Wadingo, el renombrado analista franciscano, así lo refiere, pero añade no haberse publicado todavía en su tiempo.

III

EDICIONES COMPLETAS DE LAS OBRAS LATINAS

Publicó una edición completa de las Obras latinas de Fr. Luís, el doctísimo escritor valenciano, D. Juan Bautista Muñoz. Fué éste discípulo del célebre retórico, P. Antonio Eximeno, y logró justa fama de humanista, filósofo, matemático é historiador. Desempeñó los cargos de cosmógrafo mayor de S. M. y de oficial de la secretaría de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia de Indias, y fué nombrado individuo de la Real Academia de Ciencias de Lisboa, de la Real Sociedad Médica de Sevilla, de la Real Academia de la Historia de Madrid y socio literario de la Vascongada.

Se imprimieron estas obras en Valencia, en la famosa casa editorial de la Viuda de José y Tomás de Orga, desde 1766 á 1775, 11 tomos, 4.° En 1766 dió á luz Muñoz los seis tomos de los sermones *de Tempore;* en 1768, los tres tomos de los *de Sanctis* y la *Rethoricæ eccle-*

(*) Por separado se publicó repetidas veces la versión de esta obra.

siasticæ libri sex; en 1771, la *Sylva locorum qui frequenter in concionibus occurrere solent,* y en 1775, la *Collectanea moralis philosophiæ.* Corrigió las erratas, cotejó y enmendó las citas, añadió las que faltaban; formó copiosos índices y escribió para cada una de estas obras prólogos muy instructivos, análogos á su contenido. Por encargo suyo, cuidó de revisar y corregir la *Collectanea,* el carmelita calzado, Fr. Jerónimo Despuig († 1775), teólogo y humanista valenciano, autor de una colección de poetas latinos y castellanos, que, según creo, existe inédita.

Avalora esta edición el apreciable y docto *Commentarius de scriptis V. Fr. Ludovici Granatensis,* que escribió, á instancias del citado Muñoz, el dominico Fr. Luís Galiana (1740-1771), lector y Maestro de estudiantes del convento de S. Onofre de la villa de Onteniente, fallecido en edad temprana, á causa de su excesiva afición al estudio, que su constitución delicada no podía soportar.

Antes de terminar, séame permitido, al igual del Sr. Taronjí, cuyas palabras transcribo, por no encontrar otras más oportunas y precisas, dirigir fervoroso ruego al Excmo. Ayuntamiento de Granada, para que, «costee una edición magna de todas las obras del insigne dominicano; una edición crítica, según los adelantos modernos; una edición salida de las prensas de esta ciudad y dirigida por ingenios y artistas granadinos; una edición, finalmente, adicionada con el Epistolario, es decir, con todas las cartas inéditas del venerable Maestro, que deben existir en los archivos de Granada, Valladolid, Córdoba, Badajoz, Évora, Pedrogaón y Lisboa, en los conventos de Santo Domingo de estas poblaciones, y en las casas de los Duques de Alba y Medina Sidonia, donde vivió algún tiempo ó en cuyos asuntos intervino.

»Así quedaría un monumento conmemorativo del tercer Centenario de Fr. Luís, y el mundo entero tomaría parte en estos regocijos de la familia española,» (*) y se holgarían seguramente, añado yo, cuantos aman el lustre y decoro de la literatura patria.

(*) Vid. el citado *Boletín del centro artístico de Granada,* pág. 13.

El castizo y erudito trabajo de mi amigo Taronjí contiene varios datos, que aproveché, sumamente interesantes, y no comunicados antes por biógrafo alguno. Tales son: el título genuino de los trece sermones en portugués, y la curiosa noticia de la primera edición de la *Collectanea moralis philosophiæ,* hecha en Lisboa, año de 1571, por Francisco Correa, en 3 elegantes tomitos, 8.º Posee esta, por la rareza de ejemplares, verdadera joya bibliográfica, la biblioteca de la colegiata del Sacro Monte de Granada.

A nuestro compatricio cabe la gloria de corregir en este punto al editor de la *Biblioteca de Autores españoles,* M. Rivadeneyra, como también en el haber probado la existencia de la obra *De officiis et moribus Episcoporum.*

ÍNDICE

PÁGINAS.

Censura y Aprobación eclesiásticas 5
Dedicatoria al Emmo. Sr. Dr. D. Fray Zeferino González 7
Prólogo del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Oviedo. 9
Capítulo preliminar. 15
I—Biografía de Fray Luís de Granada 17
II—Trozos escogidos de sus obras 43
III—Juicios de Autores célebres, relativos al mismo. 119
Apéndice 177

Este libro se acabó de imprimir
en Palma, en casa de la Viu-
da é Hijos de Gelabert,
el 14 de Setiembre
del año de
1889